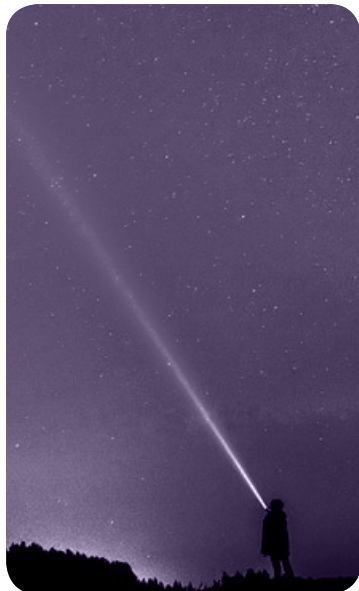




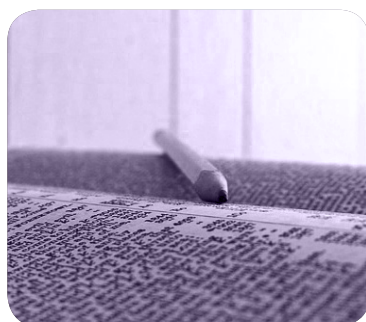
MÁSTERES de la UAM

Facultad de Filosofía y
Letras / 16-17

Filosofía de la Historia:
Democracia y Orden
Mundial



Campus Internacional
excelencia UAM
CSIC+



**Mentalidad
y creencia
en la Posguerra.
Robert Schuman
y la creación del
discurso
comunitario**

*Juan Antonio Calvillo
Ortíz*

MENTALIDAD Y CREENCIA
EN LA POSGUERRA

Robert Schuman y la creación del
discurso comunitario

JUAN ANTONIO CALVILLO

MENTALIDAD Y CREENCIA
EN LA POSGUERRA

Robert Schuman y la creación del
discurso comunitario

TUTOR: JOSÉ MARÍA ZAMORA CALVO

CURSO: 2016/17

MÁSTER EN FILOSOFÍA DE LA HISTORIA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

Tabla de contenido

Prefacio	11
Introducción	13
1. El papel de la creencia en la posguerra	15
2. Del fin de la <i>stásis</i> a la <i>Declaración</i>	31
3. La idea de Europa en torno a la <i>Declaración</i>	43
Anexo: <i>Declaración de 9 de mayo de 1950</i>	63
Bibliografía	65

Europa no es vieja, es antigua. El mundo no es moderno, es actual. La antigüedad bien utilizada es una baza. La historia es una fuerza hacia delante.

Jacques Le Goff

Nada de esto, sin embargo, constituye una reconstrucción. Se ha perdido algo que no volverá jamás. La historiografía es una manera contemporánea de practicar el duelo. Se escribe partiendo de una ausencia y no produce sino simulacros, por muy científicos que sean. Pone una representación en lugar de una separación. Sin duda no es seguro que sepamos más sobre el presente que sobre el pasado, ni que el equívoco sea menor en la comunicación contemporánea.

Michel de Certeau

Prefacio

El discurso oficial de la actual Unión Europea, el cual ha desilusionado a tantos en los últimos años, me atrapó y me situó en la reflexión del complejo y trágico contexto en donde comenzó la puesta en práctica de la idea comunitaria, que lleva al dilema de lo que Occidente ha sido para la humanidad. Este discurso comunitario se sustenta en valores que en la primera mitad del siglo XX parecían inexistentes, pero que, a partir de la *Declaración* de 9 mayo de 1950, se hicieron presentes para que Occidente aceptara y pensara en sus yerros. Con este breve discurso en el salón del reloj del Quai d'Orsay comenzó un nuevo estadio, en donde la defensa de la dignidad humana fuese la principal lucha y motivo de existencia.

En múltiples ocasiones se ha intentado unir a Occidente, pero a través de las armas, por ello la idea de Europa vertida en la *Declaración* sigue teniendo vigencia, dado que el anhelo de paz y de libertad sigue siendo una necesidad en un mundo abatido por la pobreza y la injusticia.

Pensar en Occidente desde la *Declaración* lleva a idealizar a un contexto protagonizado por el trauma, el recelo y la destrucción, el cual pudo superarse desde la necesidad de dejar en el pasado al sueño de sumisión de todos por uno solo, al sueño imperial donde las armas, más no la negociación y los encuentros, unieran a los europeos.

Europa dejó de ser el centro de dominación, pero no ha dejado de ser un ejemplo de libertad y de una vida cimentada en valores, por ello debe de abrirse al mundo en vez de replegarse. Sigue siendo una fuente de esperanza en una realidad convulsa, Europa no puede dejar de emanar ideas y pensamiento y la humanidad está pendiente de ello.

Pensar en las ideas vertidas en la *Declaración* no deben ser un motivo de melancolía y sí de una reflexión crítica para con el tiempo presente, el cual no deja de generar dudas en un discurso que ya no es el depositario de los anhelos de las mayorías, cuando podría ser una inspiración constante en sus vidas, enmarcadas en una realidad creada a través de encuentros que superaron al llanto y a la destrucción.

Introducción

La *Declaración* de 9 de mayo de 1950 representa el primer paso para la gestación comunitaria de Europa: Es el momento en donde oficialmente comenzaron las negociaciones que dieron pie al acercamiento formal entre Francia y Alemania después de años de relaciones turbulentas; es el inicio de un nuevo ciclo que cerró la era de conflictos heredados del Tratado de Fráncfort de 10 de mayo de 1871.

Los primeros años de la posguerra quedan ensombrecidos por la asimilación de las consecuencias de la guerra, en especial de los acontecimientos y fenómenos derivados de las políticas del nacionalsocialismo, pero también son una multiplicidad factorial que adquirió forma hasta principios de los años cincuenta, especialmente en la política francesa, -en donde se debatió entre el acercamiento y la reparación inmediata- caracterizando a la IV República por su diversidad, pero también por el recelo a los alemanes, su pragmatismo para con los anglosajones y por la presencia de la intelectualidad que se mostró favorable a posturas de acercamiento a la Unión Soviética.

Junto con la presencia de las izquierdas que habían apoyado al esfuerzo aliado, los futuros sistemas políticos se nutrieron de actores provenientes de los sectores católicos. Si en épocas pasadas distaron de ser hegemónicos, en aquella coyuntura se situaron como la opción ideológica más estable, ya que se posicionaban como un centro político que podía contrarrestar formalmente o realmente los ánimos que veían como opción al sistema soviético.

La presencia de los políticos católicos pronto acaparó los canales de negociación con los Estados Unidos y el Reino Unido, a raíz de sus coincidencias económicas y políticas, pero también sus posturas para con la Unión Soviética, que fueron, en lo general, de rechazo inmediato.

Ello implicó en una rápida transformación ideológica que los llevó a abrirse a sectores poblacionales cada vez más amplios, de ahí que después de la guerra pasaron a denominarse como democristianos, tendiendo hacia el centro político. Dejaron atrás al integrismo y a las disputas decimonónicas en contra del Estado, puesto que ello ya parecía lejano en extremo. Así, los católicos pronto protagonizaron las configuraciones de los nuevos sistemas políticos, donde el liberalismo y el discurso cristiano confluyeron como contraparte a las izquierdas.

Es una escena marcada por el inmediato acercamiento democrático hacia los Estados Unidos en el comienzo de la Guerra Fría, cosa que es motivo de reflexión, en tanto que generaron políticas particulares que pueden ayudar a comprender a un estadio con múltiples aristas que van más allá de la contradicción Este-Oeste.

El contexto que envuelve a la *Declaración* debe seguir siendo motivo de observación hoy en día, puesto que de ahí se desprenden temáticas no sólo económicas o políticas que llevan a la historización de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA) como el tratado que comenzó con el trayecto comunitario, sino de pensamiento, puesto que fue ahí en donde se delineó el discurso comunitario que hoy sigue fundamentando la existencia de la Unión Europea, es decir, la *Declaración*, con todo y su brevedad, lleva a la observación del contexto en donde Occidente se reinterpretaría a sí mismo en proyección al futuro.

En estas primeras décadas del siglo XXI, Occidente se enfrenta a una crisis que desdibuja los planteamientos originales de la esperanza vertida en la *Declaración*, donde los ciudadanos ven peligrar la gobernabilidad y el *modus vivendi* que tanto han disfrutado desde que se levantaron de las ruinas morales y materiales de la posguerra. Por ende, la *Declaración* es un punto de referencia que puede llevar a la reflexión sobre lo que ha sido la cultura occidental, pensando en un futuro en el que los europeos puedan enfrentarse a los nuevos retos sin optar por el olvido de sus raíces. El relativismo y el escepticismo siguen provocando mutaciones en las creencias de los europeos, haciendo de esta crisis una problemática cultural y no puramente material.

Esta observación es una referencia histórica que posibilita el acercamiento a un contexto por lo demás múltiple y nos muestra el imaginario que acompañó a las decisiones de Robert Schuman y Jean Monnet frente a los socios anglosajones y a los nuevos socios, especialmente la Alemania de Konrad Adenauer y su Christlich Demokratische Union Deutschlands (CDU).

La puesta en práctica de la CECA no puede observarse como una estrategia puramente económica, ya que transformó las formas políticas de los Estados europeos que reconstruyeron sus sistemas políticos en la posguerra, ello aunado a que fue el comienzo de la construcción del discurso comunitario, el cual ayudó a mutar la mentalidad que se venía arrastrando desde el siglo XIX, centrada en las discordancias entre Estados.

La singularidad histórica del estadio de la posguerra destaca porque se tomaron –ya sea por pragmatismo, necesidad o por ideología– caminos basados en los encuentros, sosteniendo un discurso general en donde los pueblos de Occidente podrían tener un futuro en común desde el reconocimiento de sus raíces histórico-culturales que los hermanan. También es un contraste con pugnas pasadas, ya que la nueva Europa no estaría unida por el esfuerzo bélico, sino por el discurso comunitario, que es dualidad discursiva entre lo económico y lo ideológico.

Así, esta será una observación en torno a la *Declaración* como un elemento que permite una reflexión sobre el contexto y la mentalidad de posguerra, ello aunado al señalamiento de la *Declaración* como un elemento indispensable para poder pensar Europa en el tiempo presente, pues generó el comienzo del ciclo comunitario. También se tratarán los matices de la realidad de posguerra –en donde Europa se hallaba en ruinas y con una población sumida en el trauma– y para ello se considerará al concepto de creencia como una vía para tratar al complejo contexto de posguerra.

Esto no es una historia de la génesis de la Unión Europea, sino una interpretación de la idea de Europa derivada del posicionamiento político de Robert Schuman, que actuó frente a una problemática sin precedentes. Más que un análisis historiográfico es una observación que pretende pensar en la mentalidad de la época, asumiendo que Europa vive en una situación de crisis en donde es pertinente volver a observar al contexto que le dio vida a la Europa contemporánea, tratando con ello abrir distintas vías interpretativas hacia el contexto contemporáneo (¿Qué es y qué no podría ser Europa?).

La *Declaración* es un documento que abre la posibilidad de observar a esta época, al ser una fuente que lleva de manera simultánea a temas como la progresión de la cultura occidental, las nuevas formas políticas o la situación económica, sin olvidar que la *Declaración* queda enmarcada en la serie de problemáticas mentales, económicas y políticas de la Guerra Fría.

Los límites de esta observación quedan en la misma *Declaración*, viendo a ésta como al punto de inflexión con el que concluyó el estadio de *stásis* en Occidente. Su alcance es el retrato del contexto de finales de los años cuarenta del siglo pasado, viendo ahí el cimiento de la Unión Europea, pero también de una reflexión más amplia de lo que es Europa.

Aquí se considerarán tres factores fundamentales: primero, el cambio de mentalidad en Occidente en la coyuntura que sentó las bases para la superación del trauma y la oscuridad, y donde los Estados Unidos optaron por el desarrollo económico de la zona a raíz del conflicto de contradicción geopolítica; segundo, las formas políticas en el momento del retorno a la gobernabilidad en los nuevos sistemas políticos; y, tercero, la impronta que dejó la *Declaración* como parte esencial del discurso comunitario, el cual persiste en la actualidad.

La *Declaración* encierra elementos necesarios para enmarcar la mentalidad de la época, además de que ahí es posible encontrar factores que evidencian las creencias en el comienzo del estadio, en contraste con las realidades del tiempo presente.

Pensar en el impacto que tuvo el discurso comunitario en los ciudadanos europeos lleva a la observación de la época, pero también a la crítica de los olvidos y de las formas que adoptaron las sociedades europeas, lo cual hoy puede seguir siendo identificable.

A pesar de las probables contradicciones y superficiales opiniones vertidas en el desarrollo del presente Trabajo de Fin de Máster, es posible admitir que se persigue un particular retrato de la mentalidad en el comienzo del actual estadio histórico europeo, donde la observación historiográfica pueda convivir con reflexiones en torno a la Europa posterior a la realización de la CECA en el Tratado de París de 1951.

I

El papel de la creencia en la posguerra

Diffícil es negar que Occidente pasa por un estadio de crisis, lo lleva por una senda que forma contrastes en las realidades vividas en las problemáticas políticas, económicas y sociales de principios del siglo XXI. Ello no puede observarse sin considerar que la mentalidad en Occidente ha ido mutando junto con la impronta del discurso comunitario, que surgió de la creencia política presente en el drama de la posguerra y que ha ido conviviendo con la presencia de una nueva creencia ya visible a finales de los años sesenta, una creencia que se advierte hacia la socialización y que abre fragmentaciones de imaginarios cada vez más diversos, que enfrenta a las mayorías y siembra escepticismos.

El deseo de una Europa unida por concordancias tanto históricas como espirituales ha perdido fuerza frente al sentimiento de pérdida, comenzando por aquel recuerdo del contraste de la contradicción que representó el Este, que acabó por disolverse, y porque los sentidos de pertenencia de las múltiples voces que reconstruyeron y resignificaron a Occidente después de la dolorosa *stásis* continental han sido desplazados. Dicho de otro modo, esta serie de problemáticas que han afectado decisivamente al *modus vivendi* de los europeos esconden facetas de relativismos que llevan a extremismos -vacíos o no-, a la indiferencia a las instituciones y al sentimiento de abandono de un discurso lejano o sin vigencia que no se refleja en la vivencias de hoy.

La *Declaración* de 9 de mayo de 1950 es el centro de esta observación de observaciones y muestra una faceta más del drama de la posguerra: la particular dualidad económica y espiritual que llevaría a reflexionar el porvenir de la cultura en medio del conflicto global que desplazó a Occidente de su tradicional centralidad.

Observar los distintos factores que posibilitaron la idea comunitaria bien puede llevar a la melancolía, al no poder encontrar alguna vía que pueda unir contundentemente las dinámicas y formas del contexto de la superación de la guerra con las realidades del tiempo presente, que convive con esas lejanas creencias, transformándolas o tratándolas de olvidar.

El conjunto de observaciones del contexto entrecruzan realidades donde el trauma convive con la necesidad de reconstrucción material y moral de una Europa devastada. Quizás el problema central ya no sea tratar de justificar o denunciar la construcción del discurso que hoy fundamenta la existencia de la Unión Europea, sino seguir observándolo desde un plano que permita comprender las realidades de hoy, donde la relevancia de la *Declaración* de 9 de mayo de 1950 se perciba como un punto de inflexión histórico que llevó a Occidente a pensarse en comunidad, en contraste con las funestas decisiones del Tratado de Versalles.

CREENCIA Y REALIDAD

La posguerra presenta variadas aristas que no siempre quedan entrelazadas si se considera la posibilidad de pensar en lo que hoy se ve como la génesis de la Unión Europea, en especial la particular perspectiva de lo que fue Europa para Robert Schuman, viendo a este actor como al protagonista más visible de la construcción del discurso comunitario, junto con Jean Monnet -autor intelectual de la CECA-, Konrad Adenauer y Alcide de Gasperi

Pensar en creencia como vía para una observación de la posguerra permite plantear una delgada separación entre el trayecto europeo y la Guerra Fría, puesto que, a pesar de estar ahí más que presente, la serie de acontecimien-

tos que dieron paso a la idea de la Europa comunitaria sucedieron a causa de las ideas y formas de los actores políticos europeos más que por influencia de las dos superpotencias, al aceptar que «los *centros* ya no están»¹ en Europa.

La Europa comunitaria y su discurso pueden entenderse desde la reflexión de las creencias presentes en los actores decisivos y, principalmente, en las masas –que, sumidas en el trauma, recomenzaron su vida tratando de superar al estadio de violencia anterior a través del compromiso con las nuevas instituciones, en convivencia con las tradiciones-. Por ello, el cristianismo fue un influjo fundamental en las masas, sumidas en el hambre, la carencia y la desesperanza al contemplar la destrucción que habían ocasionado el nacionalismo exacerbado y el discurso de odio.

Señalo superar y no olvidar, ya que los fenómenos arrastrados por los ciclos de enemistad y guerra entre los pueblos en Europa sólo pudieron acabar hasta que entre ellos no cupiera la posibilidad de un retorno a ello. Por supuesto que no es posible aceptar que los traumas de guerra y de posguerra inmediatos hayan sido superados por un conjunto de negociaciones y tratados retratados por un discurso, pero sí es posible admitir que el discurso comunitario posibilitó el fin de la necesidad de enemistad y guerra arrastrada desde las formas del siglo XIX.

El cristianismo, particularmente su variante católico-romana, terminó siendo un factor de peso, siendo motivo de esperanza y compromiso. En contraste con las disputas decimonónicas, donde la Iglesia y diversos actores políticos habían estado enfrascados en la confrontación con el Estado –por no decir con la modernidad- la realidad del catolicismo en la posguerra construyó un centro de referencia para las mayorías dentro del ámbito de creencia, no en tanto a un retorno irreal del poder terrenal de la Iglesia y sí como un acompañante en la compleja realidad de posguerra. Por ello, la creencia premoderna que había estado en conflicto con la modernidad terminó siendo un pilar en la creación de los nuevos sistemas políticos, sostenidos por la democracia y conscientes del influjo cultural² –ya no decididamente político- de la Iglesia.

El entusiasmo por la espiritualidad deja de manifiesto a un contexto donde fue necesario replantearse la naturaleza de la cultura para generar un encuentro con sus raíces, comunes a los europeos. Esta creencia supuso un compromiso parcial o total para restaurar el Estado, que es la principal creencia desde el comienzo de la modernidad. En otras palabras, se entrecruzaron ambas creencias, que, de estar en conflicto, pasaron a interactuar para así poder construir nuevos discursos que delinearán la cura al trauma.

El catolicismo acompañó a los que habían sufrido o generado violencia y ese compromiso se tradujo en una asimilación lo suficientemente fuerte a la realidad como para poder convivir con las futuras realidades políticas y ser partícipes de ellas.

La creencia no puede quedarse en el espectro del cristianismo y es posible entenderla no como «el objeto del creer (un dogma, un programa, etcétera), sino [como] la participación de sujetos en una proposición, el acto de enunciarla al tenerla por cierta; dicho de otra manera, una “modalidad” de la afirmación y no su contenido»³. Se trata de su puesta en práctica, algo que se ejemplificó desde la guerra con los grupos que lucharon en contra del nacionalsocialismo y su intento de ponerla en práctica desde la gravedad de las situaciones, ya sea por las armas, como en el caso de La Résistance, o propagandísticamente, como Die weiße Rose.

Esta situación se prolongó hasta el contraste de los cambios económicos, políticos y sociales de los sesenta⁴, las personas comenzaron a percibir un sentido en sus vidas desde creencias ya “alteradas” hacia lo social, más que a lo institucional, «donde hay demasiados objetos en los cuales creer y bastante menos credibilidad [...] [al disponer] cada vez de más fuerzas pero de menos autoridad»⁵. Ahí los de “izquierdas”, el “conservador” o el “católico” se siguieron considerando creyentes, pero más en una dinámica de pertenencia⁶ que en una de compromiso ligado a lo real, en con-

¹ *cfr.* GÓMEZ PÉREZ: 2005 p. 206

² *cfr.* BORGHESI: 1997 p. 128

³ DE CERTEAU: [1980] p. 194

⁴ «La disociación entre la fe (cristiana) y el conjunto de instituciones (religiosas) no es un problema propio de la Iglesia. La encontramos también en todas las instituciones ideológicas que habían, en parte, relevado al cristianismo y conservado una forma eclesiológica: patrias, partidos, hasta sindicatos. En este terreno, lo que disminuye no es la adhesión a una fuerza política o social, sino la adhesión a la ideología que pretendía organizar esta fuerza. Dicho de otro modo, desaparece progresivamente la credibilidad de la ideología o su condición de fiable. Se presta adhesión a un grupo de presión, a un medio de transformación social y, en medida decreciente, a un sentido de la historia. Los discursos patrióticos o revolucionarios ayudan a estos movimientos y ya no los organizan. No se “cree” ya en ellos; se los utiliza». DE CERTEAU y DOMENACH: [1974] pp. 12-13

⁵ DE CERTEAU: [1980] p. 195

⁶ «La política nos ofrece otro ejemplo de esta transformación. Cuando la vida parroquial declina y hasta desaparece, cuando la misa y los sacramentos dejan de regular la vida de los fieles, éstos van a buscar en otros grupos y otras liturgias una compensación para su necesidad de seguridad y comunión». DE CERTEAU y DOMENACH: [1974] p. 98

traste con las dificultades de la posguerra inmediata que llevaron al europeo a superar sus penurias por una necesidad⁷ más allá de lo material⁸.

En este contexto los europeos del centro -la antigua Lotaringia- fueron creyentes que necesitaron poner en práctica lo que creían⁹ -su reconstrucción institucional, material y moral-, puesto que su vida y sus instituciones estaban en ruinas. De ahí resalta y se entiende la procedencia de los actores políticos, que se proyectaron desde una serie de prácticas distintas a las del pasado inmediato y que los obligó a creer en un futuro distinto, ya lejano a la violencia y centrado en un discurso de esperanza, sostenida por un *modus vivendi* libre y próspero, que fue más allá de la espiritualidad.

Ello implicó en la transformación del imaginario europeo, algo donde la vida tuvo un nuevo comienzo desde la tragedia familiar, la carencia y, en los peores casos, desde el drama causado por la limpieza étnica. En este contexto de sufrimiento, además del factor espiritual, se hizo presente el deseo de nuevas instituciones y de la seguridad provista por ellas, lo cual fue acompañado por el nuevo ciclo económico que pronto cambiaría la vida de las mayorías.

La rápida consolidación de los nuevos sistemas políticos fue prueba de ello y estos estuvieron acompañados por una nueva cultura democrática basada en las garantías de crecimiento y en una nueva dignidad para cada uno de los pueblos, lo que ampliaría el sentido de pertenencia a Europa dentro del marco del conflicto bipolar y cultural de la época.

Los sistemas políticos se forjaron a raíz del convencimiento cada vez mayor de que las formas políticas derivadas de la Democracia Cristiana tuvieron para con las masas, y por la ayuda norteamericana, que siempre manifestó su pragmática aprobación a esos movimientos, también fue objeto de las simpatías¹⁰ tanto de las clases más desfavorecidas como de los grandes empresarios que buscaban consolidarse en una coyuntura ya muy lejana a la economía de guerra. A esto cabe agregar que en Alemania occidental¹¹ la participación democrática se presentó con rapidez, a pesar de las experiencias vividas en el pasado inmediato, acompañada de una particular presencia de los factores técnico y premoderno:

[Konrad Adenauer,] desde el principio, trató por tanto de hacer de su partido un vehículo electoral cristiano en lugar de exclusivamente católico, y enfatizó el atractivo socialmente ecuménico de la Democracia Cristiana. En esto alcanzó un éxito evidente: la CDU/CSU sólo consiguió ganar por un escaso margen a los socialdemócratas en las primeras elecciones de 1949, pero en 1957 sus votos casi se duplicaron: llegaron a superar el 50 por ciento¹².

Ahí es detectable la creencia, en esa entrega a los sistemas políticos y a su apoyo a los nuevos partidos de centro representados por los actores católicos, haciendo evidente que «un *consenso* funda por sí solo un sistema de autoridades»¹³ más allá de la plena certeza para con ellos, retratando así a la creencia como «sinónimo de tener confianza»¹⁴.

El éxito de los partidos de centro no necesariamente fue motivo de interés generalizado, teniendo en cuenta a la intelectualidad y a las voces que se decantaron por la Social Democracia o el comunismo, dejando en claro que la idea de democracia no favorecía a los sectores discrepantes de los intereses anglosajones, representados por actores como Adenauer, más cercano al liberalismo, autocrático e ideológicamente contrario a las izquierdas.

⁷ «¿Qué es lo que ha cambiado en Francia en una treintena de años? Esencialmente, la Iglesia y los católicos. Ahí están los campesinos: hasta las divisiones entre el Centro Nacional de los Jóvenes Agricultores (CNJA) y los “campesinos trabajadores” reflejan una división entre dos generaciones: la de la ACJF [Asociación Católica de la Juventud Francesa] de 1936-1956 y la nueva extrema izquierda católica, surgida de mayo del 68». DE CERTEAU y DOMENACH: [1974] pp. 14

⁸ «En las religiones judía y cristiana, así como en la tradición humanista, la igualdad se basa en valores espirituales absolutos [...] La igualdad ahora sólo puede manifestarse en lo material». RIEMEN: [2017] p.35

⁹ «La creencia tiene que ver con el hacer y no con la aceptación intelectual de un cuerpo doctrinal».

MENDIOLA: 2013 p. 149

¹⁰ «El peso que en el M.R.P. tiene su electorado moderado hace que defienda la libertad de modo más parecido al liberalismo que al socialismo». BOMBACI: [1999] p. 199

¹¹ «Para muchos, la participación política se limitaba al cumplimiento obediente de los deberes cívicos, y por ello votaban masivamente en las elecciones, algo también (isobre todo!) compatible con un régimen autoritario». FULBROOK: [1990] p. 312

¹² JUDT: [2005] p. 394

¹³ DE CERTEAU: [1987] p. 95

¹⁴ MENDIOLA: 2013 p. 134

Hoy en día, el cómo los movimientos de centro o de la Democracia Cristiana mantuvieron su poder tantos años puede entenderse desde distintas perspectivas, aunque no siempre serán coincidentes con el oficioso discurso comunitario que los retrata como si fuesen la única voz libre de los demonios provenientes del totalitarismo. Lo cierto es que el “centro” pudo entender de manera más pragmática al electorado, además de que pudo apropiarse del plan Marshall, a lo que se une la novedad propagandística de abrirse a todas las confesiones cristianas y proyectarse como una opción proclive a las libertades de expresión y de tránsito.

Este progresivo consenso, en lo tocante a las políticas públicas y a las formas políticas que relacionaron a los europeos entre ellos y con los anglosajones, puede interpretarse como un momento clave en el que el pasado fue un sitio de interés: la necesidad de un discurso donde las raíces cristianas se identificaran con el pacifismo y un futuro en común, todo ello enmarcado en la necesidad de fortalecer la creencia en la modernidad, aquella modernidad responsable de proveer nuevas instituciones dispuestas a ganarse la confianza de las masas.

Este contexto histórico no deja de ser un lugar de confluencias, donde la creencia influyó decisivamente en las formas de pensar y donde también se presentaron compromisos que generaron pertenencia ante tantos sufrientes. El pasado inmediato y la imposibilidad de olvidarlo fácilmente dejaron en la mentalidad una dinámica de compromiso que contrastó con la violencia y el desprecio por la vida, se trata de un estadio donde lo múltiple¹⁵ se hizo mucho más presente.

Se abrieron distintas vías comprensivas, y esta diversidad factorial es un punto de inflexión inusitado, ya que ahí los procesos de larga duración se encontraron y convivieron posibilitando el comienzo de transformación de la mentalidad occidental, es decir, los factores políticos, económicos, sociales, culturales y de creencia brotaron de forma tal que es posible vislumbrar que los cambios tanto políticos como culturales en el occidente comunitario no se explican en su totalidad por los fenómenos desprendidos de la *stásis*, sino que estos fueron la última fase de una primera modernidad que transformó las maneras de pensar de los europeos, que en un corto plazo contemplarían cómo la miseria y la destrucción se tornaría en una realidad marcada por las oportunidades y libertades impensables años atrás.

También fue un momento de repliegue que convivió con la contradicción geopolítica y marcó el pulso de lo político y económico, llevando a reflexiones que se volvieron discurso. Se trata de una dicotomía, ya que “los padres” franceses actuaron a favor de los intereses de Estado desde el rol victorioso sin dejar en segundo plano sus ideales comunitarios. En una situación de completa destrucción se tuvo que trabajar una solución de paz duradera, reconociendo el error de Versalles, donde «en lugar de Poincaré reclamando su libra de carne versallesca, el señor Adenauer [tuvo] como interlocutor a un Robert Schuman, renano como él y formando parte de la misma familia espiritual»¹⁶.

Lo cierto es que los actores tuvieron que lidiar con una posición nunca antes vista, desde la perspectiva de que Europa ya no sería el centro y que debía reconstruirse de manera que los intereses franceses no se desbordaran de la misma forma que en 1914, por lo cual Europa debía de reinventarse:

Si miramos al proceso actual del mundo y consideramos el lugar que Europa y los europeos han ocupado en el mundo y ocupan aún hoy, sólo podemos llegar a una conclusión: es que Europa ha dejado de estar en armonía con el mundo. Ahora bien, no cabe duda de que, si hay una condición esencial para el desarrollo del individuo, es la armonía con el medio al que pertenece. Desde el momento en que hay un desequilibrio entre el individuo y el resto del mundo, ese individuo no puede ya desarrollar sus cualidades, ser él mismo¹⁷.

Esta serie de problemáticas pueden vislumbrarse a través del análisis de la creencia, que posibilita reconocer los acontecimientos como un conjunto de acciones pragmáticas y con intereses diversos, reflejados en el posibilismo político que llevó a la puesta en práctica de medidas bien distintas que delinearon un trayecto de identidad comunitaria y de paz sostenida.

La *Declaración* es el pilar de la construcción discursiva y es la creencia de que hay que actuar dinámicamente, la cual quedó rodeada de una serie de acontecimientos que repercutieron directamente en la realidad y en el imaginario de los europeos, además de proyectar una imagen concreta hacia el mundo: la de una nueva sociedad que, con todo y sus matices, pudo superar la destrucción y el rencor para convertirse en un oasis entre el capitalismo descarnado y el totalitarismo.

¹⁵ LE GOFF: [1974] p. 85

¹⁶ ROVAN: [1956] p. 401

¹⁷ MONNET: [1955] p. 30

Así como esta bien pudo ser la representación del nuevo ciclo ante el mundo, historiográficamente abre la posibilidad de una observación más, ello si consideramos a los otros discursos y escritos de Schuman y Monnet como fuentes que reflejan el pensamiento de los “padres”, encuadrado en la política de lo posible y en la necesidad de crear una realidad que permitiese una paz duradera y verdadera, a lo que cabría agregar que Schuman tuvo a la realidad generada como el resultado de la práctica cristiana y el apostolado social laico promovido por la encíclica *Quadragesimo Anno*¹⁸, y Monnet como el resultado del triunfo de la libertad sobre la política.

CONTRASTES ENTRE LA CREENCIA EN LA POSGUERRA INMEDIATA Y LOS AÑOS SESENTA

Una forma de identificar la creencia es contrastando el periodo que va desde 1945 hasta la *Declaración* con el periodo que le sigue hasta los años sesenta, caracterizado por el auge económico y la reconstrucción material europea, así como de la puesta en práctica del Estado de Bienestar que tanto ha caracterizado a los países europeos, en mayor o menor medida.

La *Declaración* abrió una época de libertades y oportunidades nunca antes vista, donde las masas gozaron del cobijo del Estado bajo una economía estable, pero esa realidad de bonanza generó un rumbo que detonaría progresivamente desde finales de los sesenta, con una sociedad ya configurada hacia el consumo y a la exigencia material al Estado, más apegada a una vida más tendiente a la materialidad que al compromiso que se tuvo en los tiempos de oscuridad, así «el creer se agota. O bien se refugia del lado de los medios y del entretenimiento»¹⁹, oculta lo ausente y deja un futuro incierto, sin encontrar refugio ante la duda, «la noción de creencia actual se pregunta por enunciados que han sobrevivido a prácticas que han desaparecido, por eso es común la confusión entre creer en algo y hacer tal cosa»²⁰.

El discurso comunitario nació de la creencia -convicción- en la política, abrió la necesidad de interpretar a la historia y lleva a la reflexión de lo institucional, pero también de lo político. A pesar de ello, la eclosión de la duda en la creencia política o moderna llegará menos de veinte años después, abriendo un ciclo social cada vez más presente, que tiene como a su principal característica la crítica a las instituciones. La *debilidad de creer* también es un preparativo de la latencia de cambio ¿Occidente está en duda sin sus instituciones? Quizás sea más profundo el efecto de la indiferencia al trayecto que llevó a los europeos a consolidar una vida de libertades, donde la religión actuó como «una fuerza de cohesión»²¹ en respuesta a la demanda.

Fue una temprana fluctuación en la mentalidad, la cual podría describirse como inobservable si no se hubiese presentado la crisis de la creencia, la cual «nada tiene que ver con la aceptación por parte de un sujeto de ciertas afirmaciones como verosímiles. Creer [...] se debe de entender como confianza en los otros; y la función de la confianza en otro, en alguien o en una ilusión es lo que hace vivible el mundo social»²². Es el caso de los cambios en los movimientos de izquierda desde la crítica al régimen soviético o la Iglesia después un torbellino conciliar²³ que condujo a perspectivas que pueden contemplar «la destrucción del cristianismo no sólo en las elites sino también en el pueblo, en ese pueblo “que era cristiano en las entrañas y en el corazón”, es el hecho nuevo que marca el tiempo presente»²⁴.

En la realidad de finales de los sesenta²⁵ ya es posible advertir que la creencia ha mutado, «está viendo el fin de otra forma de creer, lo político»²⁶, puesto que no se centra en la práctica, es «una necesidad de creer, exacerbada por el vacío de esta sociedad, se conjuga con la necesidad de una pertenencia, cuyo contenido también se convirtió en un

¹⁸ «En ella, el Papa Pío XII expresaba de forma rotunda su crítica a la “forma económica capitalista”, sobre todo su “empoderamiento como resultado de la libertad de competencia” (ver QA 105-109), al tiempo que aceptaba que “como tal, no se podía condenarla” (QA 101)». HASSE: [2002] p. 49

¹⁹ DE CERTEAU: [1980] p. 196

²⁰ MENDIOLA: 2014 p. 71

²¹ MENDIOLA: 2014 p. 76

²² MENDIOLA: 2014 p. 49

²³ «Un gran número de sacerdotes y laicos relativizan las prescripciones romanas en materia de moral sexual. En el fuero interno de sus conciencias, oyen las recomendaciones de la Iglesia y no se someten a ellas». PROST: [1987] p. 22

²⁴ BORGHESI: 1997 p. 96

²⁵ DE CERTEAU: [1987] pp. 104-105

²⁶ MENDIOLA: 2014 p. 64

vacío»²⁷. Se sigue creyendo en algo, pero no hay compromiso, lo que contrasta con las dinámicas que vienen de la guerra donde el compromiso es todo y representa la antesala de diversos cambios en las realidades europeas:

Las creencias y las opiniones se adicionan para constituir el abanico abigarrado de una amplia metáfora que traduce una ausencia, pero la engaña sin decirlo. Tal vez, en uno de sus aspectos, el rechazo de las estructuras y de las autoridades consiste en evitarles a tales creencias el choque con lo real²⁸.

En ello radica el contraste. Ahí ya no se presentó la necesidad de superar el trauma y recomenzar el trayecto de vida, ya que «en las administraciones, en las oficinas, y hasta en las formaciones políticas o religiosas, una cancerización del aparato responde al desvanecimiento de las convicciones. Y lo genera igualmente. El interés no reemplaza a la creencia»²⁹.

En el caso de los actores políticos y sus seguidores, la necesidad de llevar a la realidad sus creencias poco a poco se fue diluyendo hacia la necesidad primaria y pragmática de obtener el apoyo de las masas en los comicios, descuidando a sus ideologías y programas políticos. Aquí comenzó a darse la lenta separación compromiso/realidad donde se diluye la creencia, lo cual hoy en día es evidente, tanto en los partidos de centro como en los de izquierda:

La Francia pobre empieza a circular en coche y a convertirse en propietaria de su vivienda. Entra la sociedad del crédito, y es esto lo que inquieta al PCF: las letras mensuales corren el riesgo de hacer disminuir la combatividad obrera y, a partir de los años 1969, la televisión implicará un absentismo creciente en las reuniones de la célula y en los *meetings*³⁰.

Si los primeros años de posguerra se caracterizan por el arrojo de los europeos a pesar del drama familiar, nacional y material, los años posteriores a la consolidación de los sistemas políticos terminan siendo un progresivo abandono del compromiso, y el caso del catolicismo es central:

[De las corrientes que hicieron posibles al] pluralismo del Vaticano II, inscrito bajo el signo de una ideología liberal y una administración cuidadosamente conservada en su jerarquía, llegamos a esa larga hemorragia que vacía en silencio estructuras dejadas intactas pero exangües, cáscaras abandonadas por la vida, y, paralelamente, a la proliferación de pequeños grupos que cultivan la dicha de estar juntos y de construir un discurso en un lugar de un cuerpo que ya no existe³¹.

Por ende, la posguerra marcó el ritmo que va de la creencia dinámica e influyente en la mentalidad a un sitio donde la vida se relativizó y comenzó a dejar a un lado a la pertenencia³² para llegar progresivamente al abandono del apego institucional³³, y de ahí a la socialización de la creencia, en paralelo a una realidad monetaria³⁴ como único y abstracto valor universal, algo por demás visible en las formas que acompañaron al contexto donde la contradicción geopolítica se fue desvaneciendo. Son contradicciones que se entrecruzan.

El sueño comunitario pudo enfrentarse a la necesidad de reconstrucción de Alemania y al revanchismo de Francia, pero no pudo prever que el imaginario de identificación y posicionamiento en base a la creencia cambiaría drásticamente. Desde finales de los sesenta, los templos comenzaron a vaciarse, el rito romano se desvaneció y las luchas de izquierdas se banalizaron en lo real en su enfoque de apoyos sociales para los oprimidos -que ya no eran los obreros, sino un *collage* que aun hoy en día sigue creciendo- como su principal propaganda.

²⁷ DE CERTEAU: [1987] p. 309

²⁸ DE CERTEAU: [1987] pp. 105

²⁹ DE CERTEAU: [1980] p. 196

³⁰ PROST: [1987] pp. 55-56

³¹ DE CERTEAU: [1987] p. 306

³² *cfr.* BADIEU: 2014 pp. 69-71

³³ «Un tanque de la guerra de ayer o de anteayer porque [...] poco podrá decir al hombre laico y politizado de la postguerra. La institución eclesial no ha percibido que el cristiano, en su figura católica, ya se ha independizado del párroco [...] estamos frente a un laico que escucha las palabras y los esquemas conceptuales del clérigo como de una época ya abandonada. El laico comenzará a buscar fuera de los templos una respuesta a su existencia cotidiana y a su experiencia cristiana».

MENDIOLA: 2014 pp. 27-28

³⁴ *cfr.* BADIEU: 2014 p. 71

También la posguerra inmediata y su consolidación pueden enmarcarse como una época de pertenencias, donde los ciudadanos pudieron identificarse en la realidad bajo cualquier rol de vida, donde «ser hijo de un obrero era un orgullo»³⁵ o también de un campesino. El discurso comunitario había permeado de tal forma que los europeos podían vivir sintiéndose partícipes del desarrollo de sus comunidades, así como acreedores a los beneficios sociales del Estado y del consumo gracias a la bonanza económica de los cincuenta.

CATOLICISMO: CREENCIA Y POLÍTICA

Los primeros años de la posguerra en la zona occidental bien pueden describirse como de un compromiso generalizado, acompañado por una fe católica que «a partir sobre todo de la terminación de la Segunda Guerra Mundial, elevó el prestigio del Papa y de la Sede Romana hasta unos niveles sin precedentes en la Edad Contemporánea»³⁶, ello en parte porque la religión predominante en los primeros seis Estados comunitarios era la católica -además de que las autoridades no optaron por políticas laicistas como en periodos anteriores³⁷- y más porque fue una época de proliferación de pensamiento teológico y de acercamiento de las distintas estructuras eclesiales con los habitantes. En Alemania ello fue aún más marcado, ya que Prusia como zona de influencia desapareció y sus habitantes tuvieron que entregar «enormes reparaciones y pidieron perdón con humildad [pero] fueron privados de derechos humanos básicos, del derecho a ser juzgados individualmente, del derecho a la dignidad y a la igualdad, del derecho a la propiedad privada y personal»³⁸ o sufrieron de la limpieza étnica y tuvieron que convivir en zonas tradicionalmente católicas, propiciando una tolerancia inusitada a raíz de la naturaleza de las condiciones en las que habían llegado los compatriotas luteranos o evangélicos a las zonas ocupadas por los aliados.

La fe desbordada en la coyuntura no deja de ser un factor a considerar y permite observar las fuentes y testimonios desde una nueva perspectiva, que aunque sea lejana al tiempo presente, sí es posible entenderla como una inspiración activa generalizada, destacando su pluralidad, que ya desde la guerra evidenció extremos contrapuestos dentro de un mismo cuerpo doctrinal:

Ya durante la guerra, el abismo abierto entre creyentes de diversas formaciones en torno a la posición comunismo/anticomunismo les lleva a campos diversísimos. Así, mientras cristianos militantes en la resistencia han estrechado con los comunistas una alianza táctica en la lucha contra el nazismo, otros han confirmado su “no” a toda colaboración. Entre estos no han faltado quienes, en nombre del anticomunismo incondicional, han legitimado la colaboración con los nazis: algunos colaboracionistas fusilados en Annecy han muerto gritando: “Viva Cristo Rey”³⁹.

Ello implicó en un conjunto de voces que coincidieron en que el drama de la guerra debía llevar a una nueva realidad, en donde la libertad y la paz fuesen sus pilares, aunque ello tuvo que enfrentarse con las luchas ideológicas, pero ya dentro del esquema de los sistemas políticos, en los cuales no se dejó de sentir la mano anglosajona, lo que representó un cúmulo de problemas para los actores franceses en la posguerra inmediata, muchos encaminados a una política extrema de reparaciones desde la rendición incondicional del Reich.

La situación del catolicismo es un factor dual en la coyuntura de los primeros años de posguerra. Fue políticamente decisiva para la conformación de los nuevos sistemas políticos, donde los valores democráticos tuvieron un paralelo a los valores cristianos, además de que las fundaciones de los movimientos de centro se consideraron a sí mismas como eso y no como refundaciones que partieran de contextos previos a la guerra. Tuvieron que asimilar de manera inmediata a las formas de pensar de su electorado:

³⁵ BADIEU: 2014 p. 71

³⁶ ORLANDIS: 1998 p. 13

³⁷ Los ejemplos laicistas durante el nacionalsocialismo son conocidos y más después de las reacciones al programa *Aktion T4*, pero también es importante considerar que el catolicismo estuvo en conflicto con el Estado francés antes de la guerra, de ahí que pueda considerarse que en la posguerra «los católicos [salieron] definitivamente del “guetto” en que estaban durante la hegemonía laicista bajo la tercera República». BOMBACE: [1999] p. 196

³⁸ BAQUE: [1997] p. 325

³⁹ BOMBACE: [1999] p. 206

Especialmente la Unión Demócrata Cristiana (CDU) en Alemania Occidental, los demócratacristianos (DC) en Italia y el Movimiento Popular Republicano (MRP) en Francia, tenían ahora el monopolio católico. En la Europa de 1945 esto seguía pesando mucho: el voto católico era todavía claramente conservador, especialmente en lo referente a cuestiones sociales y en las regiones de mayoría católica practicante⁴⁰.

Ello aunado a enfrentar condiciones únicas, como la presencia anglosajona en los temas económicos y de reparaciones, aun así las fundaciones de los movimientos de centro o católicos marcaron una realidad de confluencias y de recuerdos volcados al futuro. Por otra parte, muchos de los valores que fueron caracterizando a la posguerra terminaron siendo coincidentes con los postulados de libertad y de vida digna propugnados por León XIII en su *Rerum Novarum*⁴¹.

El humanismo posbélico, sea laico, comunista o católico, vivía en el fondo de un presupuesto tácito, por el cual la sociedad estaba aún profundamente impregnada por la fe, la “pasta humana” estaba entretejida en ella y plasmada de tal manera que los valores cristianos representaban la conciencia espontánea de la mentalidad común⁴².

Si bien la época puede caracterizarse como de actividad intelectual y teológica, no debe dejarse a un lado la importancia política de una mayoría de masas adheridas a la práctica católica, pues ello también fue crucial en el desenvolvimiento de los actores políticos, ya que fueron una fuente visible de identificación con el electorado, a pesar de haber abandonado posturas como el integrismo que tanto caracterizó a los movimientos católicos previos a la guerra. Por otra parte, no hay que olvidar que la Iglesia ejerció una actividad pastoral que llevó a los europeos a identificarse entre sí, ya que el catolicismo también superó en gran medida sus matices regionales, propios de otros contextos.

SCHUMAN, UN PARTICULAR CREYENTE

La posición de Robert Schuman como actor en la posguerra bien puede señalarse como la de un creyente que actuó pragmáticamente sin dejar sus ideas y vivencias. No fue un político que fácilmente podría describirse, ya que más que hablar desde una perspectiva nacional se consideraba como un europeo que actuaba por el borde de las tentaciones nacionalistas y que tendía hacia un espectro más amplio frente al presente que, a pesar de las guerras y conflictos, propone lo siguiente:

Deberíamos [...] enseñar las causas profundas de los antagonismos que han desgarrado la humanidad; lo absurdo de los sacrificios que tantas guerras dinásticas e ideológicas han impuesto a los pueblos que han sido quienes han pagado las consecuencias de frívolas ambiciones y fanatismos⁴³.

Si Europa no había podido estar unida sin violencia, la posguerra fue para Schuman un momento en el que podía verse en un tiempo histórico, donde era necesario encontrarse con la realidad antagónica a los ciclos de dominación moderna entre los europeos: el hecho de que Europa como cultura estuvo unida por el cristianismo y que en esa época pudo perfilar un camino de distensión, el camino hacia «la continuación, tras un interludio nacionalista de tres siglos de duración, del asunto inacabado de la Contrarreforma; una restauración de un ecumenismo paneuropeo ya probado, más que un salto a lo desconocido»⁴⁴.

⁴⁰ JUDT: [2005] p. 130

⁴¹ «El Papa León XIII criticó arduamente la sociedad de clases precapitalista de la época [1891] (RN, numerales 1/4). A pesar de ello no rechaza de plano la teoría liberal pero sí el programa de los “socialistas”. De acuerdo a la encíclica, este programa estaba lejos de “contribuir” a la solución y resultaba perjudicial para “la clase obrera misma” (RN, numeral 3). Como contrapeso del liberalismo, León XIII exigió una “justicia salarial” que relativiza el principio puro del mercado; exige también la libertad de coalición (libertad sindical) de los trabajadores como “derecho natural” y una *política estatal* a favor de ellos». HASSE: [2002] p. 137

⁴² BORGHESE: 1997 p. 74

⁴³ SCHUMAN: [1963] p. 39

⁴⁴ BAUMAN: [2004] p. 115

Dentro de una identidad dual, Schuman se pensó como europeo y francés, pero sostenido al fin por la base cultural e íntima de la espiritualidad, haciendo de la política un apostolado laico, tanto en el momento de actuar en Francia como en las negociaciones con Adenauer -con el cual sintió una particular sintonía-, actuando en la medida de lo posible.

Estas acciones dejaron los ámbitos nacionales para actuar en la construcción de un imaginario europeo y fueron parte de una época que vio renacer la paz y la libertad en Europa, al mismo tiempo que la transformación del *modus vivendi*:

Que esta idea de una Europa reconciliada, unida y fuerte sea, a partir de ahora, la consigna para las jóvenes generaciones deseosas de servir a una humanidad liberada al fin del odio y del miedo y que, después de desgarramientos demasiado largos, aprende nuevamente la fraternidad cristiana⁴⁵.

Aquí pueden entreverse dos temporalidades simultáneas: el tiempo mundial y el tiempo de Europa representado por “los padres” que abren su propio contexto a pesar del conflicto geopolítico, en el cual los Estados europeos ya no son el centro:

Los países europeos, o sea, Europa, están en peligro de llegar a ser víctimas de las divergencias que existen entre las potencias mundiales y de ser destruidos en la lucha a consecuencia de su situación geográfica y la densidad de su población⁴⁶.

Los seis firmantes del tratado de París de 18 de abril de 1951, si bien fueron representantes de primera línea del combate económico geopolítico, terminaron por cambiar la realidad europea con un nuevo discurso, ya lejos de lo hegemónico y centrado en los encuentros.

Schuman permite retratar la mentalidad en posguerra, desde la ideología y formas políticas de “los padres” y los demás actores políticos que se hicieron presentes en los primeros años de posguerra hasta las realidades de las masas, hundidas en la carencia material, pero con necesidades espirituales que los llevaron a caminos de superación del trauma en base a su trabajo:

Si bien la producción material no puede constituir un índice de la producción espiritual, la inmensa producción de Europa sí permite suponer que los europeos poseen una gran fuerza espiritual. El trabajo físico y espiritual que es realizado en Europa es indispensable para la prosperidad y la evolución del mundo entero⁴⁷.

Es este contexto se buscó la no distinción de los valores cristianos de los simplemente humanos. Fue una época en la que lo logrado se dio gracias al trabajo de tantos que necesitaban encontrar el consuelo por los bienes perdidos, pero también de tanto sufrimiento causado por un tiempo en que los valores desaparecieron.

Para Schuman, la nueva Europa debía de actuar en clave universal, como crisol de valores que el conflicto pasado le había negado a la humanidad. Su idealismo no quedaba reducido al ámbito de la Europa occidental, sino que se ampliaba al mundo, tratando de que Europa ya no influyese violentamente, sino que hiciera de la propagación humanística su misión comunitaria primordial.

⁴⁵ SCHUMAN: [1963] p. 36

⁴⁶ ADENAUER: 1967 p. 23

⁴⁷ ADENAUER: 1967 p. 21

El catolicismo de la posguerra puede describirse como multifacético⁴⁸ y su influencia -mas no injerencia institucional- se hizo sentir en las mayorías de sufrientes, muchos testigos silenciosos de la tragedia y otros en búsqueda de perdón al haber alejado sus pensamientos del valor de la vida humana. La labor pastoral fue amplia, pero su protagonismo trascendió el ámbito político, pues tendió a la experimentación.

Dejó sentir su peso en la vida privada e influyó en los acontecimientos que cambiaron los discursos decimonónicos -aún en uso en el pasado inmediato- con el que se habían sostenido los Estados. Estas concepciones sobre lo histórico basadas, en el afán hegemónico y proclives a la violencia, se vieron reflejadas en las simpatías de las masas a las declaraciones de guerra de 1914 y de 1939 -aunque en menor medida y con un matiz del todo distinto-, es decir, la influencia de la espiritualidad no fue tanto un retorno a las dinámicas políticas que reivindicaron viejas y premodernas atribuciones de la Iglesia, sino que se quedó en el ámbito privado y de lejanía con el poder público, dejando al catolicismo como un factor de identidad cultural, lo cual constituyó un factor de relevancia para la idea de Europa en Schuman.

Mantener la imagen de una Iglesia apartada de lo público no necesariamente lleva a un retrato monolítico, ya que la Iglesia conservó mucho de sus labores en la educación -como en Alemania o Italia-, así como en lo pastoral y social. La diferencia aquí radica en que los actores políticos no depositaron su fe solamente en el ámbito católico, sino que buscaron llevar los valores cristianos a un discurso generalizado y universal, marcando una distancia, pero tampoco negándolo.

Roma -más no la totalidad de los miembros de la Iglesia- sí apostó por una pronta inclinación ideológica⁴⁹: su combate al régimen soviético y demás movimientos de izquierdas, considerando a este como un enemigo directo del cristianismo, pero sobre todo de la Iglesia:

La Iglesia que se asoma a la Europa de la segunda posguerra ya no es, por lo tanto, la Iglesia aislada de los primeros días del conflicto mundial. En el encuentro entre las democracias liberales y cristianismo, ambos combatidos por los movimientos totalitarios, la Iglesia de Roma se afirma como baluarte espiritual del “nuevo” Occidente, como amparo de libertad, por su influencia sobre las masas, frente a la nueva amenaza procedente del comunismo soviético⁵⁰.

A pesar de este importante matiz, la Iglesia se envolvió en un conjunto de factores que modificaron las formas políticas y de pensamiento en la primera parte de la posguerra. Ello queda caracterizado a raíz de su influencia en el discurso comunitario, el cual tampoco pretendió evangelizar a Europa y el mundo, sino que buscó propagar valores que tradicionalmente estuvieron en la órbita del cristianismo.

La relación entre el concepto de creencia y el cristianismo no deja de ser problemática, pero los acontecimientos de posguerra delinearon realidades inusitadas, detectables al observar los cambios en las formas políticas y de pensar de los años sesenta, contrastadas con el dinamismo que pronto actuó en pos de la reconstrucción europea. Si el discurso comunitario demostró su relativa influencia en las mayorías en detrimento de la mejora de la calidad de vida y el acceso inusitado al consumo⁵¹, la Iglesia también cayó en una espiral de cambios a partir de la apertura litúrgica, doctrinal y arquitectónica que dio pie al Concilio Vaticano II y a sus distintas interpretaciones, ya por lo demás perceptibles a finales de los años sesenta, lo que podría describirse como una *debilidad de creer*.

Por otra parte, en la construcción de los nuevos sistemas políticos el catolicismo también se hizo presente, siendo compatible con ellos en una situación donde la Iglesia pasó de ser un enemigo o un incómodo actor a un colaborador en la promoción de la democracia⁵²:

⁴⁸ Como en el caso de la *Nouvelle Théologie*. ORLANDIS: 1998 p. 14

⁴⁹ La misma que la había llevado a no denunciar tajantemente el totalitarismo, lo que para muchos fue un sutil apoyo: «En la Roma ocupada por los alemanes, Pío XII favoreció activamente la ayuda y la protección a los judíos en las instituciones eclesásticas, pero en ningún momento habló públicamente contra la persecución». LABOA: 2002 p. 315

⁵⁰ BORGHESE: 1997 p. 52

⁵¹ cfr. DOBB: 1971 pp. 459-460

⁵² «La Iglesia confesante fue a la vez un retorno a la fe “positiva” y un nuevo descubrimiento de la democracia». ROVAN: [1956]

Después de la guerra se animó a los católicos a implicarse en el esfuerzo de la democracia, a menudo, en partidos de inspiración cristiana, como la DC en Italia, la CDU en Alemania, la MRP en Francia. Los partidos cristianos no son una novedad en la historia, pero la posguerra está muy marcada por su presencia. El pensamiento de Maritain resultó un instrumento importante en esta, a menudo, lenta evolución eclesial: la cristiandad se puede realizar con el voto de los pueblos, subrayando la vocación religiosa y cristiana de la democracia y el rechazo igualmente cristiano del totalitarismo y de la dictadura de cualquier especie. Los católicos Alcide de Gasperi en Italia, Konrad Adenauer en Alemania y Robert Schuman en Francia fueron los iniciadores de un movimiento de cohesión europea que desembocará en la actual Unión Europea⁵³.

Así, los actores políticos pronto se convirtieron en protagonistas promotores del catolicismo, pero en clave ecuménica y quedando su práctica espiritual en el ámbito privado, dejando un importante matiz que dejó una huella imborrable: el discurso comunitario no era católico ni tampoco pretendía ser una propaganda en favor de la Iglesia, sino que su influencia quedó como un motivo de inspiración latente.

LAS RAÍCES DE EUROPA: PROBLEMA Y ENCUENTRO

¿Por fin Occidente llegó a la libertad? Las escenas inmediatas de la posguerra bien pueden caracterizarse más como de necesario compromiso, sostenidas en una multiplicidad de formas de acercarse a la memoria a partir del trauma, el cual produjo alguna negación de la inmediatez del pasado y el olvido -voluntario e involuntario-, pero también puede ser la necesidad de dejar el terror para caminar hacia un futuro necesariamente distinto y lejano a la tragedia. La memoria cambió su sentido y comenzó con el esfuerzo de liberación de las artificiosas prácticas historiográficas del siglo XIX que terminaron en el nacionalismo exacerbado, llevaron al reconocimiento de culpabilidades compartidas y de ahí a la luminosidad -¿o tenue luminosidad?- de la aproximación a lo real desde el drama experimentado en la guerra, donde los perdedores no fueron tan reconocibles como los ganadores, puesto que toda Europa pasó por la violencia y el colaboracionismo -consciente o no- al totalitarismo. Lo cierto es que la práctica historiográfica pronto se alejó de los discursos de Estado para tratar de comprender la dimensión de la tragedia, lo que no necesariamente sucedió en el ámbito político de manera generalizada⁵⁴.

La colectividad en este estadio no pudo más que contemplar las dimensiones de la guerra, que dejó sin ni siquiera patria a muchos y sin nada a muchos más, además de los recuerdos de la tragedia que regresaban constantemente. Por ende, observar el dinamismo de la creencia termina siendo central:

Gran parte del catolicismo de la posguerra se libraba de la experiencia dramática de la modernidad, el vacío y la desesperación que se ocultan tras su censura sistemática de la pregunta del significado de la vida. Prefería [...] crearse un espacio “menor”, en el que la fe, lejos de ser la respuesta al deseo de vida y de verdad del Occidente, indicaba metafóricamente, su “suplemento del alma”, la tabla de salvación, en términos ético-morales, de sus valores perennemente en crisis⁵⁵.

Los intentos de superar -o por lo menos olvidar- el pasado inmediato a través del trabajo y compromiso fueron una generalidad frente a la crisis, donde era imposible poder distinguir entre quienes habían colaborado y los que no, ya que estaban en las mismas condiciones de precariedad.

La memoria histórica sufrió un cambio en tanto que las historias nacionales sufrieron y quedó de manifiesto un clima propicio para que la colectividad y los actores políticos comenzaran a consentir discursos ya no nacionales, sino más generales, donde pudiesen quedar injertos sin ser ya partícipes de los discursos que llevaron a la tragedia y desde ahí la idea comunitaria arroparía a las masas carentes de un sitio de reconocimiento histórico, el cual se había desvanecido ya sea por la derrota o por una amarga victoria que arrastró duras pérdidas.

⁵³ LABOA: 2002 p. 318

⁵⁴ «Adenauer apenas mencionó este tema [la Shoah]. De hecho, rara vez se refirió a las víctimas judías, y jamás a sus autores alemanes». JUDT: [2005] p. 400

⁵⁵ BORGHESI: 1997 p. 54

Este problema afectó a la historicidad de tal manera que pronto los europeos optaron por opciones más íntimas o directas, puesto que sus concepciones nacionales no eran reconocibles o aceptables. De ahí que Schuman expresara que:

La desintoxicación de los libros de historia es una de las primeras necesidades, lo cual no está en contradicción ni con la libertad de pensamiento y de expresión de los adultos, ni con el verdadero patriotismo que se debe de enseñar a la juventud⁵⁶ [además de que] no habrá así ninguna renuncia a un pasado glorioso, sino un nuevo florecimiento de las energías nacionales, gracias a su puesta en común al servicio de la comunidad supranacional⁵⁷.

Este cambio hacia afuera hizo posible reconocer un ámbito cultural europeo y hacia adentro hizo posible mirar al pasado desde ópticas que también llevaban a la tradición en común de Europa: el pasado romano, que hermana históricamente a los pueblos europeos, y la raíz cristiana que propició un marco mental en común en el medioevo, es decir, no sólo la construcción del discurso comunitario insistió en el reconocimiento del pasado de los europeos como motivo de encuentro, sino que el mismo tiempo histórico llevó a los europeos a buscar identidad desde la ausencia, pero ya en lugares más lejanos, identificando críticamente la presencia de perspectivas decimonónicas y su conexión nacional que derivó en la *stásis*.

Para el discurso comunitario fue central la necesidad de señalar el pasado en común, partiendo de que el futuro solamente podría enfrentarse reconociendo las raíces desde su sombrío presente:

La perspectiva de la Democracia Cristiana era esencialmente trasnacional en su tradición, aunque no sea ese el caso de su versión actual: Europa había sido un “Sacro Imperio” antes de ser dividida en territorios nacionales. Se podría decir que la Democracia Cristiana era una versión políglota y nueva del espíritu de habla latina de la Europa cristiana; como tal, tenía menos inhibiciones que otras tendencias políticas [...] e incluso sentía menos revulsión por la idea de una unificación trasnacional del continente⁵⁸.

El pasado, grecolatino y medieval, dejó de interpretarse oficial o estatalmente en clave de apropiación nacional y se crearía una percepción sobre las ventajas de un futuro común en un contexto que había dejado a Europa fuera de la posición que había gozado durante siglos:

Roma y Bizancio, socavadas por sus divisiones internas, murieron por culpa de sus estúpidas rivalidades. Si la Europa de nuestros días no ha alcanzado aún ese mismo grado de descomposición, está amenazada por un mal de la misma naturaleza. Su fragmentación retrasa su mejora; frente a los bloques rivales, las rivalidades entre las naciones europeas las agotan⁵⁹.

Este conjunto de problemáticas en la memoria histórica pueden verse reflejadas en la *Declaración*, todo ello estableciendo que Europa tiene un camino por delante en común y no hecho, ello por supuesto unido a la necesidad de paz y de un acercamiento verdadero y no simbólico de Francia y Alemania. Esta idea se proyecta más allá de la *Declaración*, es el camino comunitario de una Europa que «no es algo que se descubre [...] es una misión: algo que se hace, se crea, se construye»⁶⁰.

Este hacer Europa no se «[entendió] simplemente como una unidad económica o política carente de aliento espiritual»⁶¹, sino como el futuro posible de una Europa por hacerse desde la superación de la añeja disputa franco-alemana y con ello, con una verdadera y duradera unión. Europa podría enfrentarse a su presente de oscuridad y buscarse un sitio más allá de las divisiones de la Guerra Fría, expandiendo su ideal de paz y ayuda mutua al mundo (factor que difícilmente puede observarse, y más desde la descolonización de los territorios franceses), puesto que para Schuman Europa debía expandirse y hacer que sus valores humanos se volvieran universales.

⁵⁶ *cfr.* SCHUMAN: [1963] p. 38

⁵⁷ SCHUMAN: [1963] p. 25

⁵⁸ BAUMAN: [2004] p. 115

⁵⁹ SCHUMAN: [1963] p. 99

⁶⁰ BAUMAN: [2004] p. 13

⁶¹ GÓMEZ PÉREZ: 2005 p. 192

El año 1950 estuvo encadenado al encuentro y a la creencia, que se entrecruzaron con la necesidad de renovación económica. Los encuentros dejaron constancia de la importancia de la creación de un futuro distinto, alejado definitivamente del pasado inmediato. Es la demanda de cura.

Los movimientos democristianos bien pudieron adjudicarse la negociación que hizo posible la CECA, además de la construcción de sistemas políticos basados en una nueva perspectiva de Europa ya destinada a “hacerse”, pero de manera simultánea también lograron convencer a las mayorías creando una época de consensos democráticos y consiguiendo un verdadero despegue económico.

En los años que antecedieron a la *Declaración*, la creencia abrió paso a transiciones tanto políticas como económicas, pero estas siempre estuvieron acompañadas por un conjunto de valores que no han dejado de formar parte de la oficialidad del discurso europeo y por mucho tiempo han logrado darle a los movimientos políticos de centro el apoyo de las mayorías:

Cada discurso político logra efectos de realidad gracias a lo que supone y hace suponer del análisis económico que lo sustenta (análisis él mismo validado por esta remisión a lo político). Dentro de cada partido, los discursos profesionales de los “responsables” *se mantienen* gracias a la credulidad que suponen en los militantes de base o en los electores⁶².

El triunfo y consenso de los democristianos marcaron una época y un recuerdo que contrastó con el sufrimiento y las penurias de la primera mitad del siglo XX, más ello no implica que se haya formado un reconocimiento duradero en el que las mayorías se identificasen y se sintieran partícipes del discurso comunitario (sentirse dentro), más allá de que siga siendo un argumento referencial de las instituciones vigentes:

El hecho está ahí, complejo y susceptible de interpretaciones diversas. Una “limpieza” social conduce progresivamente de las convicciones a las técnicas, de los *programas* ideológicos a los *objetivos* económicos, o incluso de las finalidades a los procedimientos. Sin embargo, hete aquí que, por un efecto de compensación –o acaso de retardo–, la afirmación de valores u opciones resurge, metamorfoseada en mitologías⁶³.

Esta “limpieza” es la *debilidad de creer*, que se presentó en el momento donde el proceso comunitario tuvo efecto concreto en el imaginario de los europeos, representado más por el acceso al consumo y por el Estado de Bienestar que por una verdadera convicción de haber obtenido alguna redención después de haber presenciado el infierno.

Aquella época donde la creencia actuó tanto en las masas como en los actores políticos es un recuerdo cada vez más lejano, donde el Estado se hizo responsable de la materialidad europea, pero sin haber interferido en las libertades ni en la intimidad de la vida privada, es decir, pensar en el contexto de posguerra y en sus acontecimientos no necesariamente es un recuerdo propagandístico del discurso comunitario como único factor de cura, pero sí es un recuerdo constante de la cristalización de un consumo inexistente antes de la guerra⁶⁴ –acompañado de un discurso de encuentros y valores–. En contraste, hoy lo ideológico que posibilitó el trayecto comunitario parece haber sido olvidado por tantos –incluso por la mayoría de los actores políticos– y refleja una realidad que «[deja] de ser un discurso que nos da algo o que es sostenido por un lugar, [...] se convierte en ficción»⁶⁵.

Los ciudadanos europeos cada vez se distancian más de un discurso que parece acartonado, presencian cómo «la nación se transforma en una coordinación de empresas, administrada por técnicos que repiten o reemplazan a los políticos de antaño y que organizan sistemas de producción según determinadas programaciones»⁶⁶. De ahí que las masas no se reconozcan dentro del discurso, sino que su posicionamiento se fuga, se dispersa, en distintas reivindicaciones separadas del ideal comunitario, se niega o se es indiferente a la otrora autoridad moral de los actores que hicie-

⁶² DE CERTEAU: [1980] p. 204

⁶³ DE CERTEAU: [1987] p. 102

⁶⁴ «La nueva triada “vivienda ‘decorosa’, coche (incluso ‘modesto’) y televisión”, a la que se agregan la Seguridad Social y analgésicos eficaces, ha vuelto a la vida en la tierra, si no “paradisiaca”, sí al menos soportable». PROST: [1987] p. 17

⁶⁵ DE CERTEAU: [1975] p. 309

⁶⁶ DE CERTEAU: [1987] pp. 97-98

ron posible el Tratado de París. Lo real⁶⁷ y las realidades ya no parecen ser coincidentes, a pesar de que ahí esté en evidencia como punto de inflexión y «autoridad [que] se funda sobre lo real que ella ha supuesto declarar»⁶⁸.

Hoy se percibe en gran medida la posguerra como la superación de la penuria material más que del trauma, lo cual en vez de fortalecer a la memoria que se tiene del contexto en el que la *Declaración* se hizo presente, la desvirtúa y la separa de la memoria colectiva, dejándola como a una fuente inconexa que puede generar repulsión al ser vista como un instrumento mediático y propagandístico.

La demanda de cura al trauma resultó única y adecuada. Los demonios del pasado inmediato no abandonarían a los pueblos de Occidente, pero convivirían con la esperanza promovida por las nuevas formas políticas. Reconstrucción, superación del trauma y cambios, Europa sin poder olvidar lo inmediato se encontró con lo comunitario, lo cual configuraría la vida de los pueblos, sin olvidar sus diferencias. Se trata de la necesidad del reconocimiento de formas en común, un nuevo estadio donde la creencia es visible desde su comienzo.

¿Cómo abordar el contexto si la posguerra es dominada por los conflictos de trauma y contradicción? No dejarán de estar presentes. Pero aquel contexto que dio pie a la construcción de un nuevo discurso a partir de la *Declaración*, es luminoso y se abre a la comprensión. A pesar de la lejanía y las problemáticas del tiempo presente, que bien pueden llevar al olvido, la reconstrucción y el encuentro son tan centrales como el trauma heredado por la *stásis*.

La observación del contexto de la *Declaración* está «bajo la presión de estas memorias colectivas»⁶⁹, al desplazarla como sitio referencial del interés general y de la interpretación vertida por las observaciones de lo histórico, es una tradición con un relativo valor⁷⁰ puesto que el primer paso comunitario firme y sus transformaciones ya no son necesariamente coincidentes con el imaginario popular, por más que el discurso siga siendo motivo de reflexión identitaria frente al presente. La observación de observaciones en torno a la *Declaración* conduce a la pregunta «¿Qué es un texto histórico? Una *organización* semántica destinada a decir lo otro: una estructuración ligada con la producción (o manifestación) de una ausencia»⁷¹, sea o no desde la oficialidad institucional.

Es posible que la incómoda presencia de lo ideológico hoy en día impida señalar realidades y acontecimientos que dieron pie a la progresión que llevó a la hoy Unión Europea. De ahí que la reflexión en torno a Europa -y más desde la lejanía de la otredad- deba estar acompañada de distintas operaciones historiográficas que puedan ayudar a una comprensión que pueda liberarse de estas cadenas, cualquiera que estas sean, para así conseguir un retrato del contexto de la *Declaración* que permita reflexionar sobre la historia de Europa y su presente.

Esta lejanía hacia la referencia histórica lleva consigo la posibilidad de una interpretación que lleve a la indiferencia del presente para con el contexto donde el discurso comunitario fue construido, dando paso a un latente retorno de la enemistad y a la duda entre los pueblos de Europa, así como los extremos ideológicos que en los años cincuenta habían quedado fuera del imaginario popular. El haber señalado que la *Declaración* ya no es una referencia generalizada es coincidente con la postura de Jean Monnet, la cual parece haber sido redactada como una advertencia al tiempo presente y dirigida a los extremos ideológicos, a los movimientos que promueven al nacionalismo como fundamento de un futuro más generoso o a otros que se regocijan con discursos de odio a los valores y tradiciones sostenidas en el comienzo del trayecto comunitario:

Si seguimos desunidos, tal como estamos, los europeos seguirán expuestos a las iniciativas de las ambiciones nacionalistas y se verán empujados, siguiendo las fórmulas del pasado, a buscar garantías exteriores para adoptar precauciones contra los otros -cada uno temerá, como en el pasado, el desarrollo de los otros⁷².

A esto se suma el dinamismo político y espiritual de Schuman, como un relato posicional que abre la pregunta sobre lo que es Occidente y su futuro después de la *stásis*, se trata de un contexto atomizado, una parte más de la realidad donde la presencia de los actores queda marcada por la creciente subordinación para con los factores económicos.

⁶⁷ «En cuanto real y en cuanto pasado, el acontecimiento “hace lugar” a otra cosa, el discurso historiográfico, que no habría sido posible sin él, sin embargo, no se desprende de él a la manera en que el efecto se desprende de su causa». DE CERTEAU: [2005] p. 55

⁶⁸ DE CERTEAU: [1987] (2) p. 4

⁶⁹ LE GOFF: [1977] p. 179

⁷⁰ Ello considerando la posibilidad de que «la tradición sólo tiene valor en tanto afecta al presente». DOSSE: [1996] p. 60

⁷¹ DE CERTEAU: [2005] p. 55

⁷² MONNET: [1955] p. 86

En el “gran” relato de posguerra, Schuman es un actor más del que se desprende una realidad (la demanda de cura, la paz, la interpretación de las raíces culturales) conectada con otra bien distinta, que no deja de ser visible: el auge económico y la configuración del Estado de Bienestar, donde ya coexisten muchos “otros”, unos provenientes desde la misma cultura y otros que se han ido adentrando a la realidad de Occidente, pero sin poder desprenderse de sus propias formas. Pensar en la mentalidad desde el trayecto de Schuman abre distintas vías para aproximarse al relato que aún no concluye y que constituye un claro referente para la reflexión, es el tiempo presente que se ha ido configurando desde la *Declaración*.

No deja de ser relevante el hecho de que la configuración mundial comenzó antes de dar por concluido al nacionalsocialismo -por más que hubiese incógnitas-, aun sin conocer del todo la serie de fenómenos unidos al régimen y a tantos que sucumbieron ante la violencia y la necesidad de sobrevivencia.

Después de la tragedia, los nuevos sistemas políticos continentales le cambiaron el rostro a la vida en Occidente -a pesar de lo sombrío del contexto-. El discurso y la necesidad de reconstrucción se impusieron a las realidades, acompañados del clamor por una paz duradera, de una nueva era ya lejana a la violencia y a la destrucción material y espiritual.

Mientras los acontecimientos lejanos a las multitudes no cesaban, el levantamiento de las ruinas supuso el reto de sobrellevar a la carestía y trauma, al mismo tiempo que se hizo presente una coyuntura un tanto inesperada, pero que terminó siendo una vía estable para la nueva Europa. Aquel 9 de mayo de 1950 por fin se escuchó un mensaje concreto, un nuevo comienzo envuelto en tecnicismos, pero que pronto se evidenció para las mayorías como la unión pacífica entre Alemania y Francia, acompañadas por Italia y el Benelux.

¿Cómo una “declaración” -un breve discurso-, sobre un tratado que sería un pilar más de lo que hoy es posible interpretar como un sistema fallido para unos o injusto para otros, lleva a la observación del pasado y a las raíces de la cultura occidental? La mentalidad y creencia se entrecruzan con la realidad, la resignación ante el poder, pero cubierta por un particular y sutil matiz, de tal forma que puede avizorarse que el discurso comunitario puede funcionar como una invitación al cambio y a la reflexión constante sobre la historia. ¿Dónde está la Europa de Schuman? ¿Aún existe? Se siente distante y cercana simultáneamente, las instituciones persisten, pero los vientos de crisis no dejan de sentirse.

EL ESTADIO QUE TERMINA

«¿Quién era ese “pueblo” que debía gobernarse a sí mismo?»⁷³ Esa bien podría ser una pregunta que, a manera de reflexión, retratase la situación alemana, comenzando por la complejidad de precisar los estragos contemplados en mayo de 1945, donde no sólo alemanes se enfrentaron a las olas de venganza a causa de los fenómenos violentos perpetrados por las diversas agrupaciones derivadas del nacionalsocialismo, puesto que en todos los pueblos conquistados hubo personas que se entregaron a su vorágine inhumana. Ya derrotados, los ejecutores y los cómplices pasivos se unieron a los otros, a los que sintieron terror al momento de ver y sentir la devastación material y espiritual que había causado la ideología y la convicción exacerbada en la modernidad, esa soberbia pretensión de control sobre el mundo y de creación de nuevas divinidades.

⁷³ JOHANN: 1970 p. 183

El nacionalsocialismo no fue un estadio que interfirió en la progresión de la modernidad, sino que la amplificó a tal grado que hizo que millones pasaran por alto los valores humanos, además de barrer a los cristianos, haciendo que estas raíces premodernas quedaran fuera de la realidad, suponiendo su obsolescencia e inutilidad en el mundo.

Los años de guerra dejaron un testimonio imborrable de los excesos de la modernidad. A pesar de que no fueron una serie de fenómenos aceptados por la totalidad, esta totalidad sí fue afectada directamente por estas problemáticas, es decir, esta modernidad causó estragos de tal magnitud que implicó no un “antes y un después”, sino que marcó el fin de una época, donde la modernidad se elevó como creencia, tratando de disolver y aplastar la creencia premoderna. Fue un estadio de transformación de la mentalidad, a pesar de que la modernidad había irrumpido en un periodo de corta duración: el trayecto de las postrimerías del siglo XVIII.

El ambiente traumático justo después de la guerra apenas logró vislumbrar lo que se venía: un nuevo ciclo donde Europa occidental quedaría como un actor secundario y dependiente de los Estados Unidos. En el contexto, muchos optaron por la resistencia al nacionalsocialismo y su lucha fue una flama viva hasta que la realidad política se impuso, se organizaron y tomaron las armas para ayudar a la dinámica de guerra, pero tuvieron que resignarse o participar en las prontas configuraciones de los sistemas políticos, ya que «las unidades de la resistencia habían estado demasiado preocupadas luchando, o sobreviviendo, como para entretenerse en elaborar los planes detallados de la legislación para la postguerra»⁷⁴. Así, el primer reto de la Europa en cenizas fue la pronta asimilación de las resistencias de parte de los actores que construirían los sistemas políticos, ya que estos consideraron a las «organizaciones de la resistencia local más como un problema que como sus aliados»⁷⁵.

En este contexto desbordado y altamente ideologizado, las resistencias⁷⁶ tomaron rumbos distintos y se disolvieron en los nuevos sistemas; las predominantes izquierdas de aquellos impulsos tuvieron que resignarse a la mayoritaria aceptación democrática de las nuevas formas, donde el factor cristiano se hizo presente en distintos niveles, desde la interacción entre los actores y los discursos locales -los cuales pronto se sostuvieron con apologías al catolicismo- hasta el retorno a la práctica católica como signo de reconciliación con lo que se había perdido, pero ahí justamente quedó el germen de la transformación hacia la creencia tendiente a lo social, materializada desde finales de los sesenta.

Al mismo tiempo, estos creyentes pronto señalaron a culpables etéreos al empezar a diferenciarse del pasado inmediato y de las corrientes del Este, clara antípoda desde el contexto de entre-guerras. Las formas políticas se colocaban en el centro, alineado económica y estratégicamente a los Estados Unidos, pero con el matiz de la presencia del Estado en sectores estratégicos -como el energético o el automotriz- y de una clara tendencia en la que los trabajadores comenzaron a influir en decisiones⁷⁷. Todo ello se conjuntó con la tendencia democristiana, donde lo ideológico debía de relativizarse para que llegase la “tercera vía”, un particular equilibrio que vio a la doctrina social de la Iglesia y a la práctica privada o íntima como a las fuentes de inspiración para un gobierno que se distanciase de los arrebatos ideológicos, además de ser un punto de encuentro con el pasado. Así, «muchos conservadores, especialmente en el católico sur, atribuían el ascenso de Hitler a la influencia “secularizadora” de Occidente y argumentaban que Alemania debía adoptar una “vía intermedia” entre los tres males de la modernidad: el nazismo, el comunismo y el “americanismo”»⁷⁸, ello aunado a que la idea de lo religioso mucho cambió al momento de intentar el retorno imposible a la “normalidad” perdida donde «la desaparición de lo imaginario infernal se debe sin duda a que el infierno, hasta un periodo relativa-

⁷⁴ JUDT: [2005] p. 110

⁷⁵ JUDT: [2005] p. 107

⁷⁶ «Téngase en cuenta que en 1943, constituyó un hecho inaudito que Georges Bidault, un católico, tomara la dirección del conjunto de los movimientos políticos que sostenían a la Resistencia».

DE CERTEAU y DOMENACH: [1974] p. 14

⁷⁷ «La cogestión es la participación de los trabajadores en las decisiones de su *empresa*. Los derechos de cogestión varían según la forma y el tamaño de las empresas. Los derechos más amplios se observan en la minería e industria siderometalúrgica (cogestión de la industria C.E.C.A.): las juntas de vigilancia están conformadas por un número igual de representantes de los patronos y trabajadores (paridad); además la nominación del director técnico está supeditada a la aprobación de la mayoría de los representantes de los trabajadores [...] Su origen se explica -especialmente en el caso de cogestión C.E.C.A.- por el hecho de que se buscaba una alternativa a la colectivización muy discutida después de la Segunda Guerra Mundial. Se quería entonces enlazar al capital y el trabajo de manera institucional para obligar a los dos factores a la cooperación». HASSE: [2002] pp. 91-92

⁷⁸ JUDT: [2005] p. 404

mente reciente [...], estaba sobre la tierra»⁷⁹. La religión fue un motivo, ya no de amenaza divina y de autoridad hacia las masas, sino que la práctica, sus valores y sus tradiciones se adentraron en el *modus vivendi* de tal forma que ya no supuso una contrariedad al orden, como lo fue en distintos episodios pasados.

Esto propició un particular fenómeno, sin ni siquiera contemplarlo en la Alemania derrotada: el nacionalsocialismo y su agresiva política anticonfesional dio pauta para el encuentro y quizás dio fin a los conflictos heredados por la Reforma -todavía latentes en las primeras décadas del siglo XX a causa de la herencia de la *Kulturkampf*, por ejemplo-, al quedar superados por los acontecimientos de la reconstrucción alemana, ahí donde se dio una migración a las zonas que históricamente se identificaron con el catolicismo se puso en práctica una particular tolerancia, lo que reafirmó que «la lucha del nacionalsocialismo contra ambas Iglesias y la persecución [promovieron] la tolerancia entre ambas confesiones y el retorno a la herencia cristiana común»⁸⁰. Con todo y los viejos prejuicios en torno a las diferencias confesionales -de los cuales algunos puedan seguir estando presentes hoy en día-, el catolicismo tuvo un periodo de auge a raíz de esta particular apertura, que se extendió hasta los estragos conciliares, lo cual resulta un relevante factor para poder comprender de qué modo la democracia se hizo parte de la vida de los alemanes en poco tiempo.

Si Alemania fue durante el nacionalsocialismo marcadamente hostil al cristianismo, militarista y antidemocrática, en contraste, «la Alemania católica pasó a desempeñar un papel político esencial y, quebrando el poder militar, los alemanes devinieron civiles convencidos. El ascenso de Adenauer, antiguo alcalde de Colonia, hostil al prusianismo y fuertemente renano fue una buena prueba de ello»⁸¹. El factor de peso fue la unión confesional, que llevó a la RFA a un periodo de crecimiento dirigido por la CDU, la cual se apoyó fuertemente en «la experiencia de la resistencia común al neopaganismo nazi, unida a los recelos de una posguerra que se preveía dominada por mayorías marxistas como nunca se habían producido, ha conducido al resultado de unir a católicos y protestantes en una misma agrupación al servicio de idéntica causa»⁸².

El apoyo de los practicantes supuso la gobernabilidad deseada en un ambiente de respeto a la religión, «fue a la vez un retorno a la fe “positiva” y un nuevo descubrimiento de la democracia»⁸³ lejos del integristo y pretensiones pasadas. En contraste, el caso francés resulta más complejo, puesto que el Mouvement Républicain Populaire (MRP) no logró consolidarse como una fuerza duradera, a diferencia de la CDU o el antiguo Christelijke Volkspartij (CVP) en Bélgica, hoy Christen-Democratisch en Vlaams (CD&V).

EL DRAMA QUE DEBIÓ SER CONTEMPLADO

Los fenómenos que acompañaron a la posguerra inmediata deben considerarse a continuación, ya que la oleada de venganza soviética terminó de destruir el tejido social del Este. Desde la limpieza étnica germana hasta la creación de las nuevas fronteras, los europeos del Este no pudieron dar por terminado el conflicto, el cual dejó desamparados a tantos que se vieron en medio de lo que quedó del nacionalsocialismo y la vorágine rusa.

Por más que pueda interpretarse las acciones y decisiones soviéticas, no deja de llamar la atención que el juicio generalizante hacia el pueblo alemán ha terminado por hacer relativo el hecho de que los habitantes del Este tuvieron como destino sufrimiento del destierro y la humillación. Hayan sido o no partícipes de la destrucción nacionalsocialista, los alemanes del este vieron cómo su vida se terminaba de desdibujar y ellos fueron, en gran parte, las principales víctimas de ambos totalitarismos, quedando aislados del mundo y viendo como su vida se sometía a un infierno sostenido: «nunca se produjo ni un solo gesto de acercamiento de las potencias occidentales a ningún alemán, por muy

⁷⁹ PROST: [1987] p. 16

⁸⁰ JOHANN: 1970 p. 192

⁸¹ CABRERA: 1992 p. 60

⁸² ROVAN: [1956] p. 366

⁸³ ROVAN: [1956] p. 374

opuesto que estuviera a Hitler, por mucho que arriesgara desafiando a los nazis, por mucho que creyera en los mismos ideales que los propios aliados»⁸⁴.

Tener en cuenta al factor de limpieza étnica orquestada por Moscú ayuda a comenzar a delinear la realidad alemana en la posguerra, ya que se configuró en una RFA heterogénea en un plano de gobernabilidad democrática en contraste con la RDA, rápidamente hundida en lo homogéneo y la represión dictatorial:

Durante algunos años, con Adenauer y poco después, el gobierno de Alemania del Oeste ayudó a descubrir la verdad publicando documentación sobre las expulsiones, pero [...] a los escolares alemanes apenas se les cuenta nada sobre los trágicos sufrimientos de sus abuelos [y bisabuelos] tras la guerra⁸⁵.

El drama alemán no sólo supuso la humillación de haber perdido la guerra y las complicidades para con el nacionalsocialismo, sino el hecho de comenzar el ciclo comunitario desde un plano traumático que dividió a generaciones, alejando la interpretación de su pasado.

El discurso comunitario viene de ahí, como un fenómeno que convivió con la reconstrucción de la economía y el conflicto de contradicción. Se sigue abriendo a la observación de observaciones, quedando dudas y señalamientos de una oscuridad que estableció prejuicios, pues «la guerra nace de la propaganda, por eso su primera víctima es la verdad. Y nosotros seguimos siendo víctimas de la propaganda en torno a la Segunda Guerra Mundial»⁸⁶. El tema de la limpieza étnica y los refugiados no debe de ser un escollo para el estudio de la posguerra, al contrario, es de vital importancia y más si se tiene siempre en cuenta lo múltiple del contexto, si bien no debe de implicar una desviación única que lleve a un conjunto de verdades inabordables, tal como puede pasar si se observa la posguerra desde los fenómenos de los campos como prisma unitario.

Esta problemática no deja de ser un factor que afecta la política alemana y, por ende, debe considerarse un plano interpretativo tan importante para las realidades actuales como los mismos fenómenos de guerra. Lo vivido en la zona que pronto se convertiría en la RDA pasó por una serie de situaciones que no pueden darse como superadas, pero es posible señalar que la configuración comunitaria se hizo posible desde una perspectiva heredera del contexto de posguerra, la misma que hoy se desdibuja por la sucesora de aquellos demócrata-cristianos.

PROBLEMAS INMEDIATOS Y FUTURO CERCANO

Uno de los rasgos más característicos de la posguerra es que se reactivó la latencia de una problemática de venganza similar a la de la primera posguerra. Ahí «no eran solo los rusos quienes se oponían a la reunificación de Alemania. Los franceses rechazaban incluso la discusión del tema mientras no se hubiera aceptado la internacionalización del Ruhr y el control económico de ciertas zonas al oeste del Rin»⁸⁷. La Unión Soviética actuó de manera aislada y sin contemplaciones, comenzando limpiezas étnicas y desmantelando simbólicamente a su zona, la futura RDA. En un impulso con pretensiones similares, los franceses también actuaron, aunque terminaron por ceder «ante la fuerte presión de la diplomacia angloamericana, pero lo hicieron de pésimo grado»⁸⁸. Por ende, los intereses anglosajones dejaron en claro que el futuro político de Occidente se sostendría por una dinámica económica que tendría en un mismo plano a los otrora enemigos:

En seguida se dibujaron dos posiciones: Rusia y Francia [...] pugnaban independientemente por una Alemania sujeta, invertebrada, dividida y a ser posible, partida. Los Estados Unidos e Inglaterra deseaban una Ale-

⁸⁴ BACQUE: [1997] pp. 245-246

⁸⁵ BACQUE: [1997] p. 322

⁸⁶ BACQUE: [1997] p. 314

⁸⁷ RAMOS-OLIVEIRA: 1973 t II p. 190

⁸⁸ RAMOS-OLIVEIRA: 1973 t II p. 191

mania liberal, centralizada y fuerte. Sin embargo, no puede decirse que los anglosajones llegaran con este programa. En realidad procedieron, según costumbre, un tanto empíricamente, sobre la marcha, sin plan preconcebido; pero la tendencia a rehabilitar prestamente a Alemania fue manifiesta en ellos desde un principio⁸⁹.

Los primeros años de la posguerra dejaron muchas incógnitas, pero lo central radica en que la discusión en Francia jugó un papel esencial, ya que fueron disuadidos de seguir los pasos del pasado. El 5 de octubre de 1947 fue una fecha crucial, al ser concedida al Francia la posibilidad de hacer del Sarre un protectorado y se delineó el acercamiento de intereses con los anglosajones, a lo que se une la influencia del MRP como un actor pro-europeo y conciliador. En una coyuntura que tendió a la ingobernabilidad, Francia pasó a tener mano fuerte en la configuración económica europea, sin necesidad de abrir otro ciclo de enemistad con Alemania.

Párrafo por párrafo, la *Declaración* deja entrever la propuesta de Schuman, que más que la de un francés es la de un centro-europeo que se reconoció en un tiempo donde se necesitó dejar la oscuridad. Lo que esconde es lo ríspido de las negociaciones con Alemania, la cual ya estaba liderada por un particular perfil que, si bien no buscó propagar el rencor franco-alemán, se sintió responsable de guiar a su país perdido y plagado de yerros que él no consintió siendo alcalde de Colonia. A pesar de coincidir tanto con Guillermo II como con Hitler en hacer de Alemania un Estado hegemónico, se distinguió de ellos por su particular perspectiva de “cruzada”, planteada como un enfrentamiento directo con el Este, considerado por él como el peligro barbárico y ateo:

Es una misión nueva, grande y común la que ahora nos espera: la de construir esta Europa. Si Europa fuera destruida, aplastada por el color ruso, entonces, señoras y señores, el mundo caería en la pobreza, y al Cristianismo le esperarían tiempos muy, muy difíciles⁹⁰.

Con eso, este serio y conservador renano pudo actuar con sensatez en las ríspidas negociaciones previas a la *Declaración*, en gran parte gracias a la personalidad de su interlocutor, católico y centro-europeo como él.

Lo crucial de las negociaciones en torno a la CECA fue la memoria histórica, ya que de ahí se desprendió el comienzo del fin del periodo de gran rivalidad franco-alemana iniciada por la anexión de Alsacia y parte de Lorena en 1871 a causa de la presión de «la gran burguesía industrial renana, resuelta a no desperdiciar la ocasión de allegarse nuevas fuentes de materias primas y combustible»⁹¹. Si el motivo de las disputas entre ambos fue la lucha por los recursos, una institución supranacional gestora implicó en un nuevo paradigma de crecimiento y paz para Occidente.

Entre tantas discusiones sobre temas de industria como pretexto de las reparaciones de guerra, el miedo en los primeros años al resurgimiento alemán y el recelo a su tecnología⁹² hizo de Francia el principal enemigo de la Alemania ocupada por los aliados occidentales. A pesar de tener esto en contra y a la inestabilidad característica de la IV República, Schuman pudo negociar y hacer suya la idea de Jean Monnet según la cual, si se llegaba a un acuerdo franco-alemán, Europa podría llegar a su reinvención, dotada de una nueva institución que sería el punto de inflexión hacia el futuro. Lo interesante de la coyuntura de la *Declaración* es que ahí puede observarse cómo la mentalidad occidental dio un paso de transformación, de dualidad entre la realidad económica y el ideario comunitario, que recuerda sutilmente las raíces cristianas como motivo referencial en común.

El paso dado por la *Declaración* bien puede interpretarse como un fuerte disipador de las ansias francesas en las zonas de las que Alemania dependía para su reconstrucción industrial. A esto cabría señalar que:

La disputa entre el gobierno laborista británico, la Socialdemocracia y los franceses, de un lado, y los ingleses y norteamericanos, de otro, en orden al destino que debía darse en el Ruhr era en el fondo académica. Porque

⁸⁹ RAMOS-OLIVEIRA: 1973 t II p. 169

⁹⁰ ADENAUER: 1967 p. 11

⁹¹ RAMOS-OLIVEIRA: 1973 t I p. 254

⁹² Quizás el ejemplo más conocido sea el de la industria automotriz, de Gaulle expropió la empresa de Louis Renault bajo el pretexto de colaboración con el Reich -particularmente con Ferdinand Porsche- y su influencia fue visible en los modelos de posguerra de la Renault ya administrada por el Estado francés. *cf.* FENBY: 2015 p. 317

los Estados Unidos e Inglaterra habían decidido ya que en la nueva Alemania cabrían perfectamente los grandes industriales y las grandes empresas privadas⁹³.

Algo que por fin pudo superarse hasta el sorpresivo resultado del plebiscito del Sarre en 1955, donde definitivamente quedó unido como *Länder* de la República Federal Alemana.

La clase política francesa fue dubitativa y reflexiva sobre el futuro alemán; en contraste, el contexto político alemán se desbordó ante la necesaria reconstrucción y reinención de lo que quedó de su patria, ahora en clave industrial y pacifista, es decir, puede aceptarse que los alemanes enterraron definitivamente sus sueños de supremacía militar, en contraste con la crisis de la primer posguerra, la cual presentó múltiples problemas de ingobernabilidad a la naciente República de Weimar, ello aunado a que tuvo que enfrentarse al desastre económico. Así, la segunda y definitiva posguerra marcó un punto de inflexión de paz que abriría otros escenarios al futuro, dejando el pasado como un motivo de reflexión, pero no de imposición:

Hoy no existe la leyenda de la «puñalada por la espalda» que durante años envenenó las luchas políticas desde 1919. Las ruinas de Berlín y de tantas otras ciudades alemanas, la miseria general y las penas que afectan a millones de personas por los muertos y mutilados, viudas y huérfanos, hace imposible todo intento semejante al del extravío que siguió a la segunda guerra mundial⁹⁴.

Con el trauma latente, la configuración europea tuvo como principal característica la evasión de los conflictos de la primera posguerra, a pesar de la época de entreguerras Francia bien pudo superar problemáticas históricas a causa de una coyuntura que desplazó definitivamente las potencias europeas a otro tipo de necesidades, en pos de superar su sombría realidad. El caso francés quedó también injerto en una dinámica global y «retomó sustancialmente sus intentos ya fracasados en el pasado, pero tuvo que abandonarlos para adecuar su accionar con el de los Estados Unidos, que habían elegido jugar un rol central en la reconstrucción europea»⁹⁵, a diferencia de Alemania, sufrió de distintas formas su política interna, puesto que no se debe olvidar a los territorios o zonas de influencia que posteriormente quedarían dentro del círculo americano, los cuales afectaron más de lo que ayudaron a las IV y V Repúblicas.

La Francia de posguerra fue diversa. El brote intelectual en lo general se caracterizó por sus posiciones de recuerdo y repulsa inmediata hacia victimarios o verdugos convencidos y a cómplices pasivos, cosa que fue coincidente con las acciones quizás intempestivas de parte de *La Résistance* para cometer crímenes vengativos y de ajustes de cuentas -desde las bases sociales hasta las élites-, algunos de los cuales fueron respaldados por la IV República. Este primer contexto francés también queda marcado por el matiz de la aprobación, aunque no abrumadoramente mayoritaria, de la posición rusa de dismantelar Alemania y de rechazo a su unificación, pero la coyuntura sobrepasó las necesidades que afloraron por el trauma y la destrucción, y Francia se vio envuelta en necesidades similares a las alemanas, que la llevaron a integrarse en la órbita anglosajona:

Francia y Alemania (Federal) enterraron el hacha de guerra después de 1947, no porque un conflicto franco-alemán se hubiera vuelto algo impensable -los gobiernos franceses de la época pensaron y mucho en ello-, sino porque el hecho de formar parte del mismo bando liderado por los norteamericanos y la hegemonía de Washington sobre la Europa occidental no permitía que los alemanes se descontrolaran⁹⁶.

Por más que las posiciones de izquierda generaran propagandas y diatribas a los ya enemigos de los rusos fue evidente que Francia tendría que configurarse dentro de la órbita norteamericana, la cual le permitiría tener preponderancia en futuras decisiones, aunque tuviesen que obtener la anuencia de la parte alemana. La CECA fue prueba viva de ello. Con

⁹³ RAMOS-OLIVEIRA: 1973 t II p. 178

⁹⁴ RHEINBACH: [1956] p. 343

⁹⁵ RANIERI: 2010 p. 17

⁹⁶ HOBBS: [1994] p. 255

todo y el imaginario de fondo en la *Declaración* y en los principios de la institución comunitaria, es evidente que la anuencia alemana fue un esfuerzo conjunto de franceses y norteamericanos.

A pesar de la multiplicidad factorial es posible interpretar los primeros cinco años de la posguerra dentro de un contexto parcialmente local, ya que las soluciones tomadas para adentrarse en su estadio de auge y paz fueron parte de un ideario europeo, el cual participó en el conflicto de contradicción desde su propia construcción discursiva, que a su vez alimentó tanto a Alemania como a los otros cinco, dado que necesitó de un marco referencial e ideológico que no podía encontrarse en las realidades históricas pasadas, es decir, el fin de la guerra también supuso un cambio de índole mental, puesto que la idea de nación se relativizó para establecerse en un discurso democrático, que tuvo su sustento en la novedad de la presencia democristiana:

La consolidación de una *democracia cristiana* de enorme presencia como consecuencia de su papel en la Resistencia, del eclipse de los viejos partidos conservadores -católicos o no- y de la aceptación de la democracia política por parte de la Iglesia, fue uno de los factores políticos claves para la consolidación de la democracia en los dos países que habían protagonizado las experiencias fascistas, Italia y Alemania. Su papel no se redujo a la tarea esencial de integrar en el régimen pluralista democrático a sectores sociales quizás reacios, sobre la base de un interclasismo evidente, sino que protagonizaron también los pasos más difíciles de la resolución del problema alemán y de la unidad europea⁹⁷.

El esquema liberal que giró en torno a los nuevos sistemas políticos occidentales también queda dentro de la órbita del concepto de “economía social de mercado”⁹⁸, pues este actuó en clave económica y política, lo cual justificó y alentó a la participación del Estado en distintos sectores económicos. Se abrió una época de auge gracias al plan Marshall, la economía de reconstrucción, la ampliación del consumo para con las multitudes y la reactivación y mejora de la industria.

El *modus vivendi* occidental pasó a inusitadas condiciones, de ahí que los años cincuenta y sesenta puedan ser caracterizados como el triunfo de las voces que propugnaron un Estado más humano, sustentado por sistemas democráticos y liberales, dotándole al ciudadano de las oportunidades necesarias para recomenzar su vida, así «para la generación de 1945 el único camino sensato para salir del abismo era encontrar un equilibrio viable entre las libertades políticas y la intervención racional y equitativamente distributiva del Estado administrativo»⁹⁹. En la posguerra inmediata difícilmente se pudo dilucidar el nivel de consumo y libertades que se lograrían en gran parte de Occidente, lo que permite interpretar los años sombríos como luminosos en tanto que muchos de los prejuicios e idearios de la primera mitad del siglo XX fueron superados por la configuración de sistemas políticos que otorgaron a las masas un crecimiento a corto plazo, además de tener un sostén ideológico más relativo al experimentado en años anteriores. El trauma sostenido se desliza, ya que la situación permitió al europeo promedio recuperar lo materialmente perdido en poco tiempo y gozar de un consumo inusitado aun en los sectores más desfavorecidos, además de que las formas políticas ayudaron en gran medida a evitar mirar al pasado con nostalgias de retorno.

EL CONTEXTO DE LA DECLARACIÓN

La problemática franco-alemana es tan relevante como la noticia de los fenómenos ligados al nacionalsocialismo o la limpieza étnica en el Este como respuesta a la derrota alemana. Aquí los factores económicos, políticos e ideológicos se entrecruzan y evidencian un clima que, para los primeros dos años de posguerra, parecía irresoluble o destructivo para con el futuro de ambos pueblos, ya que desde un comienzo se avizoró que la reconstrucción de Europa debía de ser

⁹⁷ CABRERA: 1992 p. 49

⁹⁸ «La economía social de mercado fue desarrollada como una alternativa de libertad frente a la economía planificada y una alternativa social a la economía de mercado pura. Contribuyó considerablemente al bienestar, la pacificación social y la estabilidad política». HASSE: [2002] p. 155

⁹⁹ JUDT: [2005] p. 125

una tarea compartida y que el futuro régimen político de Alemania tendría que tener como principal interlocutor a Francia, aunque no en clave de venganza o reclamación, sino como una colaboración que, en un principio, fue inabordable y no admitió muchas respuestas ante una férrea posición francesa, la cual actuó con demasiada prontitud para castigar a los colaboradores de aquel innombrable régimen, hubiesen sido o no activos en el:

Lo mejor que los franceses podían hacer era vincular los asuntos de Alemania Occidental y de Francia tan estrechamente que resultara imposible un conflicto entre estos dos antiguos adversarios. Así pues, los franceses propusieron su propia versión de una unión europea, la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (1951), que luego se transformó en la Comunidad Económica Europea o Mercado Común Europeo (1957)¹⁰⁰.

La salida del pantano se llevó a cabo desde dos ópticas: primero, la posición de Francia tuvo que cambiar para que optara por encabezar futuras estrategias que posibilitasen el crecimiento a futuro, es decir, Francia debía de ejercer una posición de poder específica, la cual estaba en un principio desbordada en vistas de un juego de reparación que derivaría en la prolongación del conflicto decimonónico; y segundo, los Estados Unidos e Inglaterra ya tenían una idea más o menos clara del papel que Alemania tendría en vistas del conflicto de contradicción de la Guerra Fría, a pesar del papel que desempeñó el pueblo alemán durante el nacionalsocialismo y la compleja restauración de la gobernabilidad en las ruinas del Reich, los anglosajones delinearon una política de restauración inmediata para poder enfrentarse al reciente contexto de carácter global, lo cual llevaría a que se decantaran por un gobierno de centro -tanto conservador como liberal-, además de tener una doctrina por demás distante de las derechas de entreguerras y de las izquierdas afines a la URSS: la CDU de Konrad Adenauer. A pesar de los estragos del pasado inmediato y las dudas, la CECA terminó siendo la única posibilidad, además de ser «un plan francés y europeo que Estados Unidos apoyó ante la falta de alternativas válidas»¹⁰¹, así, el discurso comunitario por fin se puso en marcha, pragmático y coyuntural, pero comunitario al fin.

La idea central del Plan Schuman fue delineada por Monnet¹⁰² al pensar en un futuro europeo que pudiese distanciarse de los ciclos de guerra para adentrarse en una economía liberal que posibilitase una paz duradera y un *modus vivendi* sustentado en la ampliación y protección de libertades, tanto de expresión y participación política como económica:

En particular, el plan preveía: Suministro de carbón y acero para los mercados francés y alemán, así como para todos los países partícipes, bajo las mismas condiciones; desarrollo de la exportación común hacia otros países; libertad de aduanas, y unificación de las tarifas de transporte¹⁰³.

Si la problemática surgió desde un contexto económico donde las materias primas eran centrales para el desarrollo industrial, el futuro de Europa ya no debía plantearse desde una óptica donde las reparaciones de guerra fuesen problemas a futuro al apropiarse de las minas y las industrias ligadas a ella¹⁰⁴, sino desde un esquema de explotación y desarrollo supranacional al que «Monnet y Schuman responderían con la propuesta de una Alta Autoridad carbo-siderúrgica [como] instrumento político para la reconciliación franco-alemana y llave de la sucesiva unificación europea»¹⁰⁵, para asegurar la gobernabilidad prolongada de la zona y de ahí optar por las libertades económicas que pudie-

¹⁰⁰ HOBBSBAWN: [1994] p. 244

¹⁰¹ RANIERI: 2010 p. 18

¹⁰² «En los días posteriores al anuncio del plan se va filtrando que su verdadero arquitecto no es Robert Schuman, sino Jean Monnet. Las informaciones que Adenauer recibe sobre su persona generan ciertas dudas. Durante la Primera Guerra Mundial, Monnet fue una de las figuras claves en la organización del transporte marítimo de las potencias que conformaron la Entente».

SCHWARTZ [1987] p. 717

¹⁰³ WEYMAR: 1956 p. 404

¹⁰⁴ «La fuerza productiva de esta última región, tanto en la producción de carbón como en la de acero era acertadamente vista desde Francia como el verdadero motivo de la superioridad alemana. La diplomacia francesa intentó en ambas posguerras varias soluciones». RANIERI: 2010 p. 17

¹⁰⁵ RANIERI: 2010 p. 17

sen hacer de Europa un mercado tan abierto como el estadounidense, siempre acompañada de sistemas políticos estables y democráticos:

La propuesta consistió en la puesta en común de la producción franco-alemana de carbón y de acero, bajo una Alta autoridad también común, en una organización abierta a otros Estados europeos, que tuvieran una Constitución democrática, pluralista, porque esos dos sectores eran básicos para la fabricación de armas de guerra.

De ese modo se pretendía hacer imposible toda guerra entre Francia y Alemania y, además, sentar unas bases comunes de desarrollo económico, con la finalidad de alcanzar una asociación de los Estados europeos en el ámbito de la economía, menos cargado éste de sentimientos nacionales¹⁰⁶.

Si la idea de Monnet era pragmática y estaba enfocada en el desarrollo económico. Schuman la amplió al dotarle del matiz cristiano, que sería la base para la construcción de una nueva idea de Europa donde las libertades y la democracia imperaran, pero desde la presencia del elemento referencial en común: el cristianismo. A pesar de que no es explícito fue un factor de peso para que los nuevos sistemas políticos pudiesen prosperar localmente, además de ser un contexto donde se configuró un rechazo al régimen soviético, al señalarlo como una dictadura similar o peor a la nacionalsocialista. A ello habría que agregar el discurso económico comunitario, que también tiende a la progresiva relativización de la idea de nación decimonónica, pretendiendo establecer puntos de encuentro que facilitarían la integración y se alejarían de disputas históricas que pudiesen amenazar la paz.

Las gestiones internas para que esta esta “única” estrategia viable para los norteamericanos prosperaron bien en Francia, en gran medida por las habilidades de Schuman al momento de unirse a Monnet, las cuales hoy serían descritas como de un efectivo “cabildeo”, ya que optó por conciliar a los actores de la IV República en pos del entendimiento de los futuros beneficios de la Comunidad, los cuales en un principio no dudaron en rechazar, al estar centrados en una política nacional más que regional, además de que las cuestiones ideológicas resultaron un problema constante. En cambio, para Adenauer la operación que, en un principio, parecía inasumible resultó la correcta, al ser coincidente con su idea de reconstrucción alemana y por tener a Schuman como interlocutor, con lo cual se gestó la agenda a futuro ya vista como el primer logro de la democracia cristiana y la consolidación de su poder en Alemania:

La función primordial de las estructuras europeas es solucionar problemas genuinamente alemanes. De todos modos, Adenauer, al igual que Jean Monnet y los restantes ‘europeos’ de aquellas décadas, se muestra convencido de que las soluciones de Europa, independientemente de la forma que pudieran adoptar, sirven tanto a los intereses alemanes como a los restantes intereses nacionales¹⁰⁷.

En el fondo, el Plan Schuman se operó pensando en la reconstrucción económica no sólo de Francia y Alemania, sino de toda Europa, pensando en dotarla de instituciones duraderas que permitiesen el despegue económico, emulando al modelo estadounidense. Por otra parte, la CECA fue el comienzo de la propaganda discursiva, que trató de aminorar las pasiones nacionalistas para concentrarse en una nueva idea de Europa, sostenida desde el plano económico y con la oportunidad de desarrollar la “tercera vía” de la democracia cristiana, ampliando su influencia:

La llegada de la paz a Europa después del conflicto bélico potenció la recuperación del ideal europeísta no solo como una mera reflexión teórica sino como la necesidad sentida por algunos de poner en marcha un proyecto viable de construcción institucional y supranacional en el Viejo Continente¹⁰⁸.

Quizás para Adenauer fue un conjunto de problemáticas inmediatas que se tornarían en una proyección sólida para la Alemania por él gobernada, pero para Schuman la promoción de la CECA iba más allá del saneamiento económico e industrial, pues actuó desde la sólida convicción de generar cambios en la mentalidad europea al proveer un punto de

¹⁰⁶ CORRAL: 1998 p. 62

¹⁰⁷ SCHWARZ: [1987] p. 861

¹⁰⁸ MARTÍN DE LA GUARDIA: 2002 p. 14

encuentro entre los pueblos participantes, ya pensando en que la Comunidad tendría que abrirse a más pueblos en Europa. Ahí está la dicotomía y profundidad del Plan Schuman, al ser una operación política coyuntural necesaria y orquestada por los intereses norteamericanos, en pos de hacer de Europa su principal zona de influencia y propaganda frente a la Unión Soviética, pero también es una manifestación de creencia, en tanto que «no se cree contratando un intercambio por medio de un acuerdo de reglas que pautan dares y recibires»¹⁰⁹, tratando de que esta ejerciese influencia suficiente para que Occidente se reconciliara y conviviese con sus raíces, sin que estas fuesen una contradicción y barrera para los caminos de los sistemas políticos y la mejoría de la calidad de vida.

La crítica que pronto se hizo sentir es que, a pesar de que fuese la fuerza mayoritaria de la CDU en Alemania, Adenauer optó por un esquema totalmente ligado a los Estados Unidos¹¹⁰, tratando de ampliar su espectro de poder. Lo cierto es que Adenauer aceptó al Plan Schuman porque el futuro alemán no dependía tanto de la materia prima, sino de la conservación y desarrollo de su industria y tecnología, lo que estuvo en peligro constante:

Su tesis –según la presentaba ante el Bundestag para apoyar el ‘plan Schuman’– era la siguiente: Las dos grandes potencias, los Estados Unidos y la Unión Soviética, estaban divididas por razones ideológicas y políticas y hacían entre sí la ‘guerra fría’, que podía degenerar en ‘guerra ardiente’. Así había, pues, que dedicarse a hacer de Europa unida una ‘tercera fuerza’, que si bien no fuera tan poderosa como las dos grandes potencias mencionadas, no dejaría de estar, en el plano político y económico, en posibilidad, si se agravara la tensión, de hacer sentir su peso en la balanza, para salvaguardar la paz¹¹¹.

La CECA ayudó a crear un equilibrio prioritario para Francia, que necesitaba de las minas, industria y colaboración para su reconstrucción, pero le dio también a Alemania la posibilidad de reconstruirse y de desarrollar su economía, deteniendo su particular progresión tecnológica e industrial, por ello fue «el medio o instrumento que había hallado el ingenio político francés para fiscalizar la marcha de la gran industria alemana y, de paso, tener sobre ella algún freno. Pero así se iniciaba también la integración económica de Alemania occidental en la Europa occidental»¹¹².

En una época donde los discursos de contradicción resultan protagonistas, el pasado inmediato a la *Declaración* pronto rompió con las realidades, considerando que el comienzo del actual paradigma europeo se gestó en un mar de problemáticas, las cuales hoy quizás se olviden frente al fenómeno de crisis que hace de la ideología un peligroso retorno. Sigue cautivando a tantos, distrayendo la posibilidad de comprensión de la cultura desde el discurso que sutilmente descansa en la necesidad de observar a Occidente desde sus raíces, y no desde la lamentable contemplación de los excesos del paradigma de la modernidad. El discurso comunitario entró en escena con la *Declaración* y reposa en la mentalidad de los demás actores involucrados, lo que necesita reflexionarse para ampliar la comprensión de la violencia antes, durante y después la *stásis*, puesto que el discurso comunitario sigue siendo un crisol de esperanza para los occidentales, en contraste con la zozobra que no deja de hacerse presente.

¿Hasta qué punto debe de ser visto como un legado de controversias el hecho de que los alemanes marcadamente aceptaran las condiciones del apoyo norteamericano? El plano real sólo permite vislumbrar una dependencia que generó libertades, es decir, el que decididamente Adenauer se decantara por el alineamiento bien se entiende porque ellos debieron de enfrentarse al posicionamiento de los aliados y a la fuerte presión soviética, mientras Alemania avanzaba en la construcción de su sistema político y reconstruía rápidamente su economía. Quizás el principal problema en torno a la figura de Adenauer no sea su gestión, sino que sigue siendo un actor que alimenta prejuicios ideológicos, al ser el artífice del movimiento con más influencia en la actual Unión Europea.

Frente a nuevas realidades y retos prontamente asumidos, Alemania adquirió un rol en el que debía reflejarle al mundo una imagen diametralmente distinta de sus logros industriales, ahora ya enfocados a fines distintos a la guerra, «el hecho de que el alemán no advierta nunca de que está vencido, ni cuando está vencido, es trágico; pero en otros

¹⁰⁹ GONZÁLEZ: 2008 p. 523

¹¹⁰ «No es exagerado afirmar que en 1951, Adenauer tiene los cinco sentidos puestos en la política norteamericana. Norteamérica debe de mantener a los rusos de la República Federal Alemana, tiene que disuadir a París y a Londres de transitar por senderos peligrosos». SCHWARZ: [1987] p. 843

¹¹¹ DZELEPY: [1959] p. 63

¹¹² RAMOS-OLIVEIRA: 1973 t II pp. 210-211

órdenes de valores, por ejemplo, el económico, esa extraña cualidad del alemán ha salvado repetidamente a Alemania»¹¹³. Ello mientras Francia debió enfrentarse a su crisis colonial al mismo tiempo que rehacía su industria y delineaba formas políticas que permitiesen un alto nivel de vida y de consumo a sus ciudadanos.

Tanto Adenauer como Ludwig Erhard¹¹⁴ optaron por una gestión donde sus competencias quedaban limitadas: uno enfocado en las negociaciones con los Estados Unidos y Europa -además de ser un persistente difusor del conflicto de contradicción- y el otro en una efectiva puesta en práctica del liberalismo económico, matizado por la amplia presencia del Estado en lo tocante a los derechos laborales, creando un punto intermedio a futuro entre los que optaron por un Estado progresivamente distante de la participación en el mercado y los que pretendieron dirigir la economía desde el Estado. Adenauer fungió como un promotor del buen ánimo, para que regresase al pueblo la dignidad perdida¹¹⁵, y su «principal contribución [...] al éxito económico [fue] su no interferencia en los asuntos de su ministro de Economía»¹¹⁶, mientras Erhard puso en práctica «la buena dirección técnica de la economía -distinta de la orientación política- [que] fue uno de los tres factores que sentaron las bases de la prosperidad en la Alemania occidental. Los otros dos fueron: la persistente ayuda financiera de los Estados Unidos -directa o indirecta- y el fuerte rendimiento de la mano de obra, o extraordinaria productividad por hombre-hora»¹¹⁷.

Regresando al contexto de la CECA, es importante señalar que sus objetivos a corto plazo y de perfil económico e industrial fueron alcanzados, determinando una reconstrucción industrial alemana y la modernización de la francesa, además de que tuvo un efecto tan fuerte que hizo de la rendición incondicional un trámite más frente a una realidad que derivó en fructíferas negociaciones, ya para «diciembre de 1951 la Alta Comisión Aliada accedió a no restringir la producción alemana de acero y a levantar todos los controles directos sobre las industrias básicas»¹¹⁸.

El contexto que vio nacer al discurso comunitario aportó un crecimiento de la mano de una nueva concepción de ciudadanía, en donde el Estado fue un correcto acompañante, garante de derechos insospechados y de una nueva cultura cívica en la que se promovió el respeto a lo diverso y la responsabilidad para con el entorno público, todo ello sustentado en un crecimiento esperanzador análogo al discurso comunitario.

A pesar del crecimiento inmediato para los primeros seis firmantes, el posicionamiento francés no dejó de ser una problemática evidente, ya que el ánimo de su clase política no dejó de señalar que su participación debía ser preponderante. El éxito económico, tras las negociaciones que hicieron posible la reconstrucción europea, no cerró el frente abierto del recelo francés desde el fin de las hostilidades y la firma del Tratado de París no concluyó las negociaciones comunitarias y quedaron como un factor siempre presente, con dudas latentes. Ahí, la presencia de Schuman resultó vital como un interlocutor directo y conciliador, conocedor de ambas realidades que debieron sopesarse a pesar de la presión política de los intereses franceses:

La génesis de la idea de Comunidad Europea de Defensa se remonta a estas consideraciones que en su momento dieron origen al Plan Schuman. Una vez más, Monnet busca disfrazar las ansias francesas de controlar Alemania como expresión de su vocación europea [...] el temor de Monnet es que una vez que Alemania cuente con soldados propios y, tarde o temprano, recupere su soberanía, se mostrará menos permeable a un recorte en su superioridad industrial¹¹⁹.

¹¹³ RAMOS-OLIVEIRA: 1973 t II p. 227

¹¹⁴ «El fuerte aumento en la producción después de la reforma monetaria y el descenso palpable de las carencias del abasto, confirmaron la política económica de la economía de mercado de Erhard, la cual, como Ministro de Economía federal, siguió consecuentemente. Desde muy temprano, luchó por una liberalización extensa del comercio exterior, para aumentar el grado de vinculación de Alemania con la economía mundial». HASSE: [2002] p. 31

¹¹⁵ «Muchos habían sufrido en silencio el desprecio con el que era tratada Alemania y los alemanes vuelven a erguirse y se aferran a su Canciller. Adenauer sabe hacerse oír en el concierto europeo, representa a Alemania con dignidad y aplomo, y ha logrado que el país, considerado poco menos que un paria, retorne como miembro respetado al círculo de Estados democráticos».

SCHWARZ: [1987] p. 872

¹¹⁶ SCHWARZ: [1987] p. 806

¹¹⁷ RAMOS-OLIVEIRA: 1973 t II p. 225

¹¹⁸ RAMOS-OLIVEIRA: 1973 t II p. 211

¹¹⁹ SCHWARZ: [1987] pp. 834-835

La superación, en lo general, de ese conato de crisis va en paralelo al despegue inmediato de la economía alemana, basado en la independencia de las decisiones políticas y económicas y en una organización burocrática eficiente. La ideología nacionalista no dejó de hacer sentir su peso, pero quedó en un sitio seguro, lejos del pasado inmediato y en constante diálogo con su otrora enemigo, a pesar de las contradicciones de la coyuntura que impidieron un rearme - favorable, por cierto, a los intereses de los Estados Unidos-. El trayecto comunitario, sustentado en un discurso con un fondo económico, siguió adelante y el reconocimiento del pasado común actuó positivamente en una Europa encaminada a un proyecto económico y político nunca antes visto. En una realidad política distinta en lo particular pero estable en el desarrollo comunitario, fueron comunes acuerdos que interactuaron hacia dentro de distintas formas. La disyuntiva sobre la posición de Francia fue un factor de peso, pero con los otros cinco firmantes se desarrolló una tendencia a la cooperación y a la consolidación de sistemas políticos estables.

El contexto que dio paso a la *Declaración* es variopinto, pero, si se llega a señalar como principales factores a la necesidad de reconstrucción y la propuesta de cura al trauma, es posible ver que la oscuridad que invadió a Europa se diluyó en una multiplicidad de acontecimientos que tuvieron una conclusión precisa en la firma del Tratado de París, que determinó formas políticas y económicas efectivas, quedando la *Declaración* como fuente central para la observación del trayecto comunitario.

Europa fue llamada a una renovación tanto material como espiritual. En la *Declaración* se pueden encontrar atisbos de un particular imaginario, que guio las conciencias de los principales actores que le dieron vida al contexto, los “padres” de Europa, que asumieron un papel de equilibrio entre el cristianismo y la creencia en la política como producto de la modernidad, ejemplificando que «creer no es contrastar que algo es verdadero sino realizar una acción»¹²⁰. A pesar de que el Plan Schuman -o proyecto de la CECA- fue concebido por Monnet, es posible observarlo como una confluencia de factores económicos y de la necesidad de impregnar a la génesis comunitaria de un fondo con el que las mayorías coincidiesen y se sintiesen arropadas, en vistas de un pasado al que se debía superar.

Y es que el ideario comunitario fluye desde el reconocimiento de las raíces en común, no desde el intolerante clericalismo integrista -ya obsoleto en la segunda mitad del siglo XX-, ni tampoco desde una política de masas, sino desde el liberalismo unido sutilmente a una particular perspectiva cristiana, donde la apología a la injerencia de la institución premoderna no estaba en juego y sí el esfuerzo en darle a los europeos que pasaban por la oscuridad un marco cultural referencial común, en clave de libertades y democracia, en comunión con la modernidad, lo cual sigue siendo perceptible en las posiciones de los cuatro “padres”, es decir, el ideario unido a la génesis comunitaria es un sutil y constante recuerdo de los valores que debían impregnar a una Europa que necesitaba de sus tradiciones, para así no caer de nuevo en otro marasmo espiritual y social de la exacerbada modernidad, algo que tampoco desembocó en una posición sólida y clara sobre silencios y pasividades durante el reinado de la violencia, pues el discurso fue configurado hacia lo “íntimo”, tratando de inducir un carácter humano y personal en la ciudadanía. El paso a lo social estaba ahí, en silencio, su convivencia y contradicción con el discurso que hizo posible el trayecto comunitario vendría acompañado del torbellino conciliar y de la expansión de una nueva e invasiva perspectiva en donde no sólo el obrero sería un oprimido, sino que vendrían muchos más, en espera de poner en duda a la cultura misma.

POSIBILIDAD INTERPRETATIVA

Entre tantas percepciones, la observación del contexto de la *Declaración* se abre a la relatividad y lo que queda es un imaginario que no parece ser coincidente con las formas políticas del tiempo presente. Se trata de un marco referencial no contundente y ello entra en evidencia si se piensa en los cada vez más perceptibles discursos nacionales, que unen a los extremos ideológicos.

La reinención de Europa se dio en paralelo de realidades imprevistas, como los cambios en la práctica cristiana -y el relativismo derivado de ello-, el aumento en el nivel de consumo y la rápida asimilación al Estado de Bienestar como una responsabilidad unilateral soportada por el Estado; además de la progresiva presencia multicultural en Europa -que hoy desborda la crisis institucional, es el miedo a Occidente y la indiferencia a lo histórico- mientras se ha ido consolidando un *modus vivendi* ajeno a la reflexión, sostenido en la superficie de la percepción sobre culpabilidades y memoria ideologizante.

¹²⁰ MENDIOLA: 2014 p. 71

¿Qué aporta hoy la *Declaración*? Si no genera reflexión constante para las multitudes, en un Occidente que hoy cuestiona las instituciones derivadas de ella, tampoco implica que no sea un fragmento de historicidad que llevó a un replanteamiento que ayudó a tantos a sobreponerse de la tragedia.

La percepción generalizada de un Occidente abierto, libre y en paz proviene de aquel contexto, que se ha ido desdibujando en los últimos años. A pesar de ello, la *Declaración* sigue siendo una fuente que admite distintas interpretaciones, que abren caminos de comprensión. Si hoy puede parecer un sinsentido en una Europa en crisis, esta breve intervención en el Salón de los Espejos del Quai d'Orsay es una fuente que necesita ser observada para retornar de alguna forma a la esperanza en un futuro promisorio y tolerante, acompañado de un nuevo auge institucional que permita a los ciudadanos tener una experiencia y compromiso análogo a los de la Europa humillada y en ruinas.

Para ello habría que marcar una distancia que parece imposible, so pena de caer en la negación de lo histórico: sin dejar de tener presente la violencia y los excesos que dejó la *stásis*, el contexto que hizo posible la *Declaración* no debe dejarse de observar, ya que la importancia de su comprensión no puede perder interés frente al turbulento pasado occidental. Los factores comunitarios tienen visos de penumbra a causa de los recientes vacíos en el discurso, que alimentan la duda sobre las instituciones y abren camino a los extremos ideológicos, al rencor y al nacionalismo. En contraste, la principal preocupación fue el combate a la posibilidad de retorno al nacionalismo que propició la *stásis*:

Si seguimos desunidos, tal como estamos, los europeos seguirán expuestos a las iniciativas de las ambiciones nacionalistas y se verán empujados, siguiendo las fórmulas del pasado, a buscar garantías exteriores para adoptar precauciones contra los otros -cada uno temerá, como en el pasado, el desarrollo de los otros¹²¹.

El Plan Schuman es un llamamiento a la paz, pensando en ella como la principal vía para la superación de las fronteras que tantos conflictos han generado; es un planteamiento político, pero este siempre estuvo acompañado de una perspectiva económica, sustentada en la explotación común de los recursos europeos para que así se eliminasen los intereses que incendiaron los contextos nacionales, pues sólo en paz los europeos podrían propagar sus valores, además de dar a las mayorías un nivel de vida nunca antes visto, de libertades y de ampliación del consumo.

La *Declaración* tampoco puede ser vista como el embrión de los males de las corrientes que defienden y viven del discurso comunitario, ni tampoco de discusiones posteriores que siguen en pie de lucha en nombre de la laicidad. Se trata una perspectiva que no cabe en aquella coyuntura, las formas de Schuman como practicante¹²² -en una realidad interna que necesitó más de tolerancia que de rigidez discursiva- configuraron a su espiritualidad como fuente de inspiración íntima en convivencia con la realidad política francesa, lo que matizó al trayecto comunitario, y de ahí a la aceptación de las raíces cristianas de forma implícita y en clave liberal. A esto se suma la postura de Monnet, el autor intelectual de la CECA, que pensaba en una Europa que pudiese reconstruirse y crecer desde la paz, la libertad y con instituciones fuertes, algunas compartidas entre los Estados para que, sin perder su soberanía, se les dotara de una fortaleza suficiente como para exponenciar los esfuerzos comerciales e industriales de Europa.

Las instituciones comunitarias buscaron la paz, la consolidación de los sistemas políticos y la libertad, pero tampoco han sido propaganda de una visión ideológica clara. Son las responsables propagar la reflexión sobre la identidad cultural de Europa de acuerdo a tiempos y circunstancias, pero desde a la posguerra como sitio referencial.

Schuman, en un contexto afín a la práctica cristiana y a sus tradiciones, actuó de forma tal que no creó reacciones o mecanismos de defensa, sino que aludió valores que pudiesen ser apropiados para todo el espectro político, valores que por supuesto quedaron ocultos en la *stásis*. Esa sutileza, no compartida de igual manera por Adenauer, es la que caracteriza la *Declaración*, en la que no cabía el recordatorio de las raíces y tradiciones cristianas, sino la argumentación para una nueva institución que garantizara paz y prosperidad.

La profundidad interpretativa de la *Declaración* permite que con ella pueda vislumbrarse el comienzo de la realización de una idea en clave de libertades, pero que también alude a conceptos por los que Occidente se ha ido forjando. Todo ello envuelto en tecnicismos sobre una autoridad en común para seis Estados que tendría la directriz sobre la industria que tanto daño y conflicto había generado. Francia ganó como Estado; Schuman y Monnet como actores -

¹²¹ MONNET: [1955] p. 86

¹²² «As a militant Catholic, docile to the Magisterium, Schuman adopted a neo-thomistic conception of the state. Europe was for him a spiritual and cultural community. This community had two foundations: Christian civilisation [*sic*] and democracy». PAILLEY: 2010 p. 23

uno como cristiano en la práctica de su peculiar apostolado¹²³ y el otro por abrir fronteras derrumbando prejuicios y barreras ideológicas; pero también Alemania -al no quedar desmantelada y comenzar su reconstrucción material y moral ya desde un sistema político estable- y Adenauer, puesto que logró que la CDU gobernase exitosamente la RFA sin interrupciones hasta 1969.

Así, la idea comunitaria avanzó desde convicciones que la misma cultura occidental había generado, pero que en la posguerra por fin pudieron hacerse realidad. Al mismo tiempo que las futuras instituciones comunitarias tendrían matices frente al conflicto de contradicción, la nueva Europa terminó siendo el sitio de las libertades y para ello optaría por una personalidad y proyecto distinto a los Estados Unidos, aunque teniendo presente que:

La cuestión de Europa se plantea con independencia del peligro comunista o asiático, aunque ese peligro le confiere un carácter de actualidad y de urgencia. La angustia actual será la causa inmediata de una unificación europea pero no será su razón de ser. Europa será más o menos completa según las circunstancias contingentes en las que se constituya. ¿Podrá llegar a serlo? Nadie puede decirlo¹²⁴.

Para los “padres” el contexto global fue necesario para el proyecto comunitario, pero tampoco representó un problema discursivo, en tanto que trató de ser un punto de referencia histórico que pudiese pervivir en el futuro, mas no una estrategia meramente coyuntural dentro del contexto de la Guerra Fría. La Europa comunitaria fue un sueño hasta que la posguerra ayudó a su realización; aun así se mostró independiente a la batalla propagandística de la contradicción. Aunque Adenauer se haya manifestado en contra de la URSS y del “peligro asiático” contundentemente, el proyecto comunitario es ajeno a aquella coyuntura, pues el discurso se basa más en la superación de los problemas entre occidentales para compartirlos al mundo que en destruir la URSS por oposición ideológica, lo que, por supuesto, no cabe dentro del ideario de los “padres” de hacer de Europa una zona de influencia solidaria entre sí:

La Europa contemporánea y cada uno de los países europeos han de tener, de algún modo, el instinto de esa interdependencia, vivir y trabajar en este nuevo clima de confianza y voluntad, donde cada uno aporta a la comunidad el máximo posible, de acuerdo con su idiosincrasia. De este modo Europa, Occidente, podrán salvarse frente a coaliciones hostiles que amenazan su civilización¹²⁵.

La novedad comunitaria consistió en un plan lejano a las concepciones de nación decimonónicas, al unir a los distintos pueblos en Europa bajo una idea económica que no afectase su soberanía ni pretendiese interferir en sus tradiciones, sino que en base de la cooperación y la tolerancia se pudiese generar un clima de paz y trabajo que le diera a Occidente una alta calidad de vida, que vendría acompañada de la tarea casi imposible de superar el trauma derivado de la *stásis* y de adecuar una implícita aceptación del cristianismo como referencia común para la cultura europea, puesto que de sus valores surgió la democracia¹²⁶.

Con la *Declaración* y la CECA, Europa se abrió a lo múltiple, a lo diverso, sin un planteamiento único y con un discurso que buscó conciliar las disputas al hacer apología constante al entendimiento, la democracia y la paz duradera. El discurso comunitario es la propagación de los puntos de encuentro por los que Europa debía unirse frente a los retos de una realidad en la que ya no eran el centro del poder. Pero a partir de ahí se tendría la posibilidad de superar tantos años de abismo para hacer de Europa el sitio de las libertades, la subsidiariedad y el bien común.

¹²³ «La tarea del hombre político responsable consiste en conciliar, en una síntesis a veces delicada pero necesaria, estos dos órdenes de consideraciones, lo espiritual y lo profano».

SCHUMAN: [1963] p. 45

¹²⁴ SCHUMAN: [1963] pp. 100-101

¹²⁵ SCHUMAN: [1963] p. 81

¹²⁶ LEJEUNE: [1980] p. 231

La *stásis* dio pie a que la modernidad se volcara en contra de la vida y libertad de tantas personas y la génesis de estos fenómenos en gran medida germinó de «la oposición secular entre Francia y Alemania»¹²⁷ en pos de detentar la supremacía continental. Por ende, la reconstrucción de Occidente tendría que venir de una perspectiva que tuviese a esta problemática bien presente y pudiese actuar desde un imaginario distinto a los factores que propiciaron la guerra. También las experiencias de vida de los actores de posguerra marcarían distancia a los que avivaron los conflictos en la *stásis*, al ser los cuatro “padres” hombres de frontera: Monnet fue un viajero que pasó por muchas vicisitudes para entender que la política y la ideología eran las principales barreras que impedían que los occidentales tuviesen una vida digna y de libertades. Schuman fue un político institucional, pero también fue un hombre sin una concepción combativa de nación, puesto que se consideró tan solo europeo, y su tradición referencial no fue la del concepto estado/nación decimonónico, sino su espiritualidad -la cual es una tradición que comparten todos los europeos-. Adenauer vivió los problemas derivados de la religión, de una Alemania dirigida por protestantes que vieron al sur como un enemigo que no era y de un contexto que no propugnó por la libertad, sino que la acotó y generó más discrepancias entre personas que compartían siglos de tradiciones en común, de ahí que haya sido necesario unir en vez de discriminar. Y, de Gasperi, un italiano que se formó desde la universalidad católica y que interactuó en un sistema multiétnico (el imperio Austro-Húngaro) que imprimió en él una particular apertura política, que no derivó en un integrismo o en una beligerancia ideológica, sino en la proclividad al diálogo, acompañado de constante meditación.

La reconstrucción de Occidente tuvo como primer paso la separación de los principales dirigentes nacional-socialistas de la vida pública¹²⁸ y las purgas inmediatas por parte de las fuerzas de ocupación y de los grupos de resistencia occidentales -mientras los soviéticos terminaban de aniquilar la moral del pueblo alemán-. Sin embargo, pronto el bando anglosajón dio un giro inesperado, al proyectar la reconstrucción alemana desde la realidad económica y política, que fue planteada con antelación para la nueva configuración global. Su principal barrera fue Francia, que alineó intereses ideológicos y nacionales sobre los económicos; por ende, el destino alemán fue una cuestión dual que tendría que conciliar a Francia y al nuevo sistema político alemán en menos de cinco años, algo impensable desde el fervor coyuntural:

La cuestión de Alemania, por compleja y vasta que fuera, podía sin duda ser enfocada también de esta manera. Sería imposible resolverla mientras persistieran las condiciones que hacían incierto e inquietante el destino de los alemanes, tanto para ellos como para sus vecinos¹²⁹.

Desde la negociación exitosa entre Schuman y Adenauer se pudo construir una nueva idea de Europa que se sustentó en libertades contrastadas con el Este, pero también dotó nuevas formas dentro de los pueblos, anteriormente proclives a los sentimientos nacionales, que dieron paso a vías de encuentro. Si bien es necesario señalar que Francia tuvo fuertes posiciones y recelos para con la Alemania derrotada, también es cierto que ello generó importantes equilibrios que posibilitaron la reconstrucción y la cooperación supranacional. La posguerra fue el paso definitivo para la paz y nuevas formas de convivencia entre europeos, de ahí que Schuman viera como un «fracaso los acuerdos que se intentaron en 1871 y 1919. La política de la fuerza impuesta por los vencedores lleva solamente a soluciones frágiles y engañosas, generadora de conflictos nuevos»¹³⁰.

La paz y las posturas que de ahí se desprenden son un factor de peso que se abre al futuro y busca en el pasado encuentros que ayudaron a delinear intereses en común, dejando atrás los ciclos de violencia para construir caminos en una realidad ya dominada por la necesidad de abrazar las nuevas necesidades económicas, y el reconocimiento de que los Estados europeos no se bastaban a sí mismos para recuperarse. Francia y Alemania estaban encadenados a la producción de un acuerdo, por más que el pasado sólo generase zozobra:

¹²⁷ *Declaración de 9 de mayo de 1950*

¹²⁸ Los casos más representativos serían los de Wernher von Braun, Martin Heidegger y Ferdinand Porsche, ya que fueron estandartes del régimen y pasaron por distintos procesos en la posguerra inmediata, en la cual influyeron decisivamente, ya no en lo político sino en la especificidad de sus disciplinas, abriendo debates permanentes sobre la ética, el nacionalismo y la política.

¹²⁹ MONNET: [1976] p. 331

¹³⁰ SCHUMAN: [1963] p. 67

Políticamente divididos, debilitados por la guerra y por el miedo a las guerras, no han perdido ciertamente su vitalidad: su levantamiento después de la última guerra es una nueva prueba de ello. Pero tratando de ganar una ventaja precaria sobre los demás, lo único que consigne cada uno de ellos es debilitar su posición respecto de los competidores exteriores.

Si los países de Europa no tienen más peso en la economía mundial, comparativamente a lo que son en la actualidad los Estados Unidos de América o a lo que podría ser dentro de poco la Unión Soviética, se debe a sus divisiones¹³¹.

Esta perspectiva, donde los intereses económicos ejercían presión que debilitaba lo político, no deja de ser central. Lo ideológico y lo nacional debieron pasar a un rol secundario, a pesar de las presiones internas. La coyuntura fue económica, a pesar de la devastación y el ánimo de tantos sufrientes que necesitaron más de un proyecto de franca reconstrucción que de propaganda nacionalista.

Si la realidad necesitó de discursos de paz y de encuentro, lo real -visto por los que tomarían las riendas de la reconstrucción económica- tuvo al nacionalismo y a las ideas económicas previas a la guerra como la problemática a vencer. La industria francesa estaba obsoleta¹³² y en desuso, mientras que la alemana estaba destruida y necesitaba del impulso necesario para que los empresarios pudiesen a contratar miles que luchaban por sobrevivir cada día, ello aunado a que fue indispensable un desarrollo tecnológico inmediato -ayudado por las compañías- que «contribuyó de manera considerable a la intensificación del reequipamiento a comienzos y mediados del decenio de 1950»¹³³. Las fronteras occidentales dejaron de ser un problema, en tanto que su soberanía quedaba en un segundo plano frente a la necesidad de transformar los recursos y cambiar las formas en que estos habían sido explotados. El futuro de Europa no se iba a sostener por el mantenimiento de las fronteras, sino con apertura económica sin perder la potestad del Estado para con sus ciudadanos:

Esos recursos de los que la naturaleza ha hecho el activo industrial esencial de Europa han sido el motivo de las luchas entre los Estados y de las empresas de dominación. Borrando las divisiones que los hombres han introducido arbitrariamente, se trata hoy de recrear esta cuenca natural cuya unidad han fragmentado, limitado su desarrollo¹³⁴.

Para Monnet fue necesario avanzar hacia un equilibrio que llevara al libre tránsito de mercancías después de hacer resurgir la industria de Europa, pero ello no dejaría de estar acompañado de los discursos particulares que insistieron en el acercamiento más que en la diferencia. La relatividad está ahí; el contexto produce fugas hacia lo ideológico, lo económico y hacia un pasado que necesitaba ser superado, de ahí que sea un momento donde es difícil interpretarlo de forma única. Pero, a pesar de ello, ya en la *Declaración* es posible vislumbrar los elementos clave que hicieron posible el trayecto comunitario: la aceptación de lo innecesario del control industrial en una paz que no admitía sospechas¹³⁵, y la cercanía con el pasado inmediato, que se hizo sentir más en la opinión pública francesa que en una Alemania irreconocible:

Las cosas estaban enmarañadas; había que tirar de un hilo que deshiciera algunos nudos y así, poco a poco, todo lo demás volvería al orden. ¿Cuál podía ser ese hilo en el embrollo de las relaciones franco-alemanas? Parecía como si el vencido transfiriera sus complejos al vencedor: en Francia renacía el sentimiento de inferioridad, se empezaba a comprender la inutilidad de los intentos de limitar el dinamismo alemán¹³⁶.

¹³¹ MONNET: [1955] p. 33

¹³² «[Étienne] Hirsch [el experto en minas y colaborador en el Plan Schuman], que poseía una gran experiencia industrial, me contó que la instalación siderúrgica más moderna de Francia databa de 1906, y encima había sido montada por los alemanes de la Lorena anexionada».

MONNET [1976] p. 265-266

¹³³ DOBB: 1971 p. 460

¹³⁴ MONNET: [1955] p. 59

¹³⁵ «Las experiencias que hemos hecho en las relaciones entre Francia y Alemania nos bastan para ser optimistas y confiados».

SCHUMAN: [1963] p. 85

¹³⁶ MONNET: [1976] p. 331

A este exitoso avance le seguiría el otro pilar comunitario: el libre tránsito de mercancías y productos. Ese fundamental paso fue la firma del Tratado de Roma de 1957 que daría vida a la Comunidad Económica Europea, pero nada de esto se entiende sin aquellas negociaciones que lograron desvincular a Francia y Alemania de su profunda enemistad, que moderaron en vista de los beneficios para sus propios sistemas políticos, pero también para la industria y los ciudadanos que gozaron de los inesperados beneficios de los acuerdos comunitarios.

Los relatos de los actores, al ser observados, evidencian la dualidad del discurso comunitario, sostenido por una idea económica que debía de ponerse en práctica de inmediato, junto con la posibilidad de romper con barreras que antes pertenecieron a lo nacional y que desde la posguerra resultaron elásticas y propicias para acuerdos coincidentes con una Europa reconciliada con la creencia:

Después de dos guerras mundiales, hemos acabado reconociendo que la mejor garantía para la nación no reside ya en su espléndido aislamiento, ni en su propia fuerza, sea cual sea su poder, sino en la solidaridad de las naciones que están guiadas por un mismo espíritu y que aceptan las tareas comunes en un interés común¹³⁷.

Si Adenauer se mostró con mucha cautela sobre la relación con Francia, también es cierto que desde el primer momento se manifestó como un actor dinámico en el conflicto de contradicción que deja entrever sus movimientos para con su nuevo electorado. El caso de Schuman es distinto, puesto que ahí no es posible distinguir un interés específico, sino una insistencia al diálogo y a la reconstrucción material, que sólo pudo haber sido posible desde un acuerdo que le otorgase poder al Estado Francés frente a Alemania, pero con la seguridad de que los nuevos planteamientos darían vida a una industria que parecía desaparecida y que necesitó del tratado.

Difícil es poder argumentar una preponderancia política frente a necesidades económicas, pero estas se entendían desde lo político, ya sea hacia dentro o hacia afuera. El Tratado de París presenta cómo sus autores protagonistas actuaron desde lo político para posibilitar lo económico, que tuvo siempre el reto de aplicar medidas liberales a una sociedad configurada desde una persistente presencia del Estado, viendo en ello al principal obstáculo para otorgarle a la ciudadanía una calidad de vida nunca antes conocida, ya con un sistema político no desbordado en intromisiones innecesarias, pero siempre pendiente de dotar a la ciudadanía de beneficios ausentes en otros lugares y periodos.

En tan poco tiempo, un escenario político tan local como global desencadenó una relativa realidad. Occidente caminaría pacíficamente a una posguerra sostenida por la prudencia. Ahí, donde reinó el ocaso, vino a lo real una reconstrucción material y espiritual sin paralelo en la historia, y los que brillaron no fueron los pensadores ni tampoco las grandes figuras políticas, sino actores insospechados que pusieron en marcha la cura al trauma desde sus posicionamientos de frontera y activando la creencia, tocando y superando las profundas raíces de lo nacional con diálogo y un peculiar pragmatismo político, «[ayudando a que Francia superara] sus dolorosos recuerdos. Le correspondía a ella tomar la iniciativa de manifestar a su vecina su voluntad de darle confianza, no con una declaración platónica o condicional, sino con una oferta concreta de cooperación permanente en un ámbito de importancia vital»¹³⁸.

EL PLAN SCHUMAN Y LA DIVERSIDAD FACTORIAL

El autor intelectual del Plan Schuman fue Monnet y sus motivaciones personales y políticas bien se reflejan en el *Tratado Constitutivo de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero*, pero también en las formas que posibilitaron su firma. El propósito de integrar a Europa no era nuevo, pero sí los factores de posguerra. Monnet desde un principio fue conocedor y promotor de las dinámicas liberales de los Estados Unidos, pero ese acercamiento no pudo hacerse hasta la contemplación de los estragos de la *stásis*, generando distintas oportunidades en una coyuntura donde los aliados anglosajones delinearon en gran parte el futuro de Occidente, optando finalmente por un rostro conciliador hacia su rápida reconstrucción, pensando en hacer de ello un contundente contraste con la URSS. Si los políticos franceses, como generalidad, se mostraron fuertemente críticos con las ayudas a Alemania, Monnet se mostró desde un principio a favor de una ruta donde se pudiese tomar una ruta que derribase las barreras económicas nacidas desde lo nacional.

¹³⁷ SCHUMAN: [1963] p. 29

¹³⁸ SCHUMAN: [1963] pp. 65-66

La coyuntura desde la rendición del Reich hasta la *Declaración* estuvo marcada por persistentes problemas políticos internos, pero también por la sorpresa de una Alemania insospechada con un canciller fuerte y orgulloso, sintiéndose responsable del ánimo de sus ciudadanos. Ante ello, Monnet unió la necesidad de impulsar la industria francesa desde un acuerdo que permitiese a los alemanes reconstruir su industria en base a la libre explotación de los recursos que tanto habían enemistado a ambos pueblos. Con este avance bien se podría llegar a la paz y con ella al desarrollo económico de Francia, pero en paralelo con otras economías, ya vistas más como socios y no como enemigos. Fue un motivo para la implementación de medidas que incentivaran la industria francesa respetando sus particularidades y se abriese a la competencia, la que no lograría si no se comenzaban a abrir progresivamente las fronteras.

El conocimiento de la realidad norteamericana por parte de Monnet es un factor de peso, pero también presentó el primer problema en el momento de las negociaciones con la Alemania de Adenauer, pues este tuvo presente su participación en contra de Alemania desde la primer fase de la *stásis*, de ahí que los motivos económicos pronto se expandiesen hacia la reflexión de lo que ha sido Occidente y su futuro, que están en él y el los otros “padres” de Europa.

El primer reto de Monnet terminó en fracaso, ya que en un principio el Reino Unido fue pensado como protagonista en la configuración de la nueva Europa, pero ya encerrado sobre sí misma desde la victoria de Clement Attlee¹³⁹, tuvo que reorganizar su plan, puesto que sin este era inexplicable el futuro de Europa, ya desplazada de la centralidad por Estados Unidos y su conflicto de contradicción:

El tiempo pasaba y mi intento de crear un núcleo comunitario en torno al cual se organizara Europa acababa de fracasar con la única gran potencia del viejo mundo entonces en condiciones de asumir una responsabilidad política de tal envergadura. Dejando de lado a Alemania, que sólo tendría constitución en mayo y canciller en septiembre, sólo Italia y los países del Benelux, asociados económicamente entre ellos, podía establecer válidamente alguna forma de unión con nosotros¹⁴⁰.

Sin la presencia de Inglaterra en el reto reconstructivo, Monnet tuvo que concentrar su estrategia en encontrar aliados dentro de la compleja coyuntura de la IV República y es justamente ahí donde su relación con Schuman desemboca en un Plan más allá de lo económico, puesto que de ahí surgieron nuevas formas políticas y de ciudadanía, además del encuentro con las raíces culturales de Occidente.

El Plan de Monnet fue ambicioso desde un principio, ya que se salía de las formas acostumbradas en la vida política francesa, marcada por el maniqueísmo entre izquierdas y derechas, pero ya evidentemente afectadas por los estragos de la *stásis*. Fue necesario crear nuevos vínculos con una sociedad sufriende y con los actores políticos altamente ideologizados en constante búsqueda del poder en las urnas:

La oposición más violenta fue la de los comunistas, que desde el rechazo del plan Marshall por la URSS condenaban toda forma de organización autónoma de Europa occidental. Sus campañas contra el plan Schuman [...] coincidían con las de los medios conservadores, que rechazaban el menor cambio de las estructuras económicas y de la organización defensiva del país¹⁴¹.

La ideología, a pesar de las consecuencias y fenómenos derivados de la *stásis*, siguió desbordándose, y la postura hacia el “centro” fue problemática en un principio, pero rápidamente pudo posicionarse como una opción más acorde al oscuro contexto. A pesar de ello, los posicionamientos con una fuerte presencia de lo ideológico no dejaron de mostrarse escépticos hasta la implementación del Tratado de París (18 de abril de 1951), cuando sus resultados impactaron favorablemente en el nivel de vida de la ciudadanía. Aun así, es importante señalar que Monnet tuvo desde un principio distintos problemas en lo tocante a la política interna. El Plan Schuman prosperó después de haber superado luchas de poder y prejuicios, supuso un nuevo comienzo que modificó los posicionamientos aparentemente inamovibles de la sociedad francesa, acercando «dos tendencias, la demócrata-cristiana -potenciada por los efectos de una guerra terriblemente devastadora- y la laica -más capaz de conectar con los partidos socialistas y los sindicatos-, [que] se comple-

¹³⁹ «Bajo el gobierno laborista de los años inmediatos posteriores a la postguerra, se tomaron ciertas medidas de nacionalización: ferrocarriles, minas de carbón, hierro y acero, transporte carretero y el Banco de Inglaterra». DOBB: 1971 p. 456

¹⁴⁰ MONNET: [1976] p. 319

¹⁴¹ MONNET: [1976] p. 399

mentaron adecuadamente en aquel comienzo. Con una complementación que fue, sin duda, una de las importantes claves del éxito»¹⁴².

Este acercamiento es la puesta en práctica de una novedad en Europa, acostumbrada al proteccionismo y a la expansión militar como vía para el aprovechamiento de los recursos naturales. El Plan Schuman partió de intereses distintos y opuestos. Fue diseñado desde otro tipo de necesidad, que daba por zanjado el debate de los recursos en Europa, al ver en la reconstrucción y desarrollo industrial el factor central de la posguerra, aunado a la tendencia comunitaria que en la Conferencia ante la Sociedad de Economía Política de Bélgica (Bruselas, 30 de junio de 1952) Monnet lo explicita así:

El Plan Schuman procede de ideas muy simples. En primer lugar la idea de que los recursos son comunes y deben de emplearse del mejor modo posible en provecho de todos. Para eso son necesarias instituciones comunes que tengan la responsabilidad de ver el conjunto -es decir Europa- y de decidir para el bien de la comunidad¹⁴³.

La creación de una institución supranacional donde Francia y Alemania, como los principales socios, pudiesen enfrentarse a los retos de la posguerra llevó a un verdadero periodo de auge y libertad. El problema fue llegar a consolidarlo, puesto que el clima político era adverso, tanto en la política interna francesa como en la alemana. Ya sin Inglaterra se abrieron a otros socios, pero siempre fue necesaria la presencia alemana, ya que como socio estratégico haría del primer experimento comunitario un hito histórico.

Desde su motivación dual, el Plan Schuman se hizo presente desde lo pragmático, aportando una solución directa, exponiendo las ventajas inmediatas de su implementación. El discurso comunitario tiene en su origen miras lo suficientemente profundas como para hacer de este una reinterpretación de Occidente, pero también es un acuerdo puntual y directo:

La Comunidad del Carbón y el Acero fue el objetivo de una proposición del gobierno francés en 1950 como primer paso -por usar sus propias palabras- hacia una federación europea. Su finalidad última es contribuir esencialmente a la creación de los Estados Unidos de Europa. Su finalidad inmediata, en lo que nos concierne, es crear un mercado común y libre del carbón y del acero entre estas seis naciones. El carbón y el acero han sido elegidos a este efecto porque constituyen en nuestra opinión los elementos básicos de la economía moderna¹⁴⁴.

La impronta que dejó la configuración mundo en el contexto de posguerra y de conflicto de contradicción es el factor económico. La realidad comunitaria se explica desde ahí más que desde lo político, al pasar a un plano de subordinación donde el posicionamiento sobre lo económico se hizo compatible con los nuevos sistemas políticos:

La construcción europea se basará en lo económico como tronco común que sustente la unidad europea al igual que en las viejas polis griegas, evitando así, el fantasma de la guerra. La CECA y el Plan Schuman se alimentan de ese pragmatismo. Pero son también muestra del aliento idealista que insufla el proyecto como muestra la declaración conjunta de la CECA, fueron conscientes de: *“la contribución que una Europa organizada y viva puede aportar a la civilización”*. Y para ello eran necesarios hombres como Robert Schuman, *“la rectitud, la convicción intrépida”*¹⁴⁵.

Se configuró una nueva realidad donde las formas cambiaron de «estilo: las delegaciones no se trataban ya como adversarios, sino como socios de negocios y compañeros de un mismo equipo. Once meses después de este punto de partida, el 18 de abril de 1951 se firmaba el tratado que creaba la CECA, con la filosofía inicial de la Declaración Schuman»¹⁴⁶. Así, la búsqueda de supremacía y tendencia imperial, presente en Occidente desde su gestación hasta la *stásis*, se diluyó en la

¹⁴² MARTÍN DÍEZ: 2002 p. 116

¹⁴³ MONNET: [1955] p. 38

¹⁴⁴ MONNET: [1955] p. 41

¹⁴⁵ FERRER: 2002 p. 111

¹⁴⁶ GAY: 2002 p. 92

búsqueda del mejoramiento administrativo y de la promoción del imaginario comunitario, el del reconocimiento de las raíces que forjaron a Occidente como cultura.

Esta subordinación y su compatibilidad con las nuevas formas políticas hacen que la observación del contexto de posguerra pierda cierta nebulosidad interpretativa, puesto que los actores tuvieron la necesidad del diálogo y de crear vías de negociación permanente. Más allá del directo posicionamiento de Adenauer con la URSS, es posible admitir que la política que dio paso al Tratado no estuvo basada en maniqueísmos ni en la creación de enemigos internos o externos, intentando con ello que los Estados participantes abrieran sus fronteras para crear una realidad contrastada al pasado inmediato. Este es un pilar del discurso comunitario, insistente en una Europa que «no está dirigida contra nadie; no tiene ninguna intención de agresión, ningún carácter egoísta o imperialista, ni en su seno ni hacia otros países. Será accesible a quien quiera adherirse a ella»¹⁴⁷.

Aunado a esta idealización del trayecto comunitario habría que destacar de nuevo al factor liberal, crítico en lo relativo a la presencia unitaria del Estado en la sociedad. A pesar de que el Estado tomó suficiente fuerza como para erigir al Estado de Bienestar, es también cierto que el Tratado no tendió solamente al beneficio de los industriales y sí fue una generalidad no «[dispuesta] a negociar con los intereses particulares una empresa de tan enorme interés general»¹⁴⁸. Con ello también generó importantes equilibrios, además de construir lazos comunicantes que detonaran la innovación y el intercambio cultural. De ahí que Monnet insistiese en el elemento supranacional¹⁴⁹ con el objetivo concreto de diluir barreras que pudiesen derivar en conflictos a futuro, pero también pensando en una economía pujante en un futuro más que cercano.

Pero, para implementar un Plan claramente económico, fue necesario tender lazos lo suficientemente fuertes como para que los Estados participantes tuviesen una visión concreta del futuro inmediato, tratando de superar los recelos que difícilmente podrían pasarse por alto, especialmente en el caso de la clase política francesa. A pesar de ello, el esfuerzo pronto mostró resultados favorables:

Hicieron falta varios años para que Occidente aprendiera las lecciones de la mayor guerra civil de todos los tiempos. En 1950, los europeos empezaban a contemplar su pasado con suficiente tranquilidad y su porvenir con la suficiente confianza como para soñar con nuevas formas en sus relaciones mutuas. Con el plan Schuman este sueño iba a hacerse realidad. La paz parecía posible, la guerra fría se alejaba. Pero de repente volvía¹⁵⁰.

Para el imaginario comunitario, el Plan que llevó al Tratado de París hizo comprensible los primeros años de posguerra, explicables como un conjunto de acontecimientos tanto privados como públicos que tuvieron una clara dirección. A pesar de ello, es difícil pasar por alto las dificultades materiales y psíquicas de tantos europeos, hayan sido o no víctimas. La implementación del Tratado fue inesperada por tantos que no se reconocían más que por la imposición de la violencia, los cuales abrazaron el proyecto comunitario con el trabajo y la creencia, despojándose del nacionalismo combativo, aunque conservado las tradiciones particulares que habían compuesto su imaginario desde antes de la impronta de la modernidad. Los matices y las interpretaciones, más allá del propósito inicialmente económico, siguen presentes hoy a pesar de la crisis, ya que son de índole cultural, la *debilidad de creer*. Del diseño del Plan Schuman al Tratado es posible seguir señalando sutilezas que no pueden perderse con el tiempo, supone el nacimiento de un discurso desde lo económico, sostenido por la necesidad de crear un punto de inflexión histórico:

La firma tuvo lugar el 18 de abril de 1951, en el Salón del Reloj, casi un año después de que allí mismo se lanzara la propuesta del 9 de mayo. Uno de nuestros colaboradores del plan, el fiel Lamy, hombre de recursos y fe, nos guardaba una sorpresa: había preparado para la firma un ejemplar del tratado impreso por la *Imprimerie Nationale* en papel de Holanda con tinta alemana; la encuadernación de Bélgica y Luxemburgo, y las cintas de seda de Italia¹⁵¹.

¹⁴⁷ SCHUMAN: [1963] p. 26

¹⁴⁸ MONNET: [1976] p. 358

¹⁴⁹ «Debemos de perder la costumbre de hablar de siderurgia italiana, francesa, etc., pues no habrá más que una siderurgia europea. Es exactamente el objeto del plan Schuman».

MONNET: [1976] p. 369

¹⁵⁰ MONNET: [1976] p. 382

¹⁵¹ MONNET: [1976] p. 400-401

Una nueva concepción de Europa se puso en práctica, aunque con muchas dificultades, puesto que los firmantes seguían envueltos en distintas problemáticas paralelas a las negociaciones que finalizaron en el Tratado de París. Pero lo concerniente a Europa, ya como proyecto comunitario, bien puede generalizarse como un retorno a la importancia de las raíces, al reconocerlas como el origen de los valores humanos por los que tanto se ha luchado, «más allá de las instituciones y en respuesta a una aspiración profunda de los pueblos, la idea de Europa, el espíritu de solidaridad comunitario se ha enraizado»¹⁵².

Esta solidaridad propugnada por Schuman mucho tiene que ver con que haya asumido una posición ideológica distinta a los movimientos católicos integristas previos al estallido de la guerra. Supone una importante oposición que diluyó el encono popular y ayudó a entender a una sociedad afectada por los excesos ideológicos, lo cual fue necesario para que los sistemas políticos se fueran consolidando. Esto es coincidente con la posición sobre el futuro europeo de Monnet, en el sentido de que Europa debía comenzar a liberarse de prejuicios para poder crecer económicamente y alzarse como una zona competitiva.

Esto en mucho dependió del señalamiento de valores impregnado en el discurso comunitario, en el sentido de que no fue una apología a una ideología concreta, sino la afirmación de que la libertad y la democracia son los conceptos fundamentales para que una sociedad sea próspera y pudiese caminar por una ruta real de entendimiento futuro:

En ese largo y dramático proceso de la civilización cristiana, no han sido y no son siempre los creyentes íntegros quien han llevado la democracia a sus progresos más decisivos. Las nociones cristianas han sobrevivido y actuado en el subconsciente de hombres que habían dejado de practicar una religión dogmática, pero que seguían inspirándose en sus grandes principios¹⁵³.

Es el alejamiento de lo ideológico, supone el triunfo de una nueva política moderna, ya lejana del conflicto religioso y abierta a un nuevo estadio histórico. No hay alguna reivindicación cristiana concreta, ni tampoco en favor de la Iglesia, sino de los valores propios de Occidente, traídos a la realidad comunitaria desde la insistencia en que la *stásis* debía superarse diluyendo fronteras y radicalismos que dejaran en latencia futuros conflictos. En definitiva, se trata de un conjunto de acontecimientos que reinterpretaron a Occidente, por primera vez unido sin violencia de por medio, con el factor económico como sostén del encuentro con sus raíces y de la divulgación de valores que deberían ser universales, como la democracia, la propiedad privada o la libertad de expresión. Por ello, la CECA implica más que un acuerdo, «no es una asociación de productores de carbón o de acero: es el comienzo de Europa»¹⁵⁴.

Con el Plan Schuman se abrió la fase de cura a los sufrientes. Desde aquí las formas políticas no partirían de la creación de enemigos, sino desde la necesidad del diálogo y la propuesta constante, pensando en la mejora de la calidad de vida y la libertad. Ahí está el discurso, en lo real bien puede identificarse cómo los actores abrieron la posibilidad reflexiva, donde la historicidad se configurase de nuevo, pero ya no desde el desgastado nacionalismo decimonónico y los combates de la primera modernidad, sino en base a la superación del trauma y desde prácticas políticas que hoy siguen estando presentes, a pesar de la crisis. Es el ideario de libertad y entendimiento de Monnet, que logró ser partícipe de un trayecto distinto, pero ya identificable en fechas tan tempranas como junio de 1952, en la segunda reunión ordinaria de la Asamblea Común, donde dejó patente su posición, en la que:

La Europa que estamos haciendo no es el fruto del temor. Es resultado de la confianza que tenemos en nosotros mismos y de la certeza que de sí por fin los europeos comprendemos lo que tenemos de cualidades comunes y de capacidad, constituiremos un mundo occidental que aportará a la civilización entera, a la paz, a América, a Rusia, una seguridad que de otra manera no podrá obtenerse¹⁵⁵.

Identificar al ideario comunitario es un ejercicio dual que permite observar las observaciones vertidas en lo escrito a lo largo del trayecto de Occidente. El Plan, la *Declaración* y el Tratado son un punto de inflexión lo suficientemente visible como para comprender al pasado, particularmente necesario en esta realidad de crisis que hoy Europa vive. Por otra parte, las fuentes comunitarias también son una vía más para el encuentro y reconocimiento de las raíces de Occidente. Por ello, este punto de inflexión es un partícipe silencioso de una memoria colectiva que recuerda el retorno a la

¹⁵² SCHUMAN: [1963] p. 23

¹⁵³ SCHUMAN: [1963] p. 43

¹⁵⁴ MONNET [1955] p. 49

¹⁵⁵ MONNET: [1955] p. 51

cordura que fue la segunda mitad del siglo XX, retorno inexplicable sin aquellas palabras que unieron a históricos enemigos y por fin lograron una paz duradera.

El acto performativo del 9 de mayo de 1950 está cubierto por un manto de paz, aunque sostenido por un argumento económico y comercial que daría paso al trayecto liberal de la Unión Europea. En el fondo, permite pensar sobre las realidades de un Occidente devastado que tuvo que reinterpretarse desde dos antagónicos referenciales: la modernidad en clave liberal y abierta al desarrollo comercial e industrial y el sutil reconocimiento de que Occidente y sus pueblos se forjaron desde la impronta del cristianismo. Lo explícito pronto se concretó y abrió la reflexión sobre los factores en común de pueblos que hace tan poco tiempo habían pasado por la violencia y el drama de la *stásis*. Lo implícito hoy sigue siendo motivo de debate, debilita el diálogo y alimenta al fantasma del radicalismo, ajeno a la moderación, a la tolerancia de las tradiciones y al esfuerzo por romper fronteras del discurso comunitario.

Si se partiera desde un análisis de *governance* medianamente contemporáneo, quedaría en evidencia que el factor principal para la reconstrucción de Occidente se encuentra en el establecimiento de las bases para el libre mercado y la modernización de la administración pública, comenzado por la implementación de sistemas democráticos que le dieron un fin definitivo a la ingobernabilidad y combatieron la ineficiencia administrativa estatal. Pero aquí el propósito es más bien señalar que lo aparentemente lejano a lo real en el Tratado también resultó indispensable para que este prosperase: la impronta de un discurso conciliador que implícitamente reivindicaba las raíces cristianas de Europa. ¿Un paso atrás a la modernidad? No, sino lo contrario, ya que el paso en falso puede encontrarse en la concatenación de violencia desde los Estados-nación decimonónicos, sustentada en confrontaciones nacidas de interpretaciones historiográficas que no hicieron más que propiciar el odio y las nociones de diferencias artificiales y de supremacía.

¿Cuál es el peso ideológico en la *Declaración*? El acontecimiento documentado responde a un cúmulo de necesidades para transitar hacia la cura de Occidente, concretamente fue el logro de una paz duradera en pleno conflicto de contradicción. Apostar por una solución pragmática en paralelo con las convicciones de los “padres” es quizás el rasgo más importante. El Plan se diseñó para dotarle a los dos principales pueblos en conflicto de una solución económica y política que «se hará gracias a realizaciones concretas, que creen en primer lugar una solidaridad de hecho»¹⁵⁶ que se traduciría en más democracia.

No fue el triunfo de una ideología sobre la otra, sino a la demanda de cura, donde Europa reconoce y coexiste con el trauma, respetándolo y aceptando que nunca va a desvanecerse. La crisis justamente se evidencia al observar el olvido voluntario no del trauma, sino de la demanda, y dejando al deseo en una amalgama de necesidades materiales lejanas al momento en donde Europa se pensó a sí misma.

Tampoco hay que pasar por alto el conflicto de contradicción, pero distanciarlo. En vistas de construir una distinción discursiva entre las ideologías en pugna por el orbe, es innegable que los Estados Unidos tuvieron a los nuevos sistemas políticos europeos como socios inmediatos, pero también es cierto que lo que se desprende a partir de la *Declaración* creó matices con las formas políticas norteamericanas.

La propuesta se abrió a todos los pueblos -pensando primero en África-. No fue pensada necesariamente como un proyecto coyuntural y local, aunque su primer paso fue precisamente de comenzar el nuevo trayecto desde una paz verdadera entre Francia y Alemania, creando una institución supranacional que llevase tanto a la modernización industrial como al desarrollo de políticas en común que hicieran de la Comunidad del Carbón y del Acero el comienzo de un periodo donde todos los ciudadanos se hicieran partícipes de la superación de los estragos de la *stásis*. No hay una ideología clara. Se habla de paz y solidaridad entre pueblos y ello dio pie a décadas de un nivel de vida único en la historia de la humanidad, además de que permitió el avance hacia una sociedad libre y, en el mismo espacio, respetuosa de la tradición a raíz de la consolidación de la democracia.

EL PERFIL DE SCHUMAN

¿Es posible descubrir en Schuman a un nuevo europeo? Si bien las diferencias y particularidades entre los pueblos siguen y seguirán existiendo, es él quien podría representar a la Europa de posguerra, más abierta a su integración, lejos de la idea de supremacía y del *pharmakos* del nacionalismo, ya que tenemos aquí a un hombre de frontera y también a uno particularmente interesado en el funcionamiento de lo económico, el factor que subordinó a lo político:

¹⁵⁶ *Declaración de 9 de mayo de 1950*

La Europa comunitaria va a nacer de la conjunción de la imaginación de un solitario. Que se mueve en las altas esferas de la política económica trasnacional con la sultura de un delfín en el agua, y de la preocupación de un hombre de Estado responsable, que busca una fórmula capaz de “coaligar los países no ya por palabras, sino por sus intereses”¹⁵⁷.

Más que un hombre sin un origen claro, Schuman puede considerarse como un europeo consciente de la diversidad y también de las posibilidades que tiene Europa al caminar desde la paz comunitaria, entendiendo que las particularidades enriquecen a una hermandad de pueblos que hasta principios de los cincuenta habían vivido permanente conflicto, superando la negación de los valores por los cuales la cultura de tantos pueblos se había ido forjando, para pasar a una «Europa actual [que deba de ser] una Europa de la paz y [donde] la pareja Francia-Alemania, como en los tiempos carolingios, [sea] una pareja de amigos muy próximos»¹⁵⁸.

Fue un actor atípico, al tener una formación en la que los elementos nacionales terminaron pasando a un segundo plano, Schuman vivió bajo el anhelo de una Europa abierta, caminando tanto hacia el libre movimiento de personas o bienes como de pensamiento. Su vida estuvo basada en la búsqueda de encuentros más que en la conformación de una concepción nacional clara, al estar «alimentado por una doble cultura, francesa y alemana, [...] estaba abierto a Europa y su universalidad [, educado] en una familia de fuertes tradiciones católicas y francesas»¹⁵⁹, por lo que puede comentarse que, hasta pasados su sesenta años, su perfil calaría hondo para con la historia de sus dos patrias al ser el principal responsable de construir el acuerdo de la CECA.

Siendo un practicante, vivió tratando de descubrir rutas que le hicieran comprender su presente desde su perspectiva espiritual; «su “alma” es en primer lugar la espléndida diversidad de sus culturas, en la unidad profunda de su civilización. La conciencia de la identidad una y múltiple de todo lo europeo»¹⁶⁰, que generó equilibrios en una realidad donde el conflicto religión-modernidad latía con violencia, alejándose del integrismo, en gran medida a causa de su vida de frontera. A pesar de no tener una visión militante en favor de la Iglesia, sí compartió su crítica a los avances¹⁶¹ de la modernidad en detrimento de la creencia y las tradiciones, y más después de haber vivido la guerra. Esta postura crítica permeó bien en el nacimiento del discurso comunitario, al haber observado los resultados de la modernidad exacerbada, por lo que ha señalado: «la preocupación por el progreso técnico nos llevó a descuidar la necesidad de un equilibrio entre los dos factores de todo verdadero progreso: el conocimiento material y el dominio moral»¹⁶².

De esto se desprenden dos factores que en lo real funcionaron desde la distancia o escondiéndose: mientras se articulaba la estrategia, sus necesidades políticas y administrativas se centraron en el acuerdo con Alemania, lo que desde el comienzo tuvo un principio económico como factor aglutinante. Su espiritualidad actuó al contribuir a la medida de los posicionamientos militantes católicos, además de que su principal interlocutor también fue practicante, por ello no duda en hablar de la conexión de los valores de Europa con el cristianismo, el cual:

Ha enseñado la igualdad de naturaleza de todos los hombres, hijos de un mismo Dios, rescatados por el mismo Cristo, sin distinción de raza, color, clase o profesión. Hizo reconocer la dignidad del trabajo y la obligación para todos de someterse a él. Ha reconocido la primacía de los valores interiores que sólo ennoblecen al hombre¹⁶³.

A ello cabría agregar que para él las metas económicas y políticas estaban unidas a la necesidad de propagar valores más allá de Occidente, aceptando la culpabilidad desde su espiritualidad, por lo que cuando «hablaba del influjo que la

¹⁵⁷ LEJEUNE [1980] p. 19

¹⁵⁸ LE GOFF: [1994] p. 55

¹⁵⁹ LEJEUNE: [1980] p. 140

¹⁶⁰ LEJEUNE: [1980] p. 218

¹⁶¹ «El 12 de marzo de 1956 en una conferencia pronunciada en la asamblea general de la Organizaciones Internacionales Católicas. “Vivimos demasiado en lo artificial: alimentos sintéticos, luz artificial, mediación química, publicidad... Todo progreso es falaz, como lo muestra el de las armas [...] hay que procurar que el progreso espiritual camine a la par de los provechos materiales”».

LEJEUNE: [1980] p. 183

¹⁶² SCHUMAN: [1963] p. 46

¹⁶³ SCHUMAN: [1963] pp. 42-43

civilización occidental debía realizar en el resto del mundo para expandir la democracia, lo hacía con espíritu misionero»¹⁶⁴.

Así, su espiritualidad pronto actuó en las negociaciones entre Francia y Alemania, de la misma forma que sus formas pragmáticas y no dogmáticas lo ayudaron a superar los prejuicios de la posguerra inmediata en la política francesa, que en un principio estuvo más a favor de un retroceso a Versalles, de ahí que Monnet se convirtiese en su mejor aliado al compartir ideas liberales en clave de libre explotación de recursos:

Schuman [era] un hombre fronterizo, lo que le capacitaba para entender bien el problema de Alemania. Si Jean Monnet elaboró un proyecto, técnico desde luego, Robert Schuman le dio a ese proyecto un lenguaje político, lo hizo cosa suya y colocó a Francia en el lugar que antes se había querido ver a Inglaterra para el impulso de la idea unitaria de Europa¹⁶⁵.

Una de las claves para explicar el contexto radica sin duda en tener claro que el Plan Schuman se alimentó de motivaciones económicas, más que políticas o ideológicas; lo que Schuman proyectó no sólo fue un acuerdo de renovación industrial y de libre comercio, sino que alimentó una paz duradera en Occidente a partir de su diplomacia basada en los encuentros y en dotarle al trayecto comunitario de la necesidad del reconocimiento de las raíces como su bastión doctrinal.

Desde lo fronterizo, Schuman no actuó en una franca discrepancia a las tradiciones culturales particulares, sino que se situó en una crítica constante de las construcciones históricas decimonónicas, encaminadas al espíritu de fronteras cerradas y de promoción de guerra. Su perspectiva sobre Europa era la conservación del nacionalismo reconvertido en la independencia y respeto a los Estados y sus nuevos sistemas políticos, aunque intentando desactivar la tendencia al cultivo de la violencia nacionalista -la que cortó discursivamente con las raíces cristianas- promoviendo la libertad de movimiento. La CECA sería el primer paso para la paz y la cooperación entre los otrora enemigos, ya que «lo supranacional descansará sobre bases nacionales. No habrá así ninguna renuncia a un pasado glorioso, sino un nuevo florecimiento de las energías nacionales, gracias a su puesta en común al servicio de la comunidad supranacional»¹⁶⁶.

ROBERT Y KONRAD

La relación entre ambos “padres” hoy bien puede verse como el primer acercamiento para la cimentación del Occidente en paz, donde se entrecruzan factores tanto económicos¹⁶⁷ e industriales como políticos, pero también entra en escena el particular vínculo humano.

El que hayan sido hombres de frontera aportó el matiz de una tolerancia excepcional en un momento donde difícilmente pudo vislumbrarse. Las formas de Schuman como ministro de Asuntos Exteriores de la IV República hizo de este un actor que debió mediar entre el sentimiento de rencor en los políticos y en la sociedad con la necesidad de comenzar un nuevo ciclo económico, del que los estadounidenses estuvieron más que pendientes.

De esta mediación, que concluyó exitosamente en la firma del Tratado de París, se desprenden distintas aristas, las cuales reflejan el cambio de mentalidad en la primera modernidad y en lo político, de lo que se desprenderían nuevos estándares en el *modus vivendi* occidental. El vínculo se generó a partir de las particulares formas políticas de Schuman, quien pronto demostró su talento diplomático en un momento de tensión; y también su situación de hombre de frontera y de creyente ayudaron a que Adenauer pudiese ver en él a una persona que compartía parte de sus tradiciones desde distintas realidades:

¹⁶⁴ MARTÍN DÍEZ: 2002 p. 118

¹⁶⁵ GAY: 2002 p. 91

¹⁶⁶ SCHUMAN: [1963] p. 25

¹⁶⁷ «¿Cómo se imaginaba prácticamente el Canciller una unión entre Alemania y Francia [?] ‘La unión y el Parlamento aduanero [(*Zollverein*, 1834)] fueron el principio de la unificación de Alemania. Pienso en un proceso similar para la unión entre Francia y Alemania: debería procurarse una fusión similar entre ambos países, en lo que se refiere a aduanas y economía’. WEYMAR: 1956 pp. 398-399

En muchos sentidos, se trata de una personalidad opuesta a la de Schuman. Si Schuman fue un monje, Adenauer fue un gran hombre de mundo. La vida ciudadana, la economía, la política, desde que fue el más joven alcalde de Colonia hasta que llegó a ser el más viejo canciller de Alemania, le mantuvieron siempre en un plano público extraordinariamente brillante¹⁶⁸.

Adenauer tenía una agenda política y económica clara que lo «había convertido en el jefe del ala derecha del nuevo partido, gozando, además, del poderoso impulso de los magnates de la industria del Rhur y de los bancos renanos, del apoyo del clero católico y protestante»¹⁶⁹; en contraparte, sobre los hombros de Schuman recaía la necesidad de instrumentar el tratado que le daría a Francia la posibilidad de comenzar el nuevo ciclo económico desde una paz duradera. Si Adenauer comenzó su mandato con la anuencia de los Estados Unidos, fue el Plan Schuman el factor que llevó a la Alemania de Bonn a abrirse a Europa, pero sin descuidar su difícil situación en el conflicto de contradicción. Ello estuvo presente desde un primer momento, pero tardó unos años más en materializarse, ya que la idea comunitaria apenas entraba en proceso de gestación. Mientras Alemania trataba de salir de los escombros y miseria que dejó el nacionalsocialismo necesitó desde un primer momento de socios que le permitieran construir un nuevo sistema político:

Sus ideas sobre el particular las formulará en una entrevista concedida el 5 de octubre de 1945 a los corresponsales del *News Chronicle* y de la *Associated Press*. “Las potencias occidentales –decía– deberían permitir a las tres zonas ocupadas establecer entre ellas ciertos lazos políticos. Lo mejor sería, si los rusos no quisieran participar en ello, *formar inmediatamente un Estado federal* que englobe las tres zonas”. Y añadía: “Para satisfacer los deseos de Francia, que quiere tener garantías ante tal Estado, se debería ligar estrechamente como fuera posible la economía de Alemania a las de Francia y Bélgica”¹⁷⁰.

Precisamente la disputa política con la URSS llevó a Adenauer a un posicionamiento más agresivo en lo tocante a la espiritualidad, lo que no sucedió en Francia, puesto que las disputas no giraron en torno al cristianismo, sino a lo ideológico dentro y fuera de este. Aquí el factor espiritualidad resulta central para ambas sociedades, aunque particularmente en Alemania, pues tuvo que enfrentarse discursivamente al Telón de Acero como ningún otro Estado, lo que delineó a una Alemania que activó la creencia:

En esta idea del “bastión”, la religión se mezcla con la política expansionista en un espíritu de cruzada. “Cada uno de nosotros, y particularmente de nosotros *los cristianos* –decía Adenauer el 20 de julio de 1952 a la ‘Comunidad de católicos de Alemania’, en Bromberg–, está obligado a participar y cooperar, porque, creedme, *se trata de decidir si Europa seguirá siendo cristiana o si Europa se hará pagana* (...) Nosotros *cristianos*, debemos hacer algo más. Debemos de erigir la *muralla* contra el nacionalismo soviético. Ese nacionalismo soviético ruso es particularmente peligroso porque se basa en el comunismo, ese comunismo que aspira a la dominación del mundo, ya que desprecia a todos los pueblos: y *ese nacionalismo soviético ruso no presenta rasgos europeos. Tiene el sello de esa parte del Asia donde la cultura se halla atrasada*”¹⁷¹.

Aquí el señalamiento a las raíces de Europa queda en completa evidencia, pero el discurso comunitario bien terminó más apegado a la personalidad de Schuman, lo que implicó que el cristianismo quedaría implícito, no como una necesidad de Estado, ambiguo sí, pero al final mucho más apegado al liberalismo que debía de caracterizar al proyecto comunitario.

La *Declaración* también puede ayudar a pensar en la complejidad del acuerdo y en las personalidades de ambos políticos, que terminaron por hacer prosperar una idea que en aquella coyuntura parecía no poder llegar a su fin esperado:

La opinión se preguntaba cómo era posible que el Canciller alemán hubiera podido reaccionar tan rápidamente ante este audaz avance hacia nuevos horizontes políticos. Los iniciados pretendían saber qué cosa era

¹⁶⁸ MARTÍN DÍEZ: 2002 p. 117

¹⁶⁹ DZELEPY: [1959] p. 37

¹⁷⁰ DZELEPY: [1959] p. 34

¹⁷¹ DZELEPY: [1959] pp. 125-126

tratada ya desde mucho antes entre Schuman y Adenauer, y en apoyo de su hipótesis indicaban que párrafos enteros de la carta de Schuman [(7 de mayo de 1950)] concordaban casi textualmente con discursos y declaraciones de Adenauer¹⁷².

Schuman fue quien pudo manifestar las oportunidades de la primera institución comunitaria para con Alemania, a pesar del cúmulo factorial que encuadraba a Francia en una abierta beligerancia al pueblo alemán, a pesar del apoyo de los Estados Unidos. La política francesa fue el canal menos propicio para la realización del Plan Schuman, el cual nunca pudo haber sido encabezado por Monnet a causa de sus actividades en ambas guerras. Fue Schuman quien pudo darle certeza a Adenauer de las oportunidades de la CECA, considerando que «Adenauer [estuvo] persuadido hace mucho tiempo de que, a pesar de la política seguida por Robert Schuman, en el Quai d'Orsay predominan los círculos que preferirían buscar una solución consensuada con Rusia al problema de Alemania y a la seguridad de Francia»¹⁷³. La problemática quedó esclarecida después de la firma del Tratado de París. La implementación de la CECA dejó la impresión de que el camino adecuado para la superación del trauma era el proyecto comunitario y su discurso. De la renuencia y las dudas se llegó a una realidad donde Adenauer pudo transformar a Alemania, «persuadido de que ha pasado la era de los Estados nacionales en Europa y que cualquier Estado europeo tiene que entregar una parte de su soberanía en favor de una comunidad supraestatal intereuropea»¹⁷⁴. Pero ello no sin enfrentarse a nuevas problemáticas. Por fin Alemania, bajo el manto de la CDU¹⁷⁵ y sus medidas económicas, podía comenzar a desprenderse de su pasado violento y oscuro:

El 1º de marzo de 1952 [Adenauer] decía durante una manifestación de su partido en Heidelberg: “No recuperaremos Berlín y el Estado alemán si no es mediante una *Europa unida*”. Y en julio de 1953, hablando a un periódico alemán: “Si busco incluir a Alemania Occidental en una asociación con otras naciones que sea fuerte y viable, es porque una Alemania rodeada de amigos y de aliados está en posibilidad de obtener su reunificación”¹⁷⁶.

Es cierto, el discurso comunitario deriva en una oficialidad que debe observarse constantemente. De ello se desprenden distintas interpretaciones que señalan críticamente la divulgación política, aunque en su espíritu pueda seguir siendo coincidente con las realidades durante el conflicto de contradicción. Tener presente los intereses norteamericanos en el surgimiento del discurso comunitario es una parte de la dualidad interpretativa. Pero ello no implica que los factores ligados al encuentro entre los dos pueblos en conflicto permanente se haya dado desde una posición unilateral, puesto que ahí convive la creencia de la mano de la política internacional y los intereses económicos más allá del Estado.

Más adelante, el mito de las relaciones entre ‘los grandes europeos’ Adenauer y Schuman generará la impresión de que la política exterior de Adenauer se concentró en trabajar junto con Schuman en pos de un amplio entendimiento franco-germano [...] Los avances que finalmente se logran en el tema son producto de la alineación de Adenauer con los norteamericanos y de la permanente presión que éstos ejercen sobre un gabinete francés siempre vacilante¹⁷⁷.

Es un debate que debe de permanecer vivo; de la misma forma que el factor creencia como ruta comprensiva para la posguerra, lo que no deja de ser un problema al enfrentarse a un estadio por demás complejo, donde reina la ideología. La dualidad sigue ahí, a pesar de las necesarias observaciones por las que ha pasado y pasará, los hombres de frontera

¹⁷² WEYMAR: 1956 pp. 404-405

¹⁷³ SCHWARZ: [1987] p. 838

¹⁷⁴ RHEINBABEN: [1956] p. 344

¹⁷⁵ «Le parecía que el *Zentrum*, más que cristiano era moderado. Los principios que Adenauer quiso que prevalecieran en la CDU fueron: la sustitución del materialismo por la ética cristiana, el establecimiento de los derechos y deberes del hombre, la protección a la familia, la renuncia a los experimentos de la economía socialista que pone el poder económico y político en manos del estado destacando por el contrario la dimensión social de la economía liberal». MARTÍN DÍEZ: 2002 p. 119

¹⁷⁶ DZELEPY: [1959] p. 113

¹⁷⁷ SCHWARZ: [1987] p. 842

enarbolaron una nueva dinámica que ayudó a vislumbrar la respuesta a la demanda de cura, y esto es un fenómeno tan relevante como la configuración del mundo a causa del conflicto de contradicción.

El cambio está ahí y debe de permanecer en la memoria colectiva. La transformación de Alemania vino desde el éxito de los acuerdos, pero también de la personalidad de Adenauer, quien no dudó en utilizar formas más bien conservadoras sobre una sociedad que todavía en «en enero de 1950, un diez por cierto de la población [seguía] opinando que de todos los estadistas alemanes, Adolf Hitler es quien más hizo por Alemania»¹⁷⁸. La creencia y el pragmatismo confluyeron en un contexto ya dominado por intereses más allá de Occidente, pero las formas políticas que derivarían en un exitoso *modus vivendi* pueden identificarse en las posturas de estos dos personajes, inexplicables sin una espiritualidad que zanjaría uno de los problemas de la primera modernidad, haciendo que la beligerancia hacia la tradición premoderna quedase en otro sitio.

EL PRESENTE DE LA DECLARACIÓN

El encuentro con la historicidad, que se desprende de la *Declaración* y su contexto, descansa en el pragmatismo que terminó conviviendo con el humanismo promovido institucionalmente, de tal forma que pasó de un ideal donde las raíces y los valores de Occidente (paz, solidaridad, encuentro, consciencia histórica) fueron factores determinantes en la reconstrucción y en la creación de los sistemas políticos, animados por las manifestaciones de creencia en los silencios del trauma de posguerra, los cuales por fin activaron temores y deseos espirituales aparentemente perdidos.

«¿Cómo encontrar la eternidad en un mundo que va hacia su perdición y a cuya esencia pertenece la decadencia temporal?»¹⁷⁹ La relectura de la *Declaración* activa la memoria respecto al nuevo estadio en el que Occidente tuvo que permanecer en paz -no sin deslizarse por la contradicción de la descolonización- y abrirse a nuevas relaciones entre pueblos antes en conflicto, encumbrando valores antes negados.

El reconocimiento de la necesidad de encuentro forma parte del proceso de reconstrucción y cooperación. Por ello, es importante señalar un contraste con el conflicto de la primera modernidad y seguir recordando que Occidente es depositario de la flama del pensamiento que daría paso a la creencia y a los valores hoy universales que se perdieron en la *stásis*.

Se pactó una paz duradera en los primeros años de la posguerra, en una realidad de devastación material y psíquica que condujo a un *modus vivendi* de libertades. Desde el 9 de mayo de 1950 Occidente sería otro, no un retorno después de la superación del violento “paréntesis”, sino un pragmático comienzo, entrecruzado con idealismos que aún permiten pensar en las raíces culturales como un pilar de fraternidad entre pueblos.

El siglo XX atormenta la memoria. El tiempo sigue su paso, mientras en otros sitios las cenizas siguen siendo visibles y las cicatrices de guerra no pueden curarse, Occidente parece haber sido bendecido al haber reconocido su trauma. El análisis no concluye, pero el trauma ha ido alejándose de la demanda, ya es más una advertencia que un llanto interminable, pero hoy parece estar mutando de nuevo. Occidente nació del helenismo, la ciudadanía romana y la esperanza agustiniana, forjándose a partir de la creencia traída por el otro, que con el paso del tiempo, fue apropiada en tiempos convulsos y de simbiosis¹⁸⁰. Ello fue recordado e interpretado justo después de la contemplación de la devastación de la *stásis*, logrando algo inusitado: la unión de los pueblos, sin violencia y en vistas de un futuro plagado de anhelos, de ahí que sea posible ver que con el discurso comunitario:

Se dibuja un primer esbozo [...] sobre una doble base: la comunitaria de la cristiandad, modelada por la religión y la cultura, y otra, diversificada, de los distintos reinos fundados sobre tradiciones étnicas importadas o pluriculturales antiguas [...] esa es la preconfiguración de la Europa de las naciones, porque desde sus orígenes Europa muestra que de la diversidad de naciones puede hacerse la unidad: naciones y unidad europea están relacionadas¹⁸¹.

¹⁷⁸ SCHWARZ: [1987] p. 785

¹⁷⁹ PATOČKA: [1973] p. 88

¹⁸⁰ Esta frase de Rémi Brague probablemente puede describirlo: «En cuanto francés, me enorgullezco así de ser heredero de una nación de traidores: los galos, que han sido lo bastante inteligentes como para dejarse arrancar su autenticidad -con la encantadora costumbre, entre otras cosas, de los sacrificios humanos- en beneficio de la civilización romana». BRAGUE: [1992] p. 98

¹⁸¹ LE GOFF: [1994] p. 15

Después de los ciclos donde reinó el radicalismo y la impronta de la violencia, Schuman inauguró el trayecto comunitario como hombre de frontera, al igual que Monnet, Adenauer y de Gasperi. Pero en él podemos vislumbrar al elemento aglutinador por el que se comunicaron tantos involucrados, desde la IV República hasta los Estados Unidos.

Desde el Plan Schuman se observa el primer momento de la modernidad, en donde Occidente pasó por extremos y fenómenos que acompañaron la búsqueda de la libertad que supuso el paso por la realidad premoderna. En los años que van desde la caída del Reich hasta la *Declaración* se trabajó en favor de negociaciones duraderas, pero ya sin la obsesión de borrar -violentamente o no- las raíces de Occidente. Este sutil encuentro, en la coyuntura protagonizada por Schuman, hizo posible una nueva realidad lo suficientemente firme como para entrever la demanda de cura a la *stásis* y la superación de la primera modernidad, el primer episodio de mentalidad de un periodo que se sigue viviendo.

Europa cambió, se desprendió de la necesidad de tender a la unión por la fuerza, «la optimista imagen del futuro y la sensación de creer en el progreso tocaron súbitamente a su fin»¹⁸². Se caminó hacia un encuentro que se sostuviese en la idea de que los pueblos en Europa ya no serán antagonicos, sino socios voluntarios, ello aunado a que el discurso comunitario cortó de manera efectiva las tentaciones del pasado inmediato, ya que las necesidades habían cambiado hacia un afortunado plan de integración y cooperación, en vistas de que la «misión europea [sea] el futuro de la humanidad en general para el que todos debemos de trabajar juntos»¹⁸³.

Este “encuentro” con las raíces promovido por Schuman funcionó como un recordatorio para la ciudadanía de la importancia del reconocimiento del pasado en común, entendiéndolo como una parte central de la demanda de cura que lleva a la crítica de una primera modernidad, que trató de superar realidades y crear otras sin llegar a una concientización lo suficientemente clara como para poner límites a un hombre que desdibujaba los valores premodernos, sin poderlos reconocer como una sustancial parte de él; además de que en mucho vio a la antigüedad más como una apropiación nacional que como un elemento para la comprensión del trayecto que dio paso a su realidad, sin advertir que los procesos del pasado también son una referencia constante, en especial para pensar en que «la historia de Europa es, en gran parte, hasta el siglo XV, aproximadamente, la historia de los intentos de realizar el cuidado del alma»¹⁸⁴.

El reconocimiento de las raíces no deja de ser un problema. Si bien la “dominación”¹⁸⁵ sigue estando presente, sin diluirse del todo, es preocupante que el encuentro con las raíces de la cultura occidental haya venido desde el peculiar pragmatismo económico, por más que este haya tendido desde el comienzo hacia el liberalismo y tuviese su sostén en la renovación de los partidos de centro o de la Democracia Cristiana. La comprensión de la crisis ahí se deja entrever, ya que la idea comunitaria no fluye sin el reconocimiento de las raíces, lo que implica también protección para que estas sigan estando en la memoria:

Europa nos presentará así con rostro con cicatrices, que conserva la señal de las heridas que la constituyen. Los europeos han de guardar el recuerdo de estas cicatrices. Desempeñan un doble papel: primero, el de definirlos respecto de aquello que no es Europa; y, luego, desgarran a Europa en su mismo interior. Conservar la memoria de estas divisiones puede evitarnos caer en varias confusiones¹⁸⁶.

Desde la *Declaración*, Europa tendría que ser un adalid de la paz, la libertad y la solidaridad. No deja de ser llamativo que el discurso sea uno de los factores que haya ido conformando las distintas realidades que se han vivido desde la sombría herencia de la *stásis*, que mucho han ayudado a los europeos a lograr una vida diferenciada del resto del mundo.

Aunque Europa sufra frente al otro, con la presencia del discurso comunitario es posible identificar que es en Europa donde los valores se hacen presentes de la mano de la reflexión del pasado. A pesar de que la memoria siga causando estragos -que inciden en la indiferencia de las mayorías con respecto a la génesis del proyecto comunitario-, el Occidente de la posguerra es una interpretación de la latinidad, abierta y en constante adaptación en pos de crear

¹⁸² GADAMER: [1989] p. 20

¹⁸³ GADAMER: [1989] p. 38

¹⁸⁴ PATOČKA: [1973] p. 40

¹⁸⁵ «Hace ya mucho tiempo que la preocupación por el alma sufrió una singular transformación que, por así decirlo, se ha desdibujado bajo los aluviones de que podríamos llamar la preocupación, el cuidado de la *dominación del mundo*. Ésta es otra historia, también única, que oculta el germen de lo que se ha producido ante nuestros ojos: la *desaparición* de Europa, probablemente para siempre». PATOČKA: [1973] p. 87

¹⁸⁶ BRAGUE: [1992] p. 12

una unidad desde la diferencia entre iguales ya tornados en socios: «En cuanto a Europa en sentido estricto, hay únicamente un rasgo que quizás sólo ella posee y sólo ella reivindica, y que es, en todo caso, el que nadie le discute. Es la romanidad. O, más precisamente, la *latinidad*»¹⁸⁷.

El discurso comunitario es un abandono que tiende al equilibrio puesto que, si bien no busca el desprendimiento real e inmediato de las tradiciones nacionales particulares, sí tiende a la reflexión del pasado¹⁸⁸ como argumento común que configuró la creencia y posibilitó la necesidad de expansión y propagación de valores -no sin drama de por medio- por el orbe, de ahí que por Schuman puede señalarse que Europa, si es que es ella, debe de tender a mostrar por el mundo la solidaridad, la cooperación y el respeto por la individualidad humana, puesto que ello es parte de la demanda de cura a la *stásis*.

De las ruinas materiales y el trauma, la progresión hacia la Unión Europea se explica por acontecimientos de índole política y económica, pero el influjo de aquella *Declaración*, pronunciada en el salón de los espejos del Quai d'Orsay, representa el eco, por fin audible, de muchas voces que fueron silenciadas por tanto tiempo.

Ya sea por ser consideradas enemigas o por no poder entenderse del todo dentro de la primera modernidad, las voces de los “padres” hablaron en favor de los intereses de las mayorías, ya apartándose de luchas pasadas que en los cincuenta resultaban anacrónicas. Fueron las voces que acompañaron a la inesperada bonanza política y material, las que paulatinamente se apagaron hasta llegar a ser los susurros del tiempo presente, en donde cada vez menos se pueden apreciar como si fuesen una creencia, un compromiso continuo.

Aquí es posible señalar otro resurgimiento de Occidente, que lo llevó a sus raíces desde la contemplación de los estragos de la violencia, pero también desde la esperanza. La *Declaración* fue la forma adecuada para aquella época, pero hoy, en una realidad sin compromiso aparente más allá de la inconformidad cosificante, no parece ser alimento para las multitudes, ni tampoco un marco referencial concreto para la totalidad de los actores que hoy influyen.

¿Entonces? ¿Qué es la *Declaración*? ¿Acaso un silencioso testigo de formas hoy anacrónicas? Testigo es, así como fuente de un discurso histórico/cultural -más no nacional- que es parte de la tradición liberal y que inspiró a tantos europeos perdidos a causa del trauma.

En una realidad de crisis, desesperanza y, sobre todo, de desorientación habría que plantearse un retorno a los “padres” de Europa, no en vistas de santidad alguna, sino como referencia a un futuro que vislumbra un pasado sin conexión con los ciudadanos y desdibujado por la indiferencia. La *Declaración* es una invitación a la observación de las realidades y a la continua interpretación historiográfica, para que con ello la necesidad de comprensión quede en latencia; es una invitación a pensar Europa desde una realidad que parece cada vez más adversa.

La historicidad no deja de estar influida por intereses públicos. La construcción historiográfica deja en evidencia lo relativo de los relatos y observaciones, y crea distancias entre la realidad política o coyuntural y los intereses ideológicos, que buscan la validación social desde sus relativas perspectivas, pensando en el impacto propagandístico. En el tiempo presente, las corrientes que han nacido o renacido de la crisis de la Unión Europea¹⁸⁹ -ya sean sociales o económicas- ponen en duda el discurso comunitario al contraponer distintas formas de propaganda, que en mucho recuerdan la polarización de la primera mitad del siglo XX.

Mientras el discurso comunitario se aleje cada vez más del imaginario de las multitudes, habrá propagandas que lleven a la adopción de la indiferencia a los acontecimientos que dieron pie al proyecto comunitario. A ello habría que agregar que las observaciones históricas no dejan de centrarse en el drama y en los fenómenos ocurridos durante la *stásis*, lo cual es una invitación al olvido, como si la reconstrucción material y espiritual de Occidente fuese un interregno entre la *stásis* y el tiempo presente. Se trata de algo peligroso, no por las críticas discursivas y de propaganda a los “herederos” de los “padres”, sino porque da pie para que las posturas que fueron superadas por el contexto de posguerra regresen, desvanezcan el imaginario comunitario y amplifiquen la desorientación de los últimos tiempos, que es un verdugo hacia los valores que respondieron a la demanda de cura, en pos de una igualdad en torno a los de-

¹⁸⁷ BRAGUE: [1992] p. 18

¹⁸⁸ «Suele decirse que la cultura europea reposa sobre dos pilares: el de la tradición judeocristiana y el de la Antigüedad. A mi juicio, tal como he tratado de definirlo aquí, Europa se apoya sobre *un solo* pilar, y esto es debido a que *Europa es entrevisión*, una vida fundada sobre la mirada dirigida a lo que es. El elemento judío, cuya importancia capital en la tradición judeocristiana de Europa no podría negarse, debió helenizarse, pasar por el pensamiento griego antes de poder convertirse en lo que es para Europa». PATOČKA: [1973] p. 88

¹⁸⁹ «La gente es dejada en el desamparo por elites políticas tanto de izquierda como de derecha, que han renunciado a sus principios e ideales por la moneda falsa del favor de los votantes y la necesidad de adaptarse a la corriente. Guiados por la conveniencia y un pragmatismo carente de imaginación, lo que estos políticos ofrecen es populismo». RIEMEN: 2017 p. 58

signados como oprimidos y de una vida que «siempre debe de ser sencilla y abundante¹⁹⁰». No comprender la debilidad de la creencia política lleva a tampoco entender el presente y dudar de la modernidad, la cual tuvo que desgarrarse por pasar por alto al pasado premoderno.

Los relatos sobre los acontecimientos de la posguerra pueden ser míticos para muchos, aun así permiten pensar en Europa y dilucidar cómo esta puede seguir siendo un crisol de tradición, de democracia y de libertades en un mundo convulso. La indiferencia al discurso comunitario genera demagogia y abre camino a corrientes contrarias a las formas que permitieron a los pueblos occidentales convivir en paz durante más de cincuenta años. Defender el olvido o intentar destruir el discurso comunitario afecta al imaginario mismo de lo que hoy es Occidente y abre paso al retorno del nacionalismo, que no es el respeto a las soberanías de los pueblos y de sus particulares tradiciones, sino un nuevo comienzo de confrontación y de prejuicios. La aceptación de las raíces de Europa -lo mismo que hicieron los “padres”- no es una activación ideológica, sino una operación identitaria e histórica que se abre a la crítica, y por eso hacer de ello un mito lleva al conflicto y a la incapacidad para superar un problema dado por terminado: la ingobernabilidad.

Cuando todo parece tan evidente, se pierde y se fragmenta en múltiples realidades que antes parecían conexas, cercanas. El diálogo se ha disipado junto con el consenso social, cada vez se duda más de las instituciones y formas surgidas de la *Declaración* como punto de partida del trayecto comunitario, el cual «aún sigue siendo un modelo, pero ya no es el centro a causa de la decadencia de la cultura que en otro tiempo le dio fuerza y con ella, su singularidad. Europa es influida más que influyente»¹⁹¹.

¿Cómo abordar un acontecimiento lejano, pero que es el pilar discursivo del orden en crisis? Es un laberinto de ambigüedades, siempre relativo y propenso a caer presa de lo ideológico, que desarticula el análisis de aquel estadio, plagado de factores y desbordado por la presión cada vez más presente de intereses que generan desigualdad, ocultos en detrimento de lo político. Hay advertencias, deseos, anhelos y preocupaciones; Occidente tiene en la *Declaración* el optimista documento originario de renovación, pero la *debilidad de la creencia* amplía constantemente la duda de aquello por lo que no se dudaba. Occidente ha dejado de estar en él, haciendo del creyente ausente un otro ajeno a la memoria colectiva.

¹⁹⁰ RIEMEN: 2017 p. 30

¹⁹¹ CORRAL: 1998 p. 55

La paz mundial no puede salvaguardarse sin unos esfuerzos creadores equiparables a los peligros que la amenazan.

La contribución que una Europa organizada y viva puede aportar a la civilización es indispensable para el mantenimiento de unas relaciones pacíficas. Francia, defensora desde hace más de veinte años de una Europa unida, ha tenido siempre como objetivo esencial servir a la paz. Europa no se construyó y hubo la guerra.

Europa no se hará de una vez ni en una obra de conjunto: se hará gracias a realizaciones concretas, que creen en primer lugar una solidaridad de hecho. La agrupación de las naciones europeas exige que la oposición secular entre Francia y Alemania quede superada, por lo que la acción emprendida debe afectar en primer lugar a Francia y Alemania.

Con este fin, el Gobierno francés propone actuar de inmediato sobre un punto limitado, pero decisivo.

El Gobierno francés propone que se someta el conjunto de la producción franco-alemana de carbón y de acero a una Alta Autoridad común, en una organización abierta a los demás países de Europa.

La puesta en común de las producciones de carbón y de acero garantizará inmediatamente la creación de bases comunes de desarrollo económico, primera etapa de la federación europea, y cambiará el destino de esas regiones, que durante tanto tiempo se han dedicado a la fabricación de armas, de las que ellas mismas han sido las primeras víctimas.

La solidaridad de producción que así se cree pondrá de manifiesto que cualquier guerra entre Francia y Alemania no sólo resulta impensable, sino materialmente imposible. La creación de esa potente unidad de producción, abierta a todos los países que deseen participar en ella, proporcionará a todos los países a los que agrupe los elementos fundamentales de la producción industrial en las mismas condiciones y sentará los cimientos reales de su unificación económica.

Dicha producción se ofrecerá a todo el mundo sin distinción ni exclusión, para contribuir al aumento del nivel de vida y al progreso de las obras de paz. Europa podrá, con mayores medios, proseguir la realización de una de sus tareas esenciales: el desarrollo del continente africano. De este modo, se llevará a cabo la fusión de intereses indispensables para la creación de una comunidad económica y se introducirá el fermento de una comunidad más amplia y más profunda entre países que durante tanto tiempo se han enfrentado en divisiones sangrientas.

Mediante la puesta en común de las producciones básicas y la creación de una Alta Autoridad de nuevo cuño, cuyas decisiones obligarán a Francia, Alemania y los países que se adhieran, esta propuesta sentará las primeras bases concretas de una federación europea indispensable para la preservación de la paz.

Para proseguir la realización de tales objetivos, el Gobierno francés está dispuesto a iniciar negociaciones según las siguientes bases.

La misión encomendada a la Alta Autoridad común consistirá en garantizar, en el plazo más breve posible, la modernización de la producción y la mejora de su calidad; el suministro, en condiciones idénticas, del carbón y del acero en el mercado francés y en el mercado alemán, así como en los de los países adherentes; el desarrollo de la exportación común hacia los demás países; la equiparación y mejora de las condiciones de vida de los trabajadores de esas industrias.

Para alcanzar estos objetivos a partir de las dispares condiciones en que se encuentran actualmente las producciones de los países adherentes, deberán aplicarse con carácter transitorio determinadas disposiciones que establezcan la aplicación de un plan de producción y de inversiones, la creación de mecanismos de estabilidad de los precios y la creación de un fondo de reconversión que facilite la racionalización de la producción. La circulación del carbón y del

acero entre los países adherentes quedará liberada inmediatamente de cualquier derecho de aduanas y no podrá verse afectada por tarifas de transporte diferenciales. Progresivamente se irán estableciendo las condiciones que garanticen espontáneamente una distribución más racional de la producción y el nivel de productividad más elevado.

La organización proyectada, al contrario que un cártel internacional tendente a la distribución y a la explotación de los mercados mediante prácticas restrictivas y el mantenimiento de grandes beneficios, garantizará la fusión de los mercados y la expansión de la producción.

Los principios y compromisos esenciales anteriormente expuestos serán objeto de un tratado firmado entre los Estados. Las negociaciones indispensables para precisar las normas de aplicación se llevarán a cabo con ayuda de un árbitro designado de común acuerdo, cuya misión consistirá en velar por que los acuerdos se ajusten a los principios y, en caso de desacuerdo insalvable, decidirá la solución que deba adoptarse.

La Alta Autoridad común, encargada del funcionamiento de todo el sistema, estará compuesta por personalidades independientes designadas sobre bases paritarias por los Gobiernos, quienes elegirán de común acuerdo un presidente. Las decisiones de la Alta Autoridad serán ejecutivas en Francia, en Alemania y en los demás países adherentes. Se adoptarán las disposiciones adecuadas para garantizar las vías de recurso necesarias contra las decisiones de la Alta Autoridad.

Un representante de las Naciones Unidas ante dicha autoridad se encargará de hacer, dos veces al año, un informe público a la ONU sobre el funcionamiento del nuevo organismo, en particular por lo que se refiere a la salvaguardia de sus fines pacíficos.

La creación de la Alta Autoridad no prejuzga en absoluto el régimen de propiedad de las empresas. En el ejercicio de su misión, la Alta Autoridad común tendrá en cuenta las facultades otorgadas a la autoridad internacional del Ruhr y las obligaciones de todo tipo impuestas a Alemania, mientras éstas subsistan.

Bibliografía

- ADENAUER, Konrad. *El papel de Europa en el mundo*. Editora Nacional. Madrid. 1967.
- BACQUE, James. *Crimen y perdón*. Machado. Madrid. [1997] 2013.
- BADIEU, Alain. *El cine como acontecimiento*. Paradiso/UIA. México. 2014.
- BAUMAN, Zygmunt. *Europa. Una aventura inacabada*. Losada. Madrid. [2004] 2006.
- BRAGUE, Rémi. *Europa, la vía romana*. Gredos. Madrid. [1992] 1995.
- BOMBACI, Nunzio. *Emmanuel Mounier: una vida, un testimonio*. Fundación Emmanuel Mounier. Madrid. [1999] 2002.
- BORGHESI, Massimo. *Posmodernidad y cristianismo*. Encuentro. Madrid. 1997.
- CABRERA, Mercedes. “Democracia y sistema de partidos. Las construcción política de Europa occidental”, en Cabrera, Mercedes; Juliá, Santos y Martín-Aceña, Pablo. *Europa 1945-1990*. Fundación Pablo Iglesias. Madrid. 1992, pp. 44-65.
- DE CERTEAU, Michel. “La operación histórica”, en LE GOFF, Jaques y NORA, Pierre. *Hacer la historia*. Laia. v I. Barcelona. [1974] 1985.
- . *La escritura de la historia*. UIA. México. [1975] 1999.
- . *La invención de lo cotidiano I. Las artes de hacer*. UIA. México. [1980] 2000.
- . *La debilidad de creer*. Katz. Bs As. [1987] 2006.
- . *Historia y psicoanálisis*. UIA. México. [1987] (2) 2003.
- . *El lugar del otro*. Katz. Bs As. [2005] 2007.
- DE CERTEAU, Michel y DOMENACH, Jean-Marie. *El estallido del cristianismo*. Editorial Sudamericana. Bs As. [1974] 1976.
- CORRAL GUERRERO, Luis. “Génesis de la Unión Europea”, *Cuadernos de Estudios Empresariales*. 1998, n° 8, pp. 53-80.
- DOBB, Maurice. *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*. Siglo XXI. Bs As. 1971.
- DOSSE, François. *Paul Ricœur y Michel de Certeau. La historia entre el decir y el hacer*. Ediciones Nueva Visión. Bs As. [2006] 2009.
- DZELEPY, Éleuthère-Nicolas. *El mito Adenauer*. Ediciones Era. México. [1959] 1961.
- FENBY, Jonathan. *France. A Modern History from the Revolution to the War with Terror*. St. Martin's. New York. [2015] 2016.
- FERRER, Yolanda y CUEVAS, Juan Carlos. “La idea de Europa y el choque civilizatorio. Hacia un nuevo humanismo”, en *II Jornadas de la Comisión Española de Historia de las Relaciones Internacionales*. CEHRI. Madrid. 2002, pp. 95-114.
- FONTAINE, Pascal. *Una nueva idea para Europa. La Declaración Schuman, 1950-2000*. Oficina de publicaciones oficiales. Luxemburgo. 2000.
- FULBROOK, Mary. *Historia de Alemania*. Cambridge University Press. Cambridge. [1990] 1995.
- GADAMER, Hans-Georg. *La herencia de Europa*. Península. Madrid. [1989] 2000.
- GAY, Juan. “La evolución de la idea de Europa y la declaración Schuman” en *II Jornadas de la Comisión Española de Historia de las Relaciones Internacionales*. CEHRI. Madrid. 2002, pp. 77-94.
- GÓMEZ PÉREZ, Rafael. *Breve historia de la cultura europea*. Rialp. Madrid. 2005.
- GONZÁLEZ, Marcelo. “Michel de Certeau: recorridos por el ‘creer’ y sus constelaciones contemporáneas”, *Revista Teología*. Pontificia Universidad Católica Argentina. Bs As. 2008, n° 97, pp. 515-537.
- HASSE, Rolf; SCHNEIDER, Hermann; y, WEIGELT, Klaus (eds.). *Diccionario de Economía Social de Mercado*. Konrad Adenauer Stiftung. México. [2002] 2004.

- HOBSBAWN, Eric. *Historia del siglo XX*. Crítica. Bs As. [1994] 1998.
- JOHANN, Ernst y JUNKER, Jörg. *Historia de la cultura alemana de los últimos cien años*. Nymphenburger Verlags-
handlung. München. 1970.
- JUDT, Tony. *Postguerra*. Taurus. Madrid. [2005] 2010.
- LABOA, Juan María. *Historia de la Iglesia IV: Época contemporánea*. BAC. Madrid. 2002.
- LE GOFF, Jacques. *El orden de la memoria*. Paidós. Barcelona. [1977] 1991.
- . *La vieja Europa y el mundo moderno*. Alianza. Madrid. [1994] 1995.
- . “Las mentalidades. Una historia ambigua”, LE GOFF, Jaques y NORA, Pierre. *Hacer la historia*. Laia. v III.
Barcelona. [1974] 1980.
- LEJUNE, René. *Robert Schuman, padre de Europa (1886-1963)*. Palabra. Madrid. [1980] 2000.
- MARTÍN DIEZ, María Antonieta y PETSCHEN, Santiago. “Los padres de Europa: la tendencia católica y la tendencia
laica”, *II Jornadas de la Comisión Española de Historia de las Relaciones Internacionales*. CEHRI. Madrid.
2002, pp. 115-126.
- MENDIOLA, Alfonso. “Michel de Certeau: la búsqueda de la diferencia”, *Historia y Grafía*. UIA. México. 1993. n° 1, pp.
9-31.
- . “El giro historiográfico: la observación de observaciones del pasado”, *Historia y Grafía*. UIA. México. 2000. n°
15, pp. 181-208.
- . “Michel de Certeau: las ciencias heterológicas como teoría de la creencia”, *Historia y grafía*. UIA. México. 2013.
n° 40, pp. 133-162.
- . *Michel de Certeau. Epistemología, erótica y duelo*. Navarra. México. 2014.
- MARTÍN DE LA GUARDIA, Ricardo y PÉREZ SÁNCHEZ, Guillermo. “En el cincuentenario de la Declaración Schuman:
historia e historiografía”, *II Jornadas de la Comisión Española de Historia de las Relaciones Internacionales*.
CEHRI. Madrid. 2002, pp. 13-19.
- MARTÍN DE LA TORRE, Victoria. *Europa, un salto a lo desconocido*. Encuentro. Madrid. 2015.
- MONNET, Jean. *Los Estados Unidos de Europa han comenzado*. Encuentro. Madrid. [1955] 2008.
- . *Memorias*. Encuentro. Madrid. [1976] 2010.
- ORLANDIS, José. *La Iglesia católica en la segunda mitad del siglo XX*. Palabra. Madrid. 1998.
- ORTEGA, Sergio. “Introducción a la historia de las mentalidades, aspectos metodológicos”, *Estudios de historia novohis-
pana*. UNAM. México. 1985. n° 8, pp. 127-137.
- PALAYRET, Jean-Marie. “Memory and Topicality of a Great European”, *Cuadernos Europeos de Deusto*. Instituto de
Estudios Europeos. Deusto. N° 43. 2010, pp. 19-41.
- PATOČKA, Jan. *Platón y Europa*. Ediciones Península. Barcelona. 1991.
- PROST, Antoine y VINCENT, Gérard (coords.). *Historia de la vida privada*. t 10. Taurus. Madrid. [1987] 1991.
- RAMOS-OLIVEIRA, Antonio. *Historia política y social de Alemania*. 2 t. FCE. México. 1973.
- RANIERI, Ruggero. “El Plan Schuman y la CECA: experiencias fundamentales para la construcción de Europa”, *Puen-
te@Europa*. 2010. Año VIII. N° 1, pp. 16-24.
- RHEINBABEN, Werner Freiherr von. *Del Kaiser al canceller Adenauer*. Editora Nacional. Madrid. [1956] 1957.
- RIEMEN, Rob. *Para combatir esta era. Consideraciones urgentes sobre el fascismo y el humanismo*. Taurus. México. 2017.
- ROVAN, Joseph. *El catolicismo político en Alemania*. Instituto de Estudios Políticos. Madrid. [1956] 1964.
- SCHUMAN. Robert. *Por Europa*. Encuentro. Madrid. [1963] 2006.
- . *Declaración de 9 de mayo de 1950*. Disponible en [https://europa.eu/european-union/about-eu/symbols/europe-
day/schuman-declaration_es](https://europa.eu/european-union/about-eu/symbols/europe-day/schuman-declaration_es)
- SCHWARZ, Hans-Peter. *Adenauer*. t I. Aguilar. Santiago. [1987] 2003.
- Tratado Constitutivo de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero firmado en París el 18 de abril de 1951*. Disponible en
[https://www.boe.es/legislacion/enlaces/documentos/ue/Tratados\(0397-0475\).pdf](https://www.boe.es/legislacion/enlaces/documentos/ue/Tratados(0397-0475).pdf)
- WEYMAR, Paul. *Adenauer*. Vergara. Barcelona. 1956.